

*The Diaries of the  
1 Dandelion*

*¿Sueño o  
Realidad?*

*Laura  
Keller*

# **¿SUEÑO O REALIDAD?**

Diarios de Laura Keller 1

—

**Laura Keller**

**Primera edición:** Diciembre de 2019

© Laura Keller

**AVISO LEGAL:** Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

**Correcciones:** Ramón Portalés y Eva Tendero.

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

*Una sonrisa, ojos que se cierran hasta casi desaparecer,  
pero que en secreto indican el sendero hacia la fantasía.*

*Para mi chinita. Gracias por todo.*

# Prólogo

2019

Marta me preguntó una vez por qué solo nos ocurren las experiencias más hermosas cuando dejamos de esperarlas. Claro que aquellos años vivíamos sumidas en un sueño dorado, disfrutando de una felicidad que añoraríamos durante el resto de nuestras vidas, aunque no éramos conscientes de ello. Ese debe de ser el secreto de la juventud, de la magia de la edad adolescente, además de su cruel castigo, este último en forma de recuerdos que brotan en el futuro a la vez que sonrisas y escalofríos imposibles de evitar sin un hondo suspiro.

Tendrían que pasar muchos años para ambas antes de que comprendiésemos que el destino es caprichoso y juega con las ilusiones del mismo modo que si de una partida caótica de ajedrez se tratase. Pero no quiero buscar el enigma fácil como anticipo a mi historia, sino hacerte saber, amiga lectora, que aún hoy espero obtener respuestas a la mayoría de las dudas que en aquella adolescencia temprana surgieron. Y no fueron pocas.

Tal vez deba empezar por el principio.

En septiembre de 1991, con solo trece años, comenzaron a desaparecer de mi interior la ingenuidad, la timidez, los miedos a afrontar caminos desconocidos, la candidez y otros valores igual de relevantes a un ritmo desbocado. Solo bastaron unos pocos meses para toparme de frente ante el espejo y sin frenos con una chica tan diferente a mí como para no reconocerla.

Y si solo hubiera sido eso...

¿Nunca te sentiste diferente, especial, única, ante los demás a esa edad? Pues imagina que tuvieras una habilidad especial, una especie de poder mágico que te diese una ventaja. ¿Te hubieras vuelto loca? No vas muy mal encaminada, porque fue una auténtica locura.

Hoy aún sonrío con las anécdotas vividas junto a mis amigas, me sonrojo con los recuerdos del primer amor, me enfado por errores que no debieron ocurrir, suspiro ante la idea de regresar, lloro por el recuerdo de los que quedaron atrás...

Una de las primeras preguntas locas que hice a mi madre fue: ¿cuándo una sabe que se ha hecho mayor? Ella respondió que cuando se desea volver a ser pequeña.

Supongo que tú, como todos, tienes también secretos ocultos en algún cajón de tu memoria. Hoy voy a compartir el mío contigo.

# Capítulo 1

## Mil calles llevan hacia ti

Agita el bote de espray y las canicas del interior saltan como locas contaminando el silencio en mitad de la noche. El chico se asusta por un momento y mira en todas direcciones. Siempre puede aparecer un sonámbulo paseando por la calle o asomado a una ventana. Debe hacerlo rápido o se meterá en un lío.

La pared de ladrillo rojo sería fácil de mejorar estéticamente, pero el pulso y la mala caligrafía, además de la falta de práctica, provocan una mancha horrible de color plata cuyo significado pocos adivinarán: "Delia, te amo."

Se aleja dos metros para comprobar el resultado de la obra de arte y emite un chasquido de decepción; frota su cabello con rabia. En su mente siempre se veía más bonito y majestuoso al planificarlo: todos llegaban por la mañana y veían el grafiti, especialmente Delia, que se ruborizaba y luego lo besaba ante los vítores, aplausos y la locura general de sus compañeros. Flipando quedaban todos. Y por fin se convertía en el protagonista.

Sí, ¿no?, tampoco está tan mal. Lo que importa es la intención. En su mente la cosa pinta bien. Ya no volvería jamás a ser un *pringao*.

Bueno, ya está hecho. Eso es lo importante.

Salió corriendo calle arriba por si algún vecino lo había visto y llamado a la policía, era la mejor vía de escape en la zona. Ahora le quedaba la duda de ser capaz de correr la voz, o el rumor, de que la pintada la había hecho él... Cosa que antes no había pensado.

En un balcón cercano, un sigiloso gato gris atigrado había presenciado la escena, pero no pensaba delatarlo, después de todo había sido lo más interesante que había contemplado esa noche. Tal vez en todo el mes.

Unas horas después, justo a las nueve, la radio despertador irrumpe con *Mil calles llevan hacia ti* de La Guardia. El día mágico ha llegado.

♪♪ «No tengo tiempo que perder, y ya se va el último tren». ♪♪

¡Hay que darse prisa!

Elegí la ropa con minuciosidad ayer por la tarde, después de todo se trata nada menos que del día de la presentación del curso y los tutores, un momento importante; ahora me espera bien planchada y doblada sobre una silla a los pies de la cama. Mi hermana Noelia me observa con desdén antes de marcharse corriendo al cuarto de baño.

Y llegan otra vez las dudas: ¿me harán alguna novatada? Espero que no. ¿Me defenderá mi hermana si llega el caso? No cuentes con eso, Laura.

¿No es suficiente? Pues aún me quedan más reflexiones:

¿Qué peor momento hay en la vida de una adolescente, sin duda alguna, que el paso de la primaria a la secundaria? Con todos estos cambios físicos y pensamientos que están llegando sin avisar. Además hay que soportar el durísimo trago de dejar atrás lo que parece toda una larga vida, en la que ha costado mucho llegar a ser de los mayores en el centro, para pasar de repente a

otro lugar desconocido y en el que no vales más que un chicle pegado a la suela del zapato.

Atrás quedó octavo, un número alto y majestuoso; ahora entraría en primero de BUP. ¿Primero? Menuda mierda. Eso mismo apunto en mi pequeño diario. Al terminar, coloco como marcapáginas el diente de león amarillo y seco que un chico desconocido me regaló hace tiempo. ¿Qué habrá sido de él? Hace muchos meses que dejé de pensar en ello, casi no recuerdo las facciones de su cara, ya que solo lo vi durante un minuto. Ni siquiera creo que vuelva a encontrármelo.

Pero volvamos a la realidad.

Tengo el cabello castaño y demasiado largo, más allá de la cintura, así que los enredos de esta pasada noche me obligan a cepillarlo a conciencia antes de tratar de tomar un vaso de leche con ColaCao en la cocina. Con estos nervios va a ser complicado.

Es viernes y, tanto en el colegio como ahora, en el instituto, siempre presentan el curso los viernes. Hace dos días, el miércoles pasado, publicaron las listas y me acerqué con dos amigas de mi antigua clase de octavo para ver si habíamos tenido suerte. No. Me habían alejado de ellas. Tendría que afrontar esta nueva etapa sola entre desconocidos...

Aula 2, planta baja, tutor: Antonio González. Todo suena a chino. Ojalá mil calles me llevaran de regreso a donde sí soy una chica mayor, no una enana de metro cincuenta y menos de cuarenta kilos.



—Joder, qué tetas tienen todas. —Inma no tiene filtro, y tampoco control de volumen.

—Cállate, te van a oír. ¡Qué vergüenza! —Patricia se tapa la cara.

Mis amigas han elegido ropa de fiesta de fin de curso, o eso parece por los brillos y los zapatos de plataforma, mientras yo he imitado a mi hermana mayor, que cursará segundo y ya debe de saber por dónde van los tiros. Vaqueros azules y camiseta blanca, con deportivas gastadas. Las tres permanecemos como pajarillos asustados ante la enorme cancela de metal, sin atrevernos a entrar para no ser blanco de las novatadas famosas del instituto.

¡Mierda! No dejan pasar a ningún novato sin hacerle alguna putada. ¿Tienen un detector de alumnos de primero? No quiero cantar subida a esa caja de madera ni hacer como que soy una gallina...

Observo ahora a un pobre chico muy menudo que cacarea mientras camina en cuclillas y mueve los brazos como si fuesen alitas de pollo. ¡Qué lástima! El niño parece a punto de llorar, a su alrededor los veteranos de segundo ríen y lo señalan.

—¡Ahí va la hostia!

El grito de Inma hace que me sobresalte. Frente a nosotras, y desde la calle principal, se acerca un chico de largo cabello moreno y una mirada de esas que dicen «aquí mando yo», pantalón vaquero azul ajustado, roto, con botas negras y camiseta de manga larga muy fina y algo escotada; de uno de sus colgantes van prendidas unas gafas aviador de espejo. Parece que se mueva a cámara lenta. ¿En serio? ¿Ese es el nivel aquí? Pues sí que habrá que empezar desde abajo...

Me sorprendo ante ese pensamiento, pero más aún al no haber caído en que todas siempre hemos pensado que a Inma no le gustan los chicos, jamás antes se había fijado en uno, ni siquiera en cantantes o actores de la tele. Y ahora babea como todas, como Patricia y yo, y las demás que



hay en la zona de la puerta.

—Hola, guapa —dice el chico con una sonrisa que paraliza mis sentidos.

¿Me está mirando a mí? Se acerca tanto que me hace temblar, y entonces... pasa de largo para saludar con un abrazo a ¡Marta! Mi vecina del edificio de enfrente y que también empieza este año. Ni sabía que estaba justo detrás de mí. Me quedo mirando como una boba, pero saberlo es una cosa y poder evitar el gesto patético otra muy diferente. Solo espero no tener la boca abierta como Patricia, a mi lado.

Menudo estreno, y aún no he entrado en el edificio. Claro que hacer de gallina o cantar *Doce cascabeles tiene mi caballo* no son habilidades que domine ni que me apetezca probar, menos aún por obligación y ante una docena de idiotas riendo.

—¿Qué haces aquí, en la puerta? —pregunta el chico a Marta.

Estoy a punto de responder yo, pero no hace falta; ni que lo haga la propia Marta.

—Te estábamos esperando a ti.

Tras esas palabras de Inma, tanto Patricia como yo, y seguro que Marta y las demás chicas en veinte metros alrededor, sentimos encenderse los mofletes por la vergüenza ajena. ¡Pero el chico ni parpadea!

—Vamos adentro —dice con una voz... Se ve calmado, seguro, sin ser autoritario pero sin dar lugar a discusión. Hipnótico es la palabra.

—Están haciendo novatadas a los de primero —responde Marta con algo de miedo en la voz.

El chico no mira hacia la puerta, solo sonríe a su amiga. Entonces sucede algo inesperado, una sobrada, pero que nos hace alucinar a todos. Eleva la voz lo justo para que lo oigan los chicos de segundo del otro lado de la cancela, y dice con calma:

—¿Novatadas? ¿Es una broma? Nadie haría novatadas a mis amigos. Eso haría que tuvieran que buscarse otro instituto, u otra ciudad. Vamos, dame la mano.

Toma la mano de Marta y se dirige a la puerta. Mis amigas y yo nos acoplamos a sus espaldas, apostando a que más atrás se está formando un trencito para aprovechar el momento. Una vez pasada la cancela y avanzado unos metros, sorpresa: no queda un solo chico de segundo a la vista, ni siquiera en el enorme vestíbulo del centro.

Respondo con un «no tengo ni idea» a la duda de Patricia, que se ha dado cuenta de que el chico ha desaparecido como por arte de magia. Marta se gira y sonríe al saludarme. Claro, ahora que no está el guapo de tu amigo, ahora sí me conoces...

—Aquí la cosa no es muy diferente que en el colegio —nos dice mi vecina a la vez que me informa de la suerte de que seamos compañeras de clase en el aula 2. Bueno, ya no estaré sola. Ahora mismo nos encontramos en la puerta de cristal que da acceso al edificio principal—. Aquí, al lado de la puerta, nos ponemos los de primero; allí detrás y en la cafetería de Chema, los de segundo; los de tercero se van a las pistas de atletismo o a la zona de la cancela; y los de COU tienen el privilegio de usar el césped que hay tras el gimnasio.

En el centro del vestíbulo que casi rodea el patio se ubica un pequeño rincón hacia el que todos parecen mirar, si no directamente, de soslayo cada pocos minutos.

—En ese sitio —añade Marta—, se ponen los guapos, los populares. Dicen que nadie de primero ni segundo ha podido nunca sentarse allí, que es solo para los más...

Dejo de oír lo que me cuenta, mi mente ya está atrapada en aquel grupito. Más concretamente en el chico que nos ha acompañado unos minutos antes, este ríe ante una anécdota contada por una chica de cuerpo perfecto y una ropa que yo jamás hubiera elegido para el momento, pero que la hace estar radiante; es más, dudo de que me quedase bien, sobre todo por algunas zonas que aún no he tenido la suerte de desarrollar. Aquel grupo o pandilla parece sacado de una serie de la tele,



tanto en la forma de vestir como en el comportamiento y el físico de cada uno. Entonces descubro cómo se llama el amigo de Marta: Rober.

Si los otros dos mil alumnos del instituto José Caballero sueñan con llegar a estar en ese rincón destinado a una docena de elegidos, yo solo puedo pensar en sacarlo a él de allí y formar nuestro propio grupo. Uno con dos miembros nada más.

Tengo los ojos cerrados, soñando aún, y no soy consciente de dónde me encuentro hasta sentir el codazo de Inma en las costillas. Ya iba a mandarla a la mierda por el dolor que sentía cuando veo que mi amiga está hipnotizada. Sigo la dirección de su mirada. Rober se acerca a nosotras. Venga, ¿en serio? Más exhibición no, ¿este chico pretende provocarnos un ataque al corazón? Se detiene frente a Marta y le pregunta, con la sonrisa más bonita del mundo, en qué aula ha caído.

—En la dos.

—Esa es también la mía. —No sé cómo he sido capaz de decir eso, juraría que fue otra persona controlando mi mente.

El chico me mira unos segundos, durante los cuales se detiene el tiempo. Y luego sucede algo que hace explotar todo el universo.

Patricia e Inma observan con los ojos aún más abiertos que sus bocas. La propia Marta parece incómoda. Y es que soy yo la que se lleva el premio de la tómbola. El temblor de piernas me durará tres días y diez noches. Rober acaba de tomar mi mano mientras continúa hablando con Marta. Está templada y suave.

—Entonces podré verlos a las dos de una sola visita. Eso está bien, ¿no? Si es que queréis que os vaya a ver. Yo estoy en la tercera planta, mejor que yo baje a que vosotras tengáis que subir, ¿no? —Y tras hacer la pregunta, se marcha con una sonrisa preciosa y mirándome de un modo que jamás olvidaré. Jamás.



Tres semanas pasan desde aquel momento, desde que sentí la mano de Rober por primera vez, desde aquella mirada, desde soñar gracias a su voz susurrante. Tres semanas de momentos especiales como sus visitas a clase durante los descansos.

En una de esas visitas, después del recreo: yo regresaba del baño cuando encontré al chico hablando con Marta, que ya era mi compañera de la mesa contigua. Rober se había sentado en la silla de delante de mi mesa, estaba reclinado y su cabeza reposaba sobre mi libro de matemáticas a modo de almohada. Adoraría las *mates* por siempre jamás. Me senté en silencio e hice como que tomaba un bolígrafo para “accidentalmente” acariciar el largo cabello que se extendía casi por toda la mesa. ¡Cómo brillaba!

Otro día nos cruzamos por el pasillo y, a pesar de la distancia entre nosotros, sentí cómo se acercaba para rozar con su mano la mía. No me miró en ningún momento, pero le vi sonreír al marcharse.

En otra ocasión, sentada en la cafetería durante el recreo, se acercó para apartar el pelo de mi cara y decirme que estaba preciosa esa mañana. Luego se marchó. No pude pensar en otra cosa, ni hablar, hasta dos días después.



—¿Rober, quieres salir conmigo?

«Tierra, trágame. No, por favor. Por favor, por favor, por favor...».

La chica se llama Delia, hasta tiene un nombre alucinante. La conozco porque es de mi barrio, y es preciosa, alta, delgada, con dos tetas como las que yo mataría por tener; viste como una cantante de la MTV. ¿Cómo es que no es del grupo de los guapos y populares? ¿Había que matar a alguien o hacer brujería para alcanzar ese nivel? Rober la observa con su mirada típica de seguridad. Pero Delia no se arruga ni un segundo. Lo tiene, lo tiene en el bote. ¡Mierda! Todo mi mundo está a punto de derrumbarse.

Rober se aleja de ellos para pedir algo a Chema, el tipo de unos treinta años que regenta la cafetería en el instituto. Toma el trozo de papel y el bolígrafo que le da y escribe algo. Luego devuelve el bolígrafo y dobla el papel varias veces. En la radio comienza a sonar *I Want To Know What Love Is* de Foreigner y siento que todo mi mundo se sumerge en unas tinieblas que jamás me permitirán volver a ver la luz del sol. Rober se acerca despacio al grupo, se sienta justo a mi lado, pero dándome la espalda y mirando a Delia.

Perfecto, ahora me da la espalda, como si fuera una niña pequeña en el asiento trasero del coche de sus padres.

—¿Por qué quieres salir conmigo? —pregunta con seguridad y mirándola de nuevo a los ojos. Es una chica preciosa y “está buena como para cortar el tráfico”. Eso dicen todos los chicos de mi clase. Idiotas, ¿qué sabrán esos?

La canción sigue fastidiando el ambiente. ¿Cuándo va a terminar? A ver si hay suerte y a continuación suena algo distinto, como *La Invasión de los Buitres* de Los Inhumanos. Le va al pelo a Delia.

—Porque me gustas, estás muy bueno —responde la chica.

A la mierda.

—¿Eso es todo?

Delia parece no comprender.

—¿Eso es lo que sientes? —Le da una nueva oportunidad.

«Yo te amo más que a mi propia vida», eso pienso, pero no reúno el valor para susurrárselo, a pesar de tener su oído izquierdo a quince centímetros de mi boca. Huelo su perfume, una tortura, más aún que tenerlo a tiro de abrazo, de beso, de mordisco... que ya es decir.

—Venga, tío, ¿qué quieres, que te pague por ser mi novio? —dice, se ve cansada de aquel juego ante tantos espectadores.

No se oye el vuelo de una mosca en la cafetería, todos los que están alrededor siguen atentos a la jugada, incluso Chema desde detrás de la barra, la que puede ser la noticia de la semana, del mes, del año. La noticia de mi infarto, claro.

*«Una niña enana y flacucha muere de un ataque al corazón en la cafetería de su instituto durante el recreo. Nadie se dio cuenta hasta tres días después, cuando su cadáver ya olía mal y empezaba a ser devorada por los gusanos. Aún se están analizando las posibles causas del fallecimiento. Los compañeros, alumnos del centro, aseguran que pensaban que se trataba de ropa vieja tirada en el suelo y saltaban sobre ella para pasar de un lado al otro de la cafetería».*

—¿Crees que eso es lo más importante? —responde Rober— ¿Crees que salir con alguien es una cuestión de gustar, de físico? Estás buena y yo estoy bueno... ¡Qué infantil y superficial! ¿Y si me corto el pelo? ¿Y si engordas? ¿Y si uno sufre un incendio o un atropello? ¿Saldrías conmigo si no fuese así como soy ahora?

«Aunque fueras un tarro de cenizas». Veo temblar mi mano antes de comprobar que no tengo valor siquiera para tocar la espalda del chico, como he pretendido. Y quiero llorar por ello.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—No, loco tendría que estar para salir con alguien solo porque le gustase o nos gustásemos. ¿Cómo me valoraría a mí mismo si hiciese eso? Te contaré algo, a lo mejor te hace abrir los ojos y aprender.

La chica lo mira sin dar crédito, el resto aún más alucinados.

—¿Alguna vez te has acostado durante días, semanas incluso, cada noche pensando en una persona? Imagina que cada mañana amanece pensando en la misma, sin pretenderlo... te levantas por esa persona, te lavas los dientes, te vistes para gustarle, solo para eso; das gracias mientras caminas hacia el instituto por ser un día entre semana y así poder verla; la esperas en la puerta, la buscas con la mirada constantemente, la persigues, tratas de verla, de hablar con ella, la acompañas a casa disimuladamente, como si fueses de camino, sueñas con acariciar su mano aunque sea solo un roce lejano... ya no digamos obtener como recompensa una sonrisa o una mirada especial. ¿Imaginas vivir así cada día de tu vida, sin esperar nada a cambio? ¿Imaginas amar a una persona tanto como para ser feliz sin llegar a recibir más que su compañía? ¿Te imaginas conteniendo las ganas de llorar, mientras regresas a casa, solo porque ese día te ha dedicado un gesto que te hará soñar? Yo siento eso por una persona ahora mismo, eso es lo que vivo, y es lo que quiero vivir, lo que considero más importante en mi vida. Y no podría estar con otra chica que no fuera ella.

Varias niñas suspiran a mi alrededor, no sé si he sido una de ellas, seguro que sí. Delia agacha la cabeza y se marcha derrotada. Luego lo hace Rober. Y la luz que parecía haber crecido hasta el infinito en la pequeña cafetería de Chema desaparece sin avisar; todo se vuelve de repente oscuridad. El timbre nos extrae del sueño para volver a la realidad de las clases, y una lección sobre derivadas actúa de somnífero.

—La derivada de equis al cuadrado menos dos equis es igual a la derivada de dos equis al cuadrado más...

Me habría quedado dormida, como mis compañeros, si no fuera porque recuerdo cada palabra que Rober ha pronunciado minutos antes. Dejo de tomar apuntes, tampoco sirven de mucho, ya que está todo en el libro, y me reclino en la silla, suspirando en silencio, a la vez que meto las manos en los bolsillos de mi rebeca. Parece que la clase va a durar cuatro horas.

Pero, ¿qué es esto?

Noto algo que no debería estar ahí. Un pequeño papel doblado. No me atrevo a sacarlo en mitad de la clase, que finalmente dura catorce horas, como mínimo. Salgo corriendo hacia el cuarto de baño en cuanto el profesor dice que la clase ha terminado.

Dentro de un cubículo, sentada sobre la tapa de la taza del váter, veo temblar mis manos de un modo que no hubiera imaginado. Reconozco el papel, es el trozo que Chema le dio a Rober en la cafetería poco más de una hora antes. Quema entre mis manos, parece que vaya a ponerse a flotar ante mí, cargado de magia e ilusión. Casi no deseo leer lo que dice ni saber cómo ha acabado dentro del bolsillo de mi rebeca.

Una sola frase.

La caligrafía es como la suave danza de un patín sobre el hielo.

El cuarto de baño, el cubículo pequeño, sucio y lleno de pintadas, se vuelve como el palacio más hermoso y repleto de flores ante la lectura de esa frase:

### No podría estar con otra chica que no fueras tú

Toda la conversación con Delia regresa a mi mente, cada palabra, especialmente la última frase que le dijo Rober. No puedo decir que recuerde cada gesto del chico porque estaba de espaldas y no pude ver su cara, pero empiezo a comprender su motivo para sentarse a un palmo de distancia de mí antes de abrir su alma. Todo lo que le había dicho a Delia era para mí, todo lo que siente. Yo soy la chica de la que hablaba. ¿No? ¿Me equivoco? Con trece años y el corazón a doscientos por hora no soy capaz de pensar con claridad, menos aún sentada sobre la taza del váter de un instituto. Ni siquiera debería pensar en chicos. Eso dice mi madre.

No me atrevo a contarles lo de la nota a mis amigas. Solo con pensarlo siento el pecho a punto de explotar.

Es viernes, el peor día de la semana, y tendré que esperar para verlo dos días más, una eternidad imposible de calcular. Trato de encontrarlo tras la última clase, pero no hay manera, y el centro se queda vacío. Mi madre me castigará por llegar tan tarde a almorzar si no aprieto el paso.

Siento ganas de llorar, de gritar, de morder a quien se cruce en mi camino. El fin de semana se hará eterno, mucho más largo que la vida entera de la mayoría de mis conocidos.



La radio despertador arranca esa mañana con *Toy Soldiers* de Martika, pero no necesito su ayuda, ya llevo despierta varias horas mirando el techo. Me pongo ración doble de colonia Musk de Woman, me cepillo el pelo durante más de media hora y no puedo desayunar porque los nervios han anudado mi estómago para siempre jamás. Lloraría mientras salgo de casa si no fuese porque se me hinchan los ojos. Lo que me faltaría... menudo cuadro.

Mi hermana Noelia ha desaparecido, distante y malencarada, como cada mañana. Estoy sola, una vez más. O no tanto, ya que mis amigas me están esperando unos metros antes de la cancela exterior para afrontar otra semana. Aunque esta no se parecerá en nada a las anteriores.

A ninguna jamás antes vivida en la historia del instituto y del barrio entero. Te lo prometo.

Un grupo de más de doscientas personas se agrupan ante las puertas cerradas. ¿Cerradas? Cada vez llegan más chicos y el griterío se extiende con fuerza. ¿Han cerrado el centro? ¿Se cancelan las clases? Los alumnos parecen disfrutar con esa idea... Para mí sería un infierno.

Dicen algo de un grafiti, pero el de Delia lo pintaron hace tiempo, cuando el día de la presentación, y lo borró unos días después el conserje. ¿Han puesto otro? Vaya con Delia, cómo despierta pasiones, aunque no en quien ella quisiera.

Intento ver por encima de las cabezas de quienes tengo delante. Un fastidio ser tan bajita.

De repente aparece Inma con una sonrisa exagerada desde mi derecha. Llega corriendo y me atropella como un autobús a toda velocidad.

—¿Estás loca! —le grito.

—¿Loca? No, pero ya verás lo que ha hecho alguien que sí lo está. —Y me saca de allí a

empujones y riendo a carcajadas, sin hacer caso a mis súplicas y ruegos para que me suelte, hasta que llegamos a un banco donde una docena de chicas suspiran y lloran, el doble de las que caben de pie sobre él—. ¡Apartaos, coño!

Quizás debería haberte dicho que Inma tiene el tamaño de un leñador, además de vestir casi igual y comportarse de un modo más basto.

Las niñas caen como derribadas por una enorme y pesada bola de bolera. No pienso en ellas en este momento, solo en satisfacer la curiosidad, saber por qué a mi alrededor todos observan estupefactos y rezar para que no se cierre el instituto. Ante mí, tras subir al banco y girarme para mirar hacia donde Inma me indica, se hace la luz.

Una docena de operarios, del Ayuntamiento y del propio centro, tratan de borrar el mayor grafiti que nadie hubiera imaginado. ¿Cuánta pintura y cuántas horas se habrán necesitado? Por el tamaño y complejidad: un centenar de botes y todo el fin de semana. El instituto se compone de cuatro edificios, y el mensaje grabado en sus paredes de ladrillo es de quince metros de alto por el doble de ancho, solo puede leerse bien desde un ángulo determinado por englobar los cuatro edificios: justo desde este banco al que Inma me ha traído:

### Laura

Mi nombre con letras en varios tonos de azul, mi color favorito, y dentro de un descomunal corazón blanco.

Cada letra tiene el tamaño de un edificio mediano, con sombreado y contorno incluidos. Costará semanas o meses dejar el aspecto del centro como estaba. Si el mensaje es para mí, y yo espero que sea así, a Rober debieron de ayudarlo todos sus amigos para acabarlo a tiempo. Porque deseo con toda el alma que haya sido mi príncipe. ¿Quién si no?

En este instante solo pienso que es una lástima no haberle hecho una foto. Toda una esquina comenzaba a desaparecer bajo las mangueras a presión de los operarios.

No soy consciente de que estoy riendo y llorando a la vez hasta que llega el abrazo de Inma, su enorme mano aferra la mía y me atrae con fuerza. Siento el abrazo desde atrás con un calor inusitado, me giro para decirle que aquel es el día más maravilloso de mi vida, pero no es a Inma a quien descubro a centímetros de mi cara. Completamente pegado a mi cuerpo, Rober esboza su sonrisa típica, pero su mirada es diferente, quiere decir: «¿te ha gustado?» y yo gesticulo con la cabeza para que sepa que sí.

El chico toma mi cara entre sus manos con suavidad y me besa en los labios de un modo tan dulce y liviano... ¡Mi primer beso! Suspiro antes de abrir los ojos, antes de ver que las sorpresas no han terminado.

Los amigos de Rober aún trabajan a su alrededor. Acabo de verlos asomados a las ventanas del segundo piso del edificio a mi espalda. Al mismo tiempo, el centenar de compañeros del instituto que nos rodean comienzan a saltar y tratar de coger en el aire los miles de pétalos de rosas blancas que caen despacio.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y le susurro, aunque mi voz casi no logra salir de la garganta por la congoja de la situación:

—Debes de pensar que soy una cursi para que me hayas preparado algo así.

Un poco empalagoso, no lo discutiré, pero me ha encantado. ¿Quién haría todo eso por la chica que quiere?

Noto su boca a milímetros de mi oreja, pero no responde, y comienza a cantar *La princesa de mis sueños* de OBK:

—♪♪ En mis sueños sigues siendo la princesa de mi reino. Soledad en mis sueños. Cuesta tanto el buscar una razón a este final, ayúdame a encontrarlo... ♪♪

Parece magia, ya que llevo semanas escuchando esa canción y pensando en él. Me gustaría cerrar los ojos y dejarme llevar por la brisa de sus sentimientos, pero decido observarlo y disfrutar de un momento que no podré olvidar en mi vida.

Termina de cantar, cada vez con una voz más suave y distante, como si se alejase despacio en un túnel interminable. Quiero decirle que le quiero, que lo amo, como he soñado, despierta y dormida, cada minuto de este fin de semana, pero no logro que mi vergüenza permita el paso a mi deseo.

Cierro los ojos de nuevo y espero el beso... y espero... y espero... hasta que siento el zarandeo brusco, abro los ojos y:

—Vamos, gilipollas.

Me incorporo en la cama y comprendo que estoy en mi dormitorio, compartido con la imbécil y amargada de mi hermana mayor.

—Tu primer día de instituto, ojalá te hagan muchas novatadas, enana..

## Capítulo 2

### Verano azul

Sí, esa chica bajita y delgada que observan todos mientras canta *Doce cascabeles tiene mi caballo* soy yo, la que está tratando de taparse la cara ante las risas de los idiotas que no me han dejado pasar sin haber cumplido con la tradición más ancestral del instituto. A Inma ni la han mirado, claro que ella parece de tercero, como mínimo. Ahora le toca a Patricia, que está a punto de llorar y arrepentida de haber elegido hacer la gallina en lugar de cantar. Prefiero no describir la escena...

Como imaginarás, no hubo momento espectacular con chico guapo salvándonos el culo en el último momento, ya me hubiera gustado. Lo único que se cumplió de mi sueño fue el abandono de mi hermana Noelia, que ni se dignó a acercarse a mí en todo el día, como si fuese una apastada o se avergonzara de que fuésemos familia.

Tengo que reconocer que pasados cinco minutos nadie recordaba las novatadas; nadie salvo yo misma. Tuve la sensación de que todos me observaban a mis espaldas y reían durante todo el día, incluso a lo largo de la siguiente semana.

La presentación de los profesores fue tan aburrida como todos los veteranos decían, como había oído a Noelia decir a mis padres durante la cena unos días antes. Media hora esperando en un vestíbulo que parecía la puerta de un concierto, pero lleno de gente con cara de estar en un funeral o matadero; todos queriendo entrar como locos en un sitio igual de feo y verde que el colegio del que yo había salido tres meses atrás. ¡Pero cómo lo echaba de menos! En el instituto no sabía ni dónde estaban los baños, si sentarme en clase detrás o en las filas de delante, si los profesores serían simpáticos o unos amargados, como aseguró Noelia durante todo el pasado curso. Quince minutos esperando al tutor para una charla de diez. Antonio González nos impartiría la asignatura de Historia y sus horarios de tutoría eran los martes y jueves de dos y media a tres de la tarde.

Pero antes de oír cómo el tutor decía, entre bostezos, lo mucho que se preocuparía por nuestra educación y problemas de cualquier tipo relacionados con el centro, vivimos el mágico momento de elegir la mesa y los amigos que nos acompañarían durante nueve eternos meses.

¿Todos tienen algún amigo o conocido en la clase menos yo?, pensé agobiada al observar cómo cada uno tenía con quien conversar y se agrupaban o emparejaban. Me tocaría la mesa libre, esa que se queda entre grupos y en la que se sienta quien no pertenece a ninguno, aquel o aquella que no tiene a nadie. Y fue entonces cuando aparecieron los que serán mis mejores amigos durante los siguientes años.

Espera, no quiero adelantarme a los acontecimientos.

—¿Te sientas conmigo?

La voz me resultaba familiar. Me di la vuelta y allí estaba, en la segunda fila, aunque con una ropa diferente a la del sueño.

—¡Marta!

—Nos ha tocado en la misma clase, ¿no me habías visto?

—No, lo siento.



—Ven, te he reservado la silla de al lado.

Y de esta maravillosa forma se soluciona el problema de elegir la mesa. Ahora no tendré que forzar la vista para ver bien la pizarra, porque ni muerta me pongo las gafas horribles que me compraron mis padres el año pasado. Bajita, flaca y con gafas, mi vida terminada en el instituto antes de empezar siquiera.

Una vez estamos todos sentados y en silencio, veo que a mi derecha se ha sentado un chico delgado y una cabeza más alto que yo. ¿Será amigo de Marta? Lo más seguro es que se trate del que le ha tocado la mesa libre.

Y podría decir que la mañana termina de esta forma tan aburrida y absurda, en la que nadie pasa lista pero no pude evitar el mal trago de las novatadas. Debí quedarme en casa o paseando por el barrio. Total, ya sabía el número del aula y el nombre del tutor para el lunes siguiente no estar perdida. ¿Lo único positivo de la mañana? Pues fue saber que no estaría sola en clase, que Marta sería mi compañera además de vecina, y que su presencia no fue en realidad la única coincidencia con el sueño... Sí, como has oído.

Ya nos marchábamos cuando ella se distancia sin decir una palabra, se acerca a un grupo de chicos mayores que ríen en un lateral del patio del vestíbulo, y le da dos besos a mi príncipe azul. ¿Cómo es posible? No se puede soñar con alguien que no conoces y topártelo de repente tras despertar. ¿Coincidencia? ¿Destino? Ni siquiera sé qué decir o hacer. Solo permanezco mirando y sonriendo como una boba hasta que ella regresa.

—¿Conoces a ese? —pregunto cuando ya salimos por la cancela de metal.

—Sí, él y su familia veranean en El Portil en la misma urbanización que nosotros —dice como si tal cosa. Ya me gustaría tener casa en la playa y ser vecina de mi Rober.

—¡Qué suerte!

—¿Por qué? ¿Te gusta?

—¿Cómo? —Me pongo roja como un tomate—. No, lo digo por tener una casa en un sitio tan bonito.

—¿Te gusta El Portil? Te entiendo, está genial. Allí somos unos quince niños en la pandilla, aunque cada año viene alguien nuevo o falta otro que ya no regresa más. Más o menos somos mitad chicos y mitad chicas, casi todos de la edad de él, de la mía solo somos dos niñas. Y solemos ir a la piscina todas las mañanas; luego, mientras los mayores duermen la siesta, nos reunimos también en la piscina pero para partir hacia la playa, a veces regresamos de noche a casa, o nos quedamos en el césped de risas hasta la madrugada. Y los fines de semana por las noches salimos a la zona de bares, en un lateral hay un salón de recreativos y dicen que este próximo verano abrirán una discoteca que tendrá primer turno para menores.

—Suenan increíbles.

—Pues vente.

—¿Cómo?

—Sí. El verano que viene, si te dejan tus padres, te vienes conmigo el mes de agosto y verás qué bien nos lo pasamos.

¿Te he dicho ya que eres la mejor amiga del mundo, la que más quiero y más me alegro de conocer de toda mi vida?

—¿En serio? ¿Tus padres no te dirán nada? —respondo tratando de que no se me note mucho el entusiasmo.

—Mis padres, y casi todos los de la urbanización, están deseando que llegue agosto para pasar las mañanas tumbados ante la piscina, y las tardes durmiendo la siesta o caminando por el paseo marítimo. Mientras no hagamos mucho ruido, les da igual lo que hagamos, dónde estemos o

quiénes durmamos en el apartamento. A lo mejor ni se enteran de que has venido. ¿Te imaginas? ¡Ja, ja, ja! No pongas esa cara, les pediré permiso para que te dejen venir cuando falte un mes o dos y ya te contaré.

Ojalá fuese todo tan sencillo como me lo estás contando.

—Muchas gracias.

—Y también irá él. —Me guiña un ojo a la vez que me pellizca en las costillas; y menuda cara de complicidad, supongo, dedica en este momento a su nueva y fiel muy mejor amiga. Menos mal que nadie nos observa, parece haberle dado un telele por cómo gesticula y ríe.

—En realidad, tu amigo me da igual. Si voy es para estar contigo.

—Claro, claro.

—Te lo digo en serio. Rober me da igual.

—¿Quién es Rober?

—Tú... Estoooo, ¿no se llama Rober?

—Pues no, se llama Miguel, pero todos lo llaman Miki. ¿Por qué pones esa cara? ¿Qué te pasa?



Me despido de Marta justo en mitad de la calle peatonal que recorre cuesta abajo nuestro barrio. El edificio en el que ella vive, en el 3° C, está frente al mío, yo vivo en el 2° D. Justo al final de la calle está la cancela de acceso al instituto. ¿Quién nos hubiera dicho, tras toda la infancia jugando en esa calle, que volveríamos a ser amigas y además compañeras de clase? Ni siquiera recuerdo por qué dejamos de ser amigas, supongo que estar en colegios diferentes ayudó. A ella la llevaron a uno de monjas en el centro.

Me giro, mientras espero a que mi madre me abra a través del telefonillo, y observo su cabello corto y rubio desapareciendo por la puerta metálica del edificio. Está igual que siempre, aún más bajita que yo. La pubertad no se está portando muy bien que digamos con ninguna de las dos.

Claro que este pensamiento no dura más de unos segundos, ya ha desaparecido de mi mente cuando el ascensor abre su puerta y entro.

¿Ha dicho que se llama Miki? ¿Es una broma? ¿El famoso Miki que tenía locamente enamorada a mi odiosa hermana?

Noelia escribió su nombre más de un millón de veces en sus apuntes y libros durante el año pasado. ¡Mierda, son los mismos libros que ahora llevaré yo! ¡Mis compañeros de clase verán los corazones, los *Miki* y los *te amo*! Me tocará borrarlos durante todo este fin de semana. Pero si incluso le pidió salir durante un recreo, fue en la cafetería y el chico le dijo que no. Esa noche la pasó llorando en la cama, sin dejarme dormir. ¿Se habría vuelto mi hermana así de detestable por culpa del rechazo de un chico? Imposible, mi hermana es Lucifer desde que yo tengo uso de razón. Ya estando en la cuna, tendría yo pocos meses, la muy... fue a la cocina y volvió con una patata para tirármela a la cabeza; y no me refiero a una patata frita, sino una bien gorda que tenía mi madre sobre la mesa para pelar y trocear.

En fin, el próximo lunes se presenta complicado, lleno de dudas, de sentimientos encontrados. Y así transcurre el fin de semana, pensando constantemente en la diferencia entre el Rober de mi dulce sueño y el Miki que ni me ha mirado mientras hablaba con Marta. Dos días borrando las marcas a lápiz y tachando las de boli de los libros de mi hermana, ahora míos.

¿Estaría borrando y tachando para nada? ¿Acabaría yo por escribir los mismos corazones durante el curso? ¿Sería capaz de pasar nueve meses sin intentar acercarme a él? ¿Sin pedirle salir, como hizo Noelia? ¿Me rechazaría y ya no podría ir con Marta al apartamento de la playa?

¿Cómo se había complicado tanto mi vida en una sola mañana? Un día antes yo solo quería seguir estudiando, y dentro de cuatro años probar suerte en la Facultad de Veterinaria.

Y aquí estoy ahora, en mitad de la clase de Literatura, con una profesora de voz tan aguda que podría estallar un vaso de cristal, y comprobando que mi nueva etapa, en lo relativo a estudiar, no será tan diferente a la pasada en primaria: clases aburridas, descansos en pasillos con niños corriendo y gritando, estudiar en casa pero ahora con temarios mucho más extensos. ¿Por lo demás? Mi hermana me odia, como siempre. Las tetas no salen, quizá se hayan olvidado de mí. El mundo gira y el otoño llegará en unos días.

—¿Qué haces? Pareces dormida.

El susurro de Marta me hace abrir los ojos. ¿Otra vez he dado una cabezada? ¿Qué hora es?

—¿Qué pasa? ¿Me ha pillado la *profe*?

—Creo que no, Julieta no se entera de nada. Se ha puesto a leer y no saca la cara del libro.

Con ese nombre no podría dedicarse a mucho más que dar clases de Literatura... o escribir novelas... o ser actriz de teatro. Bueno, pues parece que al final tenía más opciones la mujer.

—Qué divertido. Hacernos venir a clase para leernos el libro que ya nos obliga a leer en casa.

—¡A ver! ¿Qué es tan importante para estar cuchicheando? ¿Podemos seguir con la clase? — Julieta mira por encima de sus pequeñas gafas hacia nuestra zona, con cara de poner castigos de los que te tienen toda la tarde haciendo un resumen sintáctico de todas las frases que se le ocurrieran.

Las dos bajamos la cabeza y ella sigue leyendo en voz alta.

—Ha sido por tu culpa. Cállate —me susurra Marta.

—¿Yo? Pero si yo dormía en silencio. Eres tú la que hace ruido. Así que no nos ha regañado por mi culpa.

—¡No ni ná! Yo he arriesgado mi vida, o peor, un castigo, por salvarte. Imagina que te pones a roncar como un bulldog francés en mitad de la clase.

—Pffffff. —Tuve que apretarme la boca con las dos manos para no romper a reír.

—¡Bueno, ya está bien! Keller y Heredia, análisis sintáctico de todo el capítulo tres del libro para el miércoles. Y ahora, si nos dais permiso, seguiremos con la lectura. Gracias por interrumpirnos en la parte más importante.

La más importante de cada libro siempre es, para ella, la que tiene frases cursis de amor. Prefiero no mirar a Marta, que estará enfadada conmigo durante días por esto, como si fuese mi culpa. A ver si logro soportar el resto de la clase sin volver a quedarme dormida, dudo que Marta volviera a despertarme. O peor, seguro que lo hace de un buen codazo.

Por cierto, ella es Marta Heredia y yo soy Laura Keller. Es lo que tiene que te toque un padre alemán. Nací en Bielefeld, al oeste de Hannover, aunque no recuerdo nada de eso porque era un bebé cuando llegué a España. Y no pienses que mis genes me han dado un pelo rubio platino y los ojos grandes y azules, además de una altura y cuerpazo de alemana. Ya me gustaría. Parezco una muñeca, literalmente, con un cuerpo sin forma de mujer, pelo muy largo y sin un color definido entre castaño y castaño claro, además de ojos oscuros y pequeñitos. En el colegio me decían que parecían ojos de china por cerrarse tanto al sonreír. En fin, del montón, o de la zona de abajo del todo del montón.

—Toma.

Esa palabra no me habría sacado de mis pensamientos si no fuera porque la acababa de pronunciar el chico de la derecha, que no sé aún cómo se llama. Me está mirando en este momento. Madre mía, qué acné; eso debe de ser peor en un chico que mis ojos pequeños y mis pecas en una chica.

Sigo mirándolo, pero sin responderle, creo que se está poniendo nervioso. Deja un folio sobre mi mesa y se marcha. La clase ha terminado.

Siento vergüenza por no haberle dicho algo, pero me puede la curiosidad por saber qué contiene el folio. Lo tomo entre las manos y veo que está analizado todo el capítulo tres del libro. El castigo de Julieta, la Bruja a partir de ahora, para que Marta y yo no perdamos el tiempo con chorradas. ¿Cómo lo habrá hecho en los veinte minutos que quedaban de clase? Compruebo que está cada frase analizada de forma independiente y parece todo correcto. ¡Qué digo! Si yo no tengo ni idea, la literatura se me da fatal.

Le doy un codazo en el costado a Marta.

—¡Cabrona! Creo que me has roto el hígado o algo parecido; la próstata, fijo, porque me duele como dice mi padre que le duele a él. ¿Estás loca?

—Exagerada, si tú no tienes próstata.

—No, claro, yo soy deforme y me faltan varios músculos.

—¡Qué bestia eres! Calla y mira lo que me ha dado el niño de al lado.

—¿El raro?

—Cállate, es un chico muy majo.

—Pero si el mote de el Raro se lo pusiste tú.

—Ahora no me distraigas. Mira, es el castigo de la Bruja. Me lo acaba de pasar.

—Venga ya.

—En serio, mira.

—¡Ahí va! Espera, a lo mejor lo ha hecho mal. ¿Lo has comprobado?

—¿Yo? ¿Tengo cara de *Chéspir*? No tengo ni idea.

—Habrá que fiarse, mejor eso que pasar dos tardes haciéndolo nosotras.

—Ya te digo.

—¿Por qué nos ha hecho el trabajo el Raro?

—¿Y yo qué sé?

—A lo mejor quiere algo contigo.

—O contigo, imbécil.

Le dedicamos al chico un tímido gracias en cuanto regresa del baño, no hay mucho más que decir, nos da vergüenza y la profesora de Física y Química acaba de entrar por la puerta. Queda una hora para el recreo y me muero de hambre, espero no llegar tarde a la cafetería de Chema, porque siempre se agotan las cañas de chocolate y tengo que conformarme con un mísero donut.



La luna parece aguantar todo lo posible sobre el horizonte, tal vez espera al sol para saludarlo antes de irse a dormir. Un perro ladra en la distancia y tras su lamento parece apreciarse mejor el ruido del tráfico en la cercana avenida de las Fuerzas Armadas. Algo más cerca, el suelo de la

calle brilla tras haber sido regado por una máquina del ayuntamiento. Ajena a eso, en la completa oscuridad de mi habitación, mi largo cabello castaño reposa cubriendo toda la almohada.

La radio despertador nos hace suspirar a mi hermana y a mí a la vez que nos saca de los sueños que tuviéramos cada una, y que no recordaremos tras tratar de cantar juntas *Heaven* de Bryan Adams en nuestro inglés "nino-nino", que dudo nos sea de utilidad para comunicarnos con un chico guapo inglés o americano en el futuro. Noelia sale corriendo hacia el baño, es la primera por ventajas que le otorgan la edad y los capones que me da en la cabeza cuando intento colarme. Yo voy tras ella, ya tengo la ropa elegida para el día. Toca chándal, es lo que tiene que los miércoles haya Educación Física. El mío es horrible, demasiado grande y de color rosa con líneas verdes. ¿En qué piensan algunos padres cuando compran la ropa de sus hijos? Los míos seguro que en la oferta del mes en el Carrefour, o en que pueda ensuciarlo un poco y ponérmelo como disfraz de toxicómano en Halloween.

Ha pasado una semana desde que nuestro compañero, el Raro, nos hizo el trabajo del castigo de Literatura. Ahora sabemos que se llama Fran, que vive en Fuentepiña, el barrio de al lado, y que es un portento en las asignaturas de Letras; el complemento perfecto para nosotras, que somos más de Ciencias. Bueno, ni siquiera nosotras sabemos qué se nos da bien...

Acabo de peinarme y me observo en el espejo. Por favor, que hoy no sea uno de esos días en los que me cruzo con Miki por los pasillos o en la cafetería, por favor, por favor. Parezco una tarta de fresa que algún niño ha roto a puñetazos. Menudo chándal, odiaré a mi madre por esto durante toda mi vida. Seguro que lo hizo pensando en que su pequeña no tuviera éxito con los chicos hasta cumplir los treinta años. ¿Treinta? Seguro. Hasta ser una vieja amargada como la profe de Literatura.

¿Julieta? Hablando de la reina de Roma... Qué aburridas son sus clases, no me extraña que me entrase sueño mientras trataba de comprender por qué un autor había escrito en primera persona y otro en tiempo pasado.

Tras las clases de Música y Educación Física, voy con Marta a la cafetería. Ya estamos todos allí, tengo una caña de chocolate entre las manos y me siento sobre la mesa del fondo, parecida a las de los profesores. Marta, Patricia, Inma y Fran están comiendo a mi lado, todos en silencio. La cafetería está más silenciosa que nunca, pero yo no lo percibo. Los profesores no han inundado aún con el olor de sus cigarrillos el espacio. Dos chicos entran y todos nos quedamos paralizados. Miki y su mejor amigo, Noé, se acercan y piden unos chicles a Chema, este se los sirve y los dos chicos se dan la vuelta. Despacio, como a cámara lenta. En ese momento deseo con toda mi alma que el tiempo se detenga. Miki está mirándome en este preciso instante, en el que no puedo respirar siquiera. ¡Maldita sea, qué pena no poder parar...!

Y el tiempo se detiene de verdad.

En serio. El tiempo y todo lo que me rodea quedan en pausa como en una película del VHS de casa.

Unos segundos sin saber qué hacer ni qué decir, luego:

—¿Hola? En serio, ¿es una broma? Venga, dejaos de bromas. ¡Eh! Venga ya, ¿no?

Toco la cara de Marta y está blandita, pero no se mueve ni responde a mis preguntas y ruegos. Me asusto y comienzo a zarandearla. Todos a mi alrededor parecen estatuas. Estoy aterrorizada. Muchísimo. Me levanto de la mesa sobre la que me sentaba y camino entre todos. Sería imposible que los profesores participaran de una broma tan bien organizada contra mí. ¡Espera! Yo no soy nadie, ¿quién planificaría aquello, aunque fuese de forma cutre? ¿Participarían Miki y Noé en la broma, cuando son dioses inalcanzables para el resto de mortales de este planeta?

¿Estoy soñando? Sí, es eso, he vuelto a quedarme dormida, dentro de un rato sonará el

despertador. Quizás esté en clase, dando una cabezada, espero no estar roncando y que Marta me despierte antes de que el *profe* me vea. ¡No, imposible! Cuando uno sueña, no sabe que lo está haciendo.

¡Esto está pasando de verdad!

Me acerco a ellos. Ya que estoy, quiero comprobar si es una broma o no al cien por cien de seguridad. Me acerco a Miki y... tardo una eternidad en tocarlo. Su mano está cálida, es suave y la aprieto con fuerza, quiero tenerla aferrada a la mía durante el resto de mi vida. Pero él observa la puerta, está congelado y eso me da miedo. Nada sigue moviéndose a mi alrededor.

¿Qué harías tú en una situación como esta? No es fácil, al menos no lo es para mí mientras la estoy viviendo. Creo que la terapia de choque es la mejor.

No sé por qué lo hago, pero le doy una bofetada con todas mis fuerzas. Nada. ¿Y si lo beso? Es más alto que yo, debería traer algo a lo que subirme, pero no veo nada por la cafetería. Si alguno de los presentes se pusiera a cuatro patas, yo subiría encima de su espalda y haría realidad mi sueño... ¿Un taburete? Maldita sea, nada.

Miro mi reloj y compruebo que no ha pasado un solo minuto, aún quedan diecisiete para que termine el recreo. Chasqueo la boca por la contrariedad.

—Quedan diecisiete minutos para terminar el recreo.

—¿Cómo? —pregunto sin saber en qué planeta estoy.

Marta se gira y me mira con su cara de “¿eres idiota o te has vuelto a quedar dormida en clase?”.

Está claro, ¿no? me habré dormido de nuevo, aunque en la cafetería.

Me noto como cuando tenía ocho años y despertaba los domingos en casa de la abuela, una de esas veces que no sabía si había despertado por la mañana, por la tarde tras la siesta o tras un coma de quince años. No olía a galletas y mis manos eran la de una niña de trece años, así que nada de abuela, había dado una cabezada de nuevo. ¡Qué vergüenza! ¿Me habría visto alguien, aparte de mis amigos?

—Digo que quedan diecisiete minutos para terminar el recreo, ¿estás dormida otra vez?

—Para nada.

—Vale, porque voy a pedirle salir a David y te necesito para hacerme la cobertura.

—¿Cóóóóo?

Perdón, siempre te descuido. Y creo que es el momento de informarte de que Marta está enamorada de un chico que, por algún motivo que no sabe nadie, pasa los días en nuestro instituto, a pesar de pertenecer a otro en el extremo opuesto de la ciudad. David tiene el pelo castaño oscuro y largo como Miki, y mide casi metro noventa, como el doble que mi pequeña amiga, además de tener la mayor fama de sinvergüenza que nadie recuerde, y una voz grave y alta como salida de un enorme altavoz. David disfruta gastando bromas a todo el mundo como lo hacen los duendes de los cuentos, no lo podría definir mejor. Y los que le conocen piensan que debe de tener una novia *top model* como las de las películas; tipo Linda Evangelista o Cindy Crawford.

Ni de lejos se asemeja a mi Rober... perdón, a mi Miki. Pero reconozco que es muy guapo y que Marta tiene motivos para estar enamorada. Claro que eso no hace que me sienta como una cucaracha tras darle esperanzas cuando va a enfrentarse al elefante que la aplastará como a una hormiguita más.

Y así lo hace sin piedad en cuanto ella se presenta ante él y se declara. Un suicidio anunciado... Prefiero no decirte las palabras que usa Marta, entre temblores y tartamudeos. Un momento de vergüenza ajena que todos los presentes trataremos de olvidar para siempre.

David se parece un poco a Noé y Miki, los tres tienen la misma edad, también una altura

aproximada, pelo oscuro y largo, guapos. Parecen hechos a medida para formar parte de la misma pandilla, la que todos llaman los Imposibles, pero que nos hacen soñar al resto como si una meta más importante que respirar surgiese de repente en nuestras vidas. Chicos y chicas de auras perfectas, de sonrisas somníferas, de miradas lacrimógenas, de cuerpos imposibles, de sueños inalcanzables, de... ¿Qué más da? Tenemos trece años y, aunque todos llegamos pensando en el futuro, ha sido el presente el que nos ha arrollado como una gran ola, y ahora no sabemos si estamos braceando hacia la superficie o la profundidad, o si hemos sacado la cabeza ya para poder respirar.

Marta llora durante días, no sabría decir cuántos. Y una mañana se repone hasta decidir que todo ha terminado, que David no vale la pena. Pero no reacciona desviando la mirada hacia otro lado, sino dirigiéndose a él, a su grupo, en cuanto terminan las clases de un jueves o martes cualquiera. Agradezco en ese momento que no sea miércoles, porque iríamos ambas en chándal hacia el suicidio social y sentimental.

Le grita a David que ya no lo quiere mientras yo me tapo la cara como puedo.

Si lo sé, no vengo.

Los amigos de David no saben si reír o llorar. El chico mantiene la compostura y hace como que se siente dolido. Marta me agarra con fuerza del brazo, mostrando orgullo, y me conduce a empujones a la cafetería, donde pide un paquete de caramelos Sugus. Aún hoy no sé por qué pidió eso. Nunca antes ni después la vi comer esos caramelos.

Pero volvamos al día en que se declaró, unas dos semanas atrás, porque no se quedó todo en eso... por supuesto que no:

—Es un miserable —dice antes de romper a llorar en mi hombro—. Un miserable que juega con nuestros sueños de futuro.

Marta está algo loca; bueno, muy loca; pero es un cielo de niña, amiga de sus amigas, buena estudiante y merece que ponga mi cara de enfado, esa que todos temen por parecer de un japonés antes de lanzar su avión contra el objetivo. No sé lo que significa eso, pero obedezco y pongo mi cara de máximo enfado en cuanto la veo llorar. Minutos después no es David el que entra por la puerta de la cafetería de Chema, sino Miki, y se acerca a nosotras despacio, como si participase en un sueño de los míos.

No es mi sueño, lo sé en cuanto percibo que Miki viene a saludar a Marta y no a mí. Le da un abrazo y le dice que no llore, ella se derrumba del todo y comienza a llorar y gritar como si fuese una niña de cinco años. Miki la abraza con fuerza y yo, a pesar de la sensación de egoísmo, lo comprendo. ¿Qué haría un príncipe azul ante una situación adversa? Pues consolar a la chica, fuese princesa o no. Aunque era yo la princesa de mi propio cuento de hadas, la que debía ser consolada. ¿Perdón? ¿Marta? ¿Quién es Marta?

No, no podía ser tan egoísta.

Miki parece sacado de una película en este momento. No por el físico, que ya ha calado entre todas las chicas de aquí, sino por su forma de consolar el momento y a su amiga Marta, que también lo es nuestra.

—Ya está, pequeña. No merece la pena. Ya sabes que David tiene novia. Cinti lleva con él dos meses y están enamorados.

Miki trata de hacer comprender a Marta, su amiga de tantos veranos, que David es un chico fiel y respetará a su novia, aunque todos a su alrededor sabemos que la realidad es bien diferente: David es un golfo que rechaza chicas o las acepta en función del día de la semana que fuese, o del físico que tuvieran, o de vete a saber qué. Un especialista en desechar sentimientos ajenos como pañuelos usados, sin importar el dolor que padeciesen esos pobres pañuelos.



Así funciona el mundo aquí, con dos realidades: la que uno vive y la que los demás eligen como la más divertida. David será lo que su público decida que sea. Y Miki y los demás de los Imposibles también pasan por ese extraño y cruel filtro.

Todo el instituto observó la escena en aquel momento, como una película que todos conocieran antes de haberse estrenado; en el fondo era una secuela fácil y repetitiva de todas las anteriores. Y un rumor más se añadió la lista de la semana: el de otra tonta de primero que se da un cabezazo con todas sus fuerzas contra la pared de la realidad.

Llevarme a Marta de la zona de los Imposibles lo antes posible fue de lo mejor que he hecho en mi vida, incluso visto desde la distancia. Hoy.

Miki, aún en la cafetería, sigue tratando de consolar a Marta. Yo conecto la mirada con él un par de veces durante el proceso. Y no me siento culpable por ello, ya que ninguna de mis amigas, que yo sepa, quieren estar con él; si exceptuamos a las dos mil chicas del instituto, y veinte mil en toda la ciudad, que lo ansían más que respirar.

—¿Te conozco?

El mundo se detiene de nuevo. Ahora lo digo en sentido figurado. Créeme cuando te aseguro que se me paraliza el corazón al ver su mirada, que el tiempo se detiene y que yo quedo otra vez, o por primera vez, como una niña pequeña.

—¿Rober?

¡Vamos, venga! Tonta de las narices. ¿Lo has llamado por el nombre del sueño? Pasaste dos días borrando *Miki te amo* de tus libros, llevas dos semanas soñando con Miki, con estar con Miki ahora o cuando veranees con Marta, y lo llamas Rober. ¿Lo llamas Rober? ¿Por qué no lo llamas Anastasio? Ya puestos, también Indalecio, Eulogio, Eustaquio o Jacinto.

—¿Rober? No, me llamo Miki.

—Lo siento... es que...

—Oye, yo te conozco.

—¿En serio?

Espera, a lo mejor hay una salida a todo este desastre social y sentimental en el que me he metido yo misma. Exceptuando el sueño que tuve la noche anterior al día de la presentación, nunca lo había tenido tan cerca. Kilómetros si me hiciesen calcular a ojo...

—Sí, creo que te recuerdo. Cuando entré el día de la presentación cantabas *Doce cascabeles*. Dios, cómo desafinabas.

¡Mierda!



«Desastre de proporciones bíblicas. Las plagas de Egipto no fueron tan catastróficas como esa sonrisa que me dedicó Miki antes de marcharse de la cafetería. Mi universo explotó. Ahora tendré que hacerme la cirugía plástica en la cara y cambiar el pelo también. No puedo regresar mañana y mirarle a la cara.

¿Doce cascabeles? ¿Desafinar? Soy un bufón. Enana, sin tetas y ni siquiera sé cantar. ¿No habrá un instituto por la ciudad para niños y niñas que ya tengan perdidas todas sus opciones de futuro? Lo de Marta con David fue como una caricia al lado del puñetazo que Miki me ha soltado en todo el estómago.

Sueños rotos, futuro desolador, llanto por dentro, y por fuera, corazón detenido para

siempre...».

Miré el diente de león amarillo; bueno, ya seco y pocho; antes de colocarlo en el diario, iba siendo hora de dormir.

¡Ja! A ver quién duerme esta noche.

Odio mi vida.

## Capítulo 3

### Lluvia de noviembre

El resplandor me ha dejado ciega y ahora trato de saber hacia dónde caminar sin tropezar con las paredes del estrecho pasillo. Cuando recupero la visión por completo, todo ha desaparecido, el espacio es infinito y se encuentra bañado de luz blanca. ¿Dónde estoy? ¿Dónde se han metido mis padres? Hace un minuto estaban a mi lado. Veo una figura, no es ninguno de ellos, sin duda, es... ¿Miki? Lleva una cazadora de cuero negro y pantalones vaqueros rotos y azules. No me mira, está de espaldas. ¿Qué hago? Quiero salir de allí, así que corro hacia él. Puede que sepa cómo regresar a casa, o al instituto. Corro cada vez más rápido pero veo que se aleja más y más, a pesar de no moverse.

El reloj despertador taladra mi mente con *Maquillate* de Mecano. ¿Miki? ¿Adónde se ha ido? Trato de no pensar en la música para que no me persiga la canción durante todo el día, lo que me faltaba, estar tarareando en clase.

♪♪ «Sombra aquí, sombra allá». ♪♪

Y ya he olvidado el sueño.

Mi hermana Noelia permanece bajo la colcha y abrazada a su almohada, no se ha despertado aún, o al menos no parece decidida a levantarse. Creo que es la mejor oportunidad de mi vida. La aprovecho y corro hacia el baño, me siento en la taza del váter como si fuese el único asiento libre hacia la escapatoria del planeta tras una catástrofe nuclear.

—¿Qué dices de nuclear, imbécil?

Mierda, he vuelto a pensar en voz alta. Noelia está golpeando la puerta como si quisiera partirla en dos. Seguro que lo logra si la emprende con ella a cabezazos.

—¡Sal de ahí, enana coñón!

—¡Idiota, amargada, imbécil, gorda! —Ya no se me ocurren más cosas que gritarle.

—¡Te voy a matar cuando salgas!

Entonces interviene mi madre, mi salvación ante una muerte segura.

—Niñas, a desayunar.

Menuda ayuda y salvación.

—Abre la puerta para que te mate, enana de mierda.

—¡Que te den!

—Pues voy a mear en tu almohada.

—¡Nooooo! —Y salgo del baño a toda prisa.

Menos mal que lo que una hermana considera paliza hacia su competencia en la casa es poco menos que un par de tortazos, que tampoco duelen porque el cabello los amortigua. Ahora finjo enfado y dolor ante ella, y entra con una sonrisa de superioridad en el baño. Luego llega a la cocina, se toma su vaso de leche y se marcha, aunque aún es algo pronto; lo sé porque entramos a la misma hora cada mañana.

—¿Por qué no vais juntas? ¿No entráis a la misma hora en clase, cariño? —me pregunta mi madre a la vez que friega los vasos de ColaCao. Sobre la mesa quedan los platos con las tostadas que no hemos probado, pero que ella y mi padre devorarán como pirañas antes de que termine la

canción de la radio de la cocina: *Listen to your heart* de Roxette.

Escucha a tu corazón. ¿No te fastidia? Qué fácil resultan las canciones pop y rock, todas recomendando cosas que no tienen que hacer los cantantes por sí mismos. Ya me gustaría ver a esos chicos de más de veinte años, y ricos, eligiendo la ropa en mi armario para que una niña de trece lograra enamorar a su Miki particular. Por Dios, todo es ropa de niña pequeña. Así no hay forma de llamar la atención. Ni de ligar.

Voy a llegar tarde a la primera clase. Lo sé porque mis amigas, Inma, Patricia y Marta, han desaparecido cuando alcanzo el banco de piedra donde siempre quedamos para entrar juntas desde aquel primer día de la presentación. Parece que haya pasado un año, pero no han sido ni dos semanas.

El timbre suena cuando aún estoy entrando por la cancela de metal exterior, al final tendré que correr. Espero no caerme, soy tan patosa que ya me ha pasado varias veces en los últimos años. Siempre en el colegio, donde no tiene tanta importancia porque allí no existe esa regla vital que en el instituto llaman imagen social.

Por cierto, ¿te has dado cuenta de que no hablo de lo ocurrido ayer a última hora? La única vez que Miki ha hablado conmigo en estos días y ha sido para decir que desafinaba cantando en la novatada. En fin, ¿qué quieres que te cuente? ¿Que no pude dormir hasta las cuatro de la madrugada? Casi mejor olvidarme de él y así no pasar un año de mierda dibujando corazoncitos para un chico que no sabe que existo.

Por los pelos entré en clase justo delante del profesor. Dos segundos más y hubiera tenido que ir a pasar la primera hora a la biblioteca. Ahora toca recuperar el aliento, ¡bien, no me he tropezado al correr!, y tratar de recomponer el pelo, parezco la bruja Avería.

La clase de Música es más somnifera aún que la de Literatura; pero, a pesar del sueño, no me quedo dormida. Ver a Marta me ha recordado lo ocurrido ayer en la cafetería, aunque me da auténtico pánico que tenga la capacidad de detener el tiempo. ¿Pero qué digo? Lo más seguro es que sea una embolia cerebral o algo así, seguro que tengo el coco mal y por eso me quedo dormida cada dos por tres o pienso que el tiempo se ha detenido, que lo han hecho todos a mi alrededor. Debería decírselo a mi madre y que me hagan pruebas en el hospital.

¿Hay una cosa aún peor que ser invisible en el instituto? Por supuesto, ser la rara. Dios mío ¿es que todo tiene que pasarme a mí? Bajita, delgada y sin curvas, ojos pequeños como los de una china, el chico que me gusta solo me conoce por desafinar cantando y ahora resulta que vengo defectuosa también por dentro. Ni que me tocara la lotería compensaría. ¿Para qué querría el dinero? ¿Vestir ropa cara iba a mejorar mi situación personal? No, y menos aún mi situación social. Asco de vida.

—Sssshhh. Cállate, nos van a castigar otra vez, y no tengo ni idea de lo que está hablando como para hacer un trabajo luego.

—¿Qué dices? Yo no estoy hablando.

—Claro que sí. Has dicho asco de vida.

Encima no soy capaz de pensar sin hacerlo en voz alta. ¿Me estaré muriendo o volviendo loca? A lo mejor termino como esos que van por la calle hablando solos o cantando; en la calle Honduras viven varios que, además, van por la calle con unas pintas...

—Creo que me estoy volviendo loca, o que estoy mal.

—Eso lo sabe todo el mundo, y ahora cállate.

—¿Pero qué dices? ¡Por cierto! Ayer, cuando estábamos en la cafetería...

—Sí, claro, recuérdame lo de David. Gracias, amiga.

—Que no, que no es eso. ¿No pasó nada en la cafetería?

—Pues claro que sí.  
—¿En serio?  
—Mi suicidio sentimental y social, ¿acaso no lo viste? Estás tonta.  
—No me refería a eso, sino a algo extraño, como si el tiempo se detuviera.  
—¿Qué dices? Pues claro que se detuvo, justo cuando David me rompió el corazón. Ya pudiste convencerme de que no hablara con él, de que no le pidiera salir.  
—Pero si llevábamos cinco días hablando solo de eso, y yo te decía que tiene novia y que ni te mira.  
—¿Cómo? Eso no lo recuerdo.  
—Estás peor que yo. Y cállate o nos castigarán.  
—No sé... esta tía parece sorda como una tapia.



Unos hacen cola por la ventanilla que da al vestíbulo y otros en la zona de la barra destinada a los alumnos, que es la mitad de la izquierda; la otra mitad la ocupan los profesores. Irene, la esposa o novia de Chema, sirve cafés, dulces y paquetes de tabaco a estos últimos, sobre todo tabaco, y eso provoca que el ambiente aquí dentro esté a menudo más cargado de lo normal, yo no lo siento tanto porque mi padre fuma en casa, pero Marta siempre quiere salir de la cafetería.

—¿Y a dónde vamos? Fuera hace algo de frío —le digo tras insistir por segunda vez.  
—Podíamos habernos quedado en clase, o volver tras comprar el dulce.  
—Pero nos pasamos toda la mañana allí, es muy aburrido. Aquí pasan cosas, se ve a la gente. Allí estaríamos las dos solas.  
—Se ve a la gente... se ve a la gente... Jo, tampoco hay mucho que ver.

David está con Cinti, su novia, en la zona de los Imposibles, desde la puerta de la cafetería, a nuestra izquierda, se les puede ver abrazados. Eso provocaba la irritación de Marta, además de las risas de Inma y Patricia. Fran nos ha acompañado, como hace con frecuencia, y ahora parece distraído terminando de comer su bocadillo de tortilla de patata. Por los altavoces de la cafetería comienza a sonar *Sufre mamón* de Hombres G.

♪♪ «Estoy llorando en mi habitación, todo se nubla a mi alrededor. Ella se fue con un niño pijo...». ♪♪

—Menuda canción... sí que deberíamos irnos. —Ella no me responde—. Venga, olvídale, hay muchos chicos y no creo que David fuese para ti.

—¿Por qué no?  
—Bueno, es mayor, tiene tres años más que tú.  
—Y soy un tapón. Venga, dilo, no te cortes, soy una enana.  
—*Tranqui tronca*. Relájate, que medimos casi lo mismo.  
—Paso de los chicos, paso de David, paso de vosotros. ¡Me voy a clase!  
—Espera. Marta, no seas tonta, espera y nos vamos todos.  
—Pues yo no me voy —dice Inma—. No me da la gana meterme en clase tan pronto.

Patricia asiente a su mejor amiga. Fran sigue rumiando el último trozo del bocadillo, ¿me lo parece a mí o tiene menos acné? Marta ya ha desaparecido.

¡Qué locura! Pienso que, cuando hablaba a mi amiga, en realidad me lo decía a mí misma «Venga, olvídale, hay muchos chicos y no creo que David fuese para ti». Hay más chicos aparte de

Miki, y no creo que él sea para mí. La diferencia de edad, el físico, la posición social allí. ¡Qué mierda de vida! Llevo unos días que no logro encontrarme la sonrisa.

¿Cómo se podrá parar el tiempo? ¿Si me concentro lo suficiente podré lograrlo? Voy a intentarlo. Una chica pelirroja camina frente a mí, se dirige a la zona en la que Chema sirve a los alumnos. De pronto se detiene. ¡Lo he logrado!

—¿El qué?

—¿Cómo?

—Acabas de decir que lo has logrado —me dice Inma.

—¿Yo? No, para nada.

—Pues claro, lo hemos oído todos —Fran y Patricia asienten con la cabeza—. ¿Qué haces con la mano así, extendida, como si fueras una maga o algo así? Vas a asustar a esa.

Me giro y veo que la pelirroja me mira extrañada, aún tengo el brazo apuntando hacia ella.

Ya no hay duda, me estoy volviendo loca.

—Creo que me voy con Marta.

—Yo te acompaño —dice Fran.

—A la mierda, cada vez te vemos menos —protesta Inma. Patricia asiente de nuevo.

—Es que no estamos en la misma clase. Si queréis, esta tarde damos un *voltio* por el barrio.

—No sé, a lo mejor —me responde Inma con desgana, haciéndose la interesante.

La dejo con su orgullo crecido y parto hacia la clase, Fran me acompaña un metro más atrás. A veces me gustaría que fuera más hablador, más participativo. Nunca he tenido un amigo y sería guay que me mostrase la forma de pensar de los chicos, en el caso de que no sea gay, entonces poco podría ayudarme a entender cómo funciona la mente de Miki, quiero decir la mente de los chicos que podrían estar conmigo... Fran es majo y nos ayuda con varias asignaturas, pero en muchas ocasiones desaparece sin salir de la estancia, ya sabes lo que quiero decir, que está pero como si no estuviera.

Antes de abandonar el vestíbulo para entrar en el edificio principal, echo un último vistazo a la zona mágica, en la que los que dirigen los sueños de los humildes mortales están de risas, como si todos los demás que los admiramos no existiésemos. ¿Habrá algún universo en el que uno es dios y los mortales se vuelven transparentes? Si existe, aquellos chicos y chicas viven en él.

La próxima vez que se detenga el tiempo ante mí, sea por un sueño o por un fallo de funcionamiento de lo que esté mal dentro de mi cabeza, correré hacia Miki y lo besaré como si el mundo fuese a terminar en ese instante.

—¿A quién vas a besar?

¿Otra vez? ¡No! Necesito un médico.

—Olvidalo, estaba recordando un capítulo del libro que mandó Julieta para esta semana.

—Pero si es *Cinco panes de cebada* de Lucía Baquedano, no hay besos ni nada de eso.

—Uy, mira, por ahí va Marta, vamos a alcanzarla.



Dos meses de clase; doce horas han pasado desde la última pelea con Noelia; un yogur cené ayer, de limón; otro castigo por hablar en clase, ya van dos y el último fue en Historia; siete veces he coincidido con Miki en la cafetería, ninguna ha hablado conmigo.

Miki...

He puesto su nombre tantas veces en el diario, que casi debería escribirlo sobre el diente de león que uso de separador.

El tiempo no ha vuelto a detenerse, comienzo a pensar que todo fue un sueño o producto de mi imaginación. Dicen que el tiempo es relativo y que pasa más rápido o más deprisa en función de la importancia de lo que estamos haciendo. Está bien, fue algo más que percibir el tiempo avanzando despacio, la gente quedó congelada durante unos minutos, pero tras estos dos meses no estoy tan segura del todo.

La radio nos ha despertado hace cinco minutos con *November Rain* de Guns N' Roses. ¿Será una predicción? Porque estamos a noviembre y parece que va a llover hoy. Con un poco de suerte, lo hará durante la clase de Educación Física y podremos tener una hora de recreo extra. Toca atletismo y es lo que peor se me da, solo di ocho vueltas y media a la pista en el test de Cooper de hace un mes, hoy tenemos que superar nuestra marca y además hacer como mínimo once vueltas para aprobar. Dudo que sea capaz de volver a dar las mismas que la otra vez. Soy un desastre, porque Marta me ha pedido mil veces que vayamos a correr para practicar, pero me quedo viendo la tele todas las tardes tras hacer los deberes.

¿No es increíble? ¿Quién suspende Educación Física? Solo yo.

Noelia sale por fin del baño, estoy a punto de hacerme pis encima. Ya me he puesto el chándal, solo me queda lavarme la cara y peinarme.

Tiro de la cadena y me enfrento a mi reflejo, vaya maraña de pelo. Encima del lavabo hay brillo de labios, colorete, sombra de ojos, perfilador y mil cosas más. Son de mi hermana. No comprendo eso de ir maquillada a clase, lo hacen muchas, pero no le veo el sentido. Los chicos no se maquillan, ¿estarían más guapos con maquillaje? No, ¿verdad? Entonces, nosotras... ¿por qué lo hacemos? En fin. Estas reflexiones mañaneras son cada vez más profundas, sobre todo cuando aún tengo sueño acumulado. Creo que hoy comeré una magdalena con el vaso de leche, a lo mejor me da energías y doy más vueltas en el test de Cooper.

—En la noria vas a dar tú más vueltas, enana de circo. —Otra vez pensando en voz alta—. ¡Lárgate que tengo que terminar de maquillarme!

Eso que tú llamas cara no tiene arreglo. Yo soy la enana y tú la mona del circo. Ve a desayunar un plátano.

Qué suerte, eso solo lo he pensado.

—¿En serio? ¿Te has comido una magdalena y crees que con eso vas a correr más? —Marta se parte de la risa, ya estamos en clase, aunque aún no llegó el profesor de Matemáticas.

—Por probar.

—Mira, con lo que hemos practicado, lo único que haría que corriéramos más es que soltasen un pastor alemán rabioso para perseguirnos.

—O que te pusieran a David delante, entonces sí que ibas a correr.

—¡Serás idiota!

—¿Quién es idiota? ¿De qué David habláis?

Fran deja la mochila sobre su mesa, se quita el chaquetón y nos mira con intriga.

—Un actor de una serie que estamos viendo —responde Marta.

—¿Qué serie?

—Una. ¿No te lo acabo de decir? ¿Has hecho los ejercicios de mates?

—Sí.

—Pues pásalos para copiarlos, que a mí me faltan todos.



La miro extrañada y le pregunto por qué no me los ha pedido a mí, llevábamos hablando ya un buen rato. Podía haber aprovechado.

—Mira, Laura, yo te tengo mucho aprecio, ya lo sabes. Hermanas *forever*. Estoy *in love* contigo, pero entre copiar los ejercicios de ti o hacerlo de Fran... Espero que lo entiendas.

¿Hola? ¿Me acababa de llamar tonta en toda la cara? Pues va a ser que sí. Hermanas *forever* dice la tía...

—Pues corre con Fran también, luego, durante la clase de Educación Física, que te aguante él todo el rato dando vueltas a la pista.

—No te enfades, tonta, que sabes que te quiero mucho.

Y me llama tonta otra vez. Si tuviera poderes realmente, haría que le saliese un grano enorme en mitad de la frente; no, mejor en la punta de la nariz. Un grano enorme y blanco, y que nunca pudiera quitárselo por más que apretase. Del tamaño de un garbanzo.

—¿Por qué me miras la nariz? ¿Y de qué te ríes ahora?

—No, de nada.

Las nubes no son grises, sino negras directamente. Varios compañeros, incluidas Marta y yo, tratamos en vano de convencer al profesor para que suspenda la clase. A las malas, podríamos ir al gimnasio y hacer flexiones y abdominales. Cualquier cosa menos correr durante doce minutos. Dudo que fuera capaz de aguantar dos seguidos sin soltar la magdalena sobre la pista.

—Dejaos de protestar y vamos a darnos todos prisa —dice Miguel, el profesor—, con un poco de suerte podemos terminar antes de que empiece a llover.

¿Eso sería suerte? Suerte es que caiga un rayo ahora en mitad de la pista. Suerte es que se produzca un incendio. Suerte sería que me diera un infarto y pudiera librarme de correr. Tantas horas viendo *Farmacia de guardia*, *Vivan los novios* o *Hablando se entiende la basca*, horas que podría haber usado para salir a correr a la calle. Pero es que Andoni Ferreño y Jesús Vázquez están tan buenos... Hasta Noelia babea viéndolos desde el otro lado del sofá.

—Vamos a mover el culo, chicas —nos dice Fran a modo de apoyo moral. Mejor préstanos una Vespino, porque de otra forma no llegaremos al aprobado.

—Gracias, le respondo no muy convencida.

—No le sigas el juego cuando se pone tan así —me corrige Marta en un susurro.

—¿Cómo? ¿Así? ¿A qué te refieres?

—A cuando se pone tan gay. Ya pronto se le notará la pluma desde lejos y todos pensarán que somos lesbianas por ser amigas suyas.

—¿Pero qué dices, pedazo de bestia? Fran no es gay.

—¿Cómo que no? Solo habla con nosotras.

—Porque no conoce a nadie más y es muy tímido.

—Y no se le dan muy bien los deportes.

—Practica atletismo, no hay que jugar al fútbol para ser un machote. Es el que más vueltas da a la pista en el test.

—Pero saca buenas notas.

—Claro, como tu David es un garrulo, los más machotes son los que no saben leer ni escribir.

—Tía, vete a la mierda. David es muy listo, pero no quiere estudiar.

—¿Y tú qué sabes, si no ha hablado contigo nunca?

—¡Retira eso ahora mismo!

Todos nos observan en este momento, en silencio.

—A ver, los cotorreos para luego, ahora todo el mundo a calentar, en cinco minutos comenzamos a correr.

El profesor pone su silla plegable en una esquina de la pista, como la vez anterior, y comienza a asignarnos un número en función de nuestra posición en el listado alfabético de apellidos. Yo soy el número 9 y Marta el 6. Todo igual que la vez anterior. Cada vez que pasamos a su lado, decimos el número en voz alta y nos apunta una vuelta.

—Serías una amiga fantástica de mi hermana —le susurro mientras estiro los gemelos, aunque dudo que yo tenga de eso en mis flacas piernas.

—¿De Noelia? ¡Serás zorra! Tu hermana es el demonio.

—No mucho peor que tú.

—Oye, lo de David te lo permito, pero lo de tu hermana me parece muy fuerte. Pero mucho. ¡Retíralo!

—Venga, no digas tonterías y vamos a la línea de salida.

—Sí, vamos a ponernos las primeras, que seguro que ayuda cuando todos nos adelanten. Eso ha sido mejor que lo de la magdalena mágica de tu desayuno.

—Qué derrotista estás.

—Mira, si quieres optimismo, ahí tienes a tu amigo Fran. Corre con él.

—No te pongas tonta.

No responde, está enfadada, como cada día que toca Educación Física. Odia el chándal, odia hacer ejercicio, odia sudar, odia el frío que pasamos en la pista cuando llega el invierno. Y sigue sin llegar la lluvia de noviembre. ¿Dónde se han metido los Guns N' Roses?

Llevamos dos vueltas a la pista, cuatrocientos metros como mucho, y siento que la magdalena mágica, como dice mi amiga, quiere salir como sea de mi estómago, da igual si por arriba o por abajo. Marta no para de hablar a mi lado mientras el resto de compañeros nos adelanta uno tras otro. Fran llevará seis o siete vueltas, y sacará un diez en el trimestre, qué envidia, encima es un cerebritito en Mates, Historia, Inglés, Música... en todo. Debería cambiar de compañera de estudio en la biblioteca. Tanto allí como cuando estudiamos en mi casa o la suya, Marta se pasa todo el rato hablando de David, de la pandilla de los Imposibles y de lo genial que sería que cuando tuviéramos dieciséis años fuéramos miembros del grupo. Empiezo a sospechar que solo la soporto porque también habla, de cuando en cuando, de anécdotas ocurridas durante los veranos que pasa en la playa. Así me enteré de que Miki estuvo saliendo con una chica de allí, de la urbanización; la muy buscona le pidió salir a él. Bueno, eso es algo normal; pero, entre tú y yo, la llamaremos Buscona y no Rocío, que es su nombre. Tres semanas duraron el verano pasado. Según Marta, la chica llevaba dos veranos tras él y, cuando por fin consiguió que él le dijera que sí, pasó olímpicamente. Lo evitaba, no se acercaba a él, hasta dejó de salir algunas tardes. Mi amiga también aseguró que nunca se dieron un beso, ni cogerse de la mano; nunca estuvieron a solas.

¡Bien!

—¿Qué dices? ¿Ya estás hablando sola otra vez?

—Perdona, es que me disperso.

—Pues te estaba contando algo superimportante sobre el capítulo de ayer de *Sensación de vivir*, no sabes lo guapo que estaba Dylan. Y no me estás haciendo caso, menuda mierda de amiga que...

Y entonces llega, me doy el golpe más grande que recuerdo en mi vida contra la enorme espalda de Juanma, un compañero de clase que acababa de adelantarnos unos segundos antes. Caigo hacia atrás y me golpeo la cabeza. Me siento mareada, desorientada, pero no oigo a mis compañeros reírse, a Marta preguntarme qué tal estoy ni los pasos de los que corren alrededor.

Abro los ojos.

Mierda.

Me levanto sin prisas, ¿para qué? Marta tiene los ojos vueltos del revés, como suele hacer cuando va a decirme que soy la peor amiga del mundo y que debería centrarme en escucharla. Tras ella hay tres compañeros y por delante otros dos, incluido Juanma, alias Espalda de Acero. Todos congelados.

Pues parece que la vez anterior no lo soñé, pero eso no me consuela en absoluto. ¿Habrá sido el golpe en la cabeza? Sí, ha sido eso, vuelvo a tener un ataque cerebral o lo que sea. Camino entre mis compañeros, les toco la cara, están blanditas y cálidas, pero no se mueven un solo milímetro. El segundero de mi reloj no avanza.

¿Qué hago? Pues me siento en el suelo para recuperar el resuello, porque de otra forma no llegaré a esos doce minutos corriendo. Hay que aprovechar las oportunidades. Podría ir a la clase de Miki y besarlo, pero no sé cuánto tiempo durará la pausa y no quiero que se establezca de nuevo el tiempo cuando le esté dando una clase particular de *lengua*. ¿Te lo imaginas? Todos vuelven a la normalidad y yo estoy sentada sobre la mesa, sobre sus apuntes, con los ojos cerrados y dando mi primer beso de verdad.

Bueno, no sería de verdad porque tendría que ser consentido, que él participase. No, no sería el mejor beso del mundo. No quisiera recordar ese momento, aunque nadie me pillase, aunque el tiempo se estableciese después y nadie lo supiera.

Mejor quedarme aquí y recuperar del todo la respiración, en un rato tendré que seguir corriendo. Por desgracia.

En fin, que seguro que te olvidaste de la magdalena, pero yo no. El tiempo está detenido pero mi estómago sigue su curso, así que me acerco a los baños del gimnasio, los más cercanos, y a la vuelta paso por donde se sienta el profesor. Ya puestos... ¿no?

Jo, eso es hacer trampas... No, olvido la idea de ponerme unas vueltas más en su folio y voy junto a Marta. Prefiero un suspenso a los remordimientos.



No sé cuánto tarda el tiempo en regresar, pero lo hace mientras medito lo que será de mi vida en Navidades, y seguimos corriendo. Doy otra vez ocho vueltas y media, lo que me garantiza el suspenso del primer trimestre si no lo compenso con otras pruebas como las abdominales y flexiones.

¿Te preguntas qué estoy haciendo en este momento? ¿Tú qué crees? Son las nueve de la noche y estoy haciendo flexiones y abdominales en la cocina de casa, dentro de un rato cenaremos y mi madre está terminando de hacer la comida.

—Cariño, ¿vas a querer croquetas?

—Sí, mamá.

—Te hago seis.

—No, con cuatro vale.

—Eso es poco, ayer comiste solo yogur, así no vas a crecer.

—Jo, mamá, no me interrumpas, que me quedo sin respiración.

—Tu hermana aprobó Educación Física el año pasado, y seguro que también lo hace este.

—Me alegro mucho. Será porque es muy fuerte gracias a sus genes tan masculinos.

—Laurita, no te metas con ella. Luego protestas cuando te pega.

—Pero siempre empieza ella, está amargada porque nadie la quiere y lo paga conmigo.

—Tu hermana tiene muchos amigos.

Sí, seguro. Pues a ver si me presenta alguno que no sea imaginario.

—¿Qué dices de imaginario?

—Nada, que no me interrumpas, jo, que no puedo hacer abdominales si me haces hablar.

—Uy, cariño, perdona, como te veo sin moverte y mirando la tele.

—¡Qué guapo es Andoni Ferreño! ¿Verdad, mamá?

—Ains, qué rápido crecéis. El año pasado jugabas con muñecas.

—¿Qué dices! Eso sería hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? Pero si tú no sabes lo que es eso de mucho tiempo.

—Mamá, ¿cómo conociste a papá?, ¿te pidió salir él o lo hiciste tú?, ¿era guapo cuando joven?, ¿como Andoni Ferreño? En las fotos sale igual de feucho que ahora. ¡Jo, qué triste! ¿Eras guapa tú?

—Laurita, te vas a ganar una buena si sigues por ahí. Anda y vete a duchar antes de cenar, ya te lo he dicho mil veces. Menuda noche me estás dando.

¡Jo! Mi madre, cualquier cosa que pida u ordene, siempre dice que me lo ha dicho mil veces. ¡En fin!

Nadie me comprende. ¿Cómo voy a saber lo que tengo que hacer y cómo funciona el mundo si nadie me explica nada? Solo tengo a mis amigas. Marta piensa que puede salir con David si lo pide cada noche rezando y lo mira fijamente cada día que se lo cruza. Inma cree que el mundo es el patio del recreo del colegio, todos jugando y sin importar nada más que reír a carcajadas, ni siquiera deja claro que le gusten los chicos o las chicas. Patricia... ni idea, creo que ella se conforma con ser espectadora de la vida de los demás como si fuese una telenovela; esa parece ser su vida. Fran es un caso aparte, no sé si se pasa todas las tardes estudiando para sacar siempre dieces o tiene una doble vida como agente secreto. Lo cierto es que no sabemos casi nada de él.

Decidido, a partir de mañana trataré de ser más amable con él, hablar y preguntarle por sus cosas, que sienta que hay interés y que no es un amigo de segunda categoría.

—¡¡Ay!!

¡Mierda, el agua está ardiendo! Qué dolor, ahora se me pondrá rojo el brazo.

—Uy, perdón, he tirado de la cisterna sin saber que estabas en la ducha.

¿Mi asquerosa hermana había estado sentada en la taza del váter todo ese tiempo? ¿Había oído algo? ¿Hablabla en voz alta o pensaba?

—Un saludito a tu amigo gay. Eres la friki del instituto, ¿lo sabías? Mira que estar enamorada de ese bicho raro y lleno de granos.

—¡Vete a la mierda, bruja amargada! ¡Mamá, Noelia me está molestando!

¿Cómo he olvidado echar el pestillo a la puerta?



«Odio a mi hermana, es como la bruja del pantano de las películas de princesas. Siempre haciéndome la vida imposible. ¿Qué le habré hecho yo? Que se vaya a la mierda.

Fran, en cambio, es un cielo. Atento, estudioso, tiene una sonrisa preciosa y el cuerpo de un

chico de segundo. Sí que voy a estar más pendiente a él.

¡Oh, Dios! Correr con Marta ha sido un suplicio, no aprobaremos Educación Física en la vida si seguimos así.

Los recreos en invierno son fríos y aburridos.

Los días tristes.

Las clases cada vez más desesperantes.

Miki no aparece desde hace siglos.

Miki...».

Cierro el diario y lo abrazo con fuerza, suspiro y me quedo casi dormida antes de guardarlo bajo la cama. Al otro lado de la ventana el agua azota con fuerza la persiana.

A buenas horas llegó la lluvia de noviembre.

## Capítulo 4

### La princesa del cuento

Huele a plátano con chocolate, Noelia no se ha lavado los dientes antes de acostarse y su respiración inunda el espacio en el pequeño dormitorio. La poca luz que filtra la persiana es suficiente para dibujar formas extrañas en el techo. Oigo los ronquidos de mi padre, alguien ha tirado de la cisterna en el edificio y otro vecino tiene puesto el televisor más alto de la cuenta. El reloj despertador marca las dos de la madrugada y no puedo dormir, para variar. Quizá debería dejar de hacerlo en clase y así tendría sueño por las noches.

Apuntado como nota mental, por enésima vez.

Hace unos días, en realidad han pasado dos semanas, fue mi cumpleaños; el uno de noviembre. No sé si cumplir catorce te hace sentir mayor por la cifra, por estar ya en el instituto o, en mi caso, porque ha sido la primera vez que no he tenido una fiesta en casa. Solo una tarta hecha por mi madre y soplar una mísera vela tras oír cómo mi familia, menos Noelia, cantaba el *Cumpleaños Feliz*. Ropa como regalo, funcional, nada de vestidos o pantalones chulos, y un “ponte a estudiar que los deberes no se hacen solos”.

No sé a ti, pero a mí me pareció frío, en ese momento no pensé que hacerme mayor fuera algo guay.

Ahora, en cambio, vuelvo a pensar en Miki. Para estar con un chico de dieciséis, para ser su novia, besarlo y salir los fines de semana a pasear con él, no creo que ser mayor sea tan malo. Las tartas y fiestas que se las quede otra.

Hay una sombra en el techo que me recuerda el perfil de su cara. Bueno, hay que tener mucha imaginación y mirar desde un ángulo concreto. Ya me entiendes. Se parece a él, de verdad. ¡Qué guapo! A veces me sorprende observándolo durante el recreo, mientras habla con sus amigos, bromea, ríe, se enfada... Da igual, siempre está guapo. Acompaño a Marta cuando va a hablar con él, aunque no me haga caso; me conformo con tenerlo cerca, mirar sus facciones y oler su colonia o perfume. Imaginarme que lo tengo entre los brazos en ese momento es un placer que nadie puede quitarme.

¿La dignidad? Pues no la he perdido, no he escrito su nombre en mis libros y apuntes ni una sola vez. Tan solo en mi mesa, pero fue con un lápiz y lo borré antes de que nadie lo viese. Y ni por asomo me atrevería a pedirle salir, como hizo mi hermana el año pasado, o Marta con David hace semanas. Una tiene su orgullo. Pero ¿seré capaz de mantenerme firme durante todo el año? No podría jurarlo, menos aún pensando que serán dos largos años viéndolo, eso contando con que Miki no repita curso antes de marcharse a la universidad.

No sé a qué hora logré quedarme dormida, pero sí que lo hice pensando que mi primer beso sería tan especial y mágico como para esperar por él el tiempo que fuese necesario. Lo trágico del asunto es que puede que nunca me den un beso si solo permito que Miki sea el afortunado. En fin, que mi vida social y sentimental es un caos.

*Forever Young* de Alphaville en la radio despertador. Joven para siempre es algo que cuesta desear cuando una es más joven de lo que le gustaría. Los catorce están mejor que los trece, pero no deja de ser una cifra ridículamente pequeña cuando los que son tus referentes en el instituto

tienen dieciséis, diecisiete... y algunos más los actores y cantantes de la tele. Me siento como esos personajes de las películas de dibujos Disney que aparecen en segundo plano, ya sabes, cuando la princesa baja de su hermoso castillo y se adentra en el pueblo, empieza a cantar y bailar alrededor de la plaza, que siempre tiene una fuente en el centro. Detrás de ella hay aldeanos o lo que sean, y nadie se fija en ellos, no hablan, no cantan, no intervienen, solo están ahí haciendo bulto, con una mirada y sonrisa de perdedores. La princesa canta rodeada de pajaritos y conejos. Pero yo solo soy un bulto más de esos de atrás, cuando querría ser la protagonista, la princesa que canta y baila rodeada de pajaritos y conejos.

Quiero ser la princesa del cuento.

¿Por qué en mi propio cuento de hadas soy una aldeana insignificante y perdedora en lugar de la princesa del castillo?

Mi hermana me llama enana, imbécil y otras cosas más que no oigo. Me da igual, ya nada importa. Me estoy convirtiendo en ella, pronto buscaré a quien machacar para pagar mis frustraciones. Hace solo unos meses no sabía siquiera el significado de la palabra frustración. Ahora solo quiero crecer, cuando soy consciente de que hacerme mayor ha sido el origen de todos mis problemas.

¿Nos volvemos más idiotas a medida que cumplimos años? Yo sí, sin duda.

Sigo en pijama, estoy sentada en el borde de la cama con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, esperando a que Noelia salga del baño de una vez. Veo caer mi largo cabello hasta casi tocar el suelo, a veces me gustaría cortarlo, repararlo al cero. Total, nadie se daría cuenta y yo ahorraría tiempo secándolo tras la ducha, lavándolo con cremas suavizantes y mascarillas o cepillándolo cada mañana. O tal vez no, ya que me sirve para taparme la cara lo suficiente para que nadie se fije en mis ojos pequeños, o en la boca menos sensual del mundo.

—Espera, deja que mejore esto.

No sé cómo he llegado al instituto, no recuerdo nada desde antes de desayunar. Ahora estoy sentada, justo antes de comenzar las clases, en la mesa que hay al fondo de la cafetería. ¿Me he vestido bien? Quizás lleve los calcetines de diferente color o las zapatillas de felpa en lugar de zapatos a juego con los pantalones vaqueros. Hace dos minutos que entró Miki y saludó a Marta, ahora me está metiendo el cabello tras las orejas con delicadeza, el roce de las yemas de sus dedos con mi cara hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. Nunca se había fijado en mí de esa forma, esto debe de ser un sueño, no me creo que sea verdad. Pronto despertaré en la cama y Noelia me insultará.

—Oye, estabas hablando conmigo. —Marta interviene, está celosa porque acaparo durante dos segundos la atención de su amigo. Luego la asesinaré y haré desaparecer su cadáver para que no me descubran.

—Es que tu amiga siempre va con la cara tapada y eso es un crimen.

¿Lo has oído? Eso lo ha dicho de mí, de mí. Y me muero solo con pensarlo.

De repente estoy en clase de Matemáticas, soportando un rollo parecido a lo que sería una clase de Chino o Ruso, y me doy cuenta de que tengo aún la boca abierta. ¿Qué hora es? ¿Qué día es? Marta observa la pizarra mientras escribe fórmulas Juan, el profesor, con su espesa barba negra y su acento cordobés. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Miki? ¿He perdido en mi memoria lo sucedido porque me ha besado y me ha dicho que está locamente enamorado de mí? ¿Me he desmayado, golpeándome la cabeza y perdiendo la memoria? ¿Qué más quisiera!

—¡Ja, ja, ja! —Todos me miran y ríen a mi alrededor.



He vuelto a pensar en voz alta, eso sí que debería hacérmelo mirar. Otro propósito para el nuevo año, o antes, porque sí que es preocupante. Me encojo en la silla, estoy roja por la vergüenza.

—Un poco de silencio, por favor. Continuemos con la clase si a la señorita Keller no le importa.

Me pongo aún más roja y bajo la mirada, el profesor se gira hacia la pizarra y continúa con la clase. Entonces oigo el susurro:

—¿Qué haces? ¿Otra vez dormida?

—¿Sueño o pesadilla? —pregunto a Marta.

—¿Qué dices?

—Miki me ha hablado y tocado hace un rato, dime que no le he pedido salir ni he hecho otra cosa loca, porque no me acuerdo de nada.

—Estás fatal.

—Respóndeme, ¿qué ha pasado? ¿Ha sido un desastre?

—¿De qué hablas? Solo te ha apartado el pelo de la cara, no te montes películas. No te ha pedido matrimonio y no, no has babeado pidiéndole que salga contigo. Enhorabuena, has sido más lista que yo.

—Yo no quería decir...

—Claro, que no eras tan patética como yo.

—Marta, yo tengo que mirarme en el médico lo de pensar en voz alta, además de otras cosas... pero tú necesitas empezar a quererte más.

—¿Qué insinúas?

—Nada, luego lo hablamos.

Entonces ¿no había pasado nada? ¿Se quedó todo en un detalle por parte del chico? Se acercó a hacer su obra de caridad de la semana, tocar a una chica de primero para que pudiera seguir soñando con él, con las oportunidades que tenía de salir con alguien inalcanzable. Aquello no me hace sentir mejor, ni por asomo. Todo lo contrario, me siento furiosa. Ha jugado conmigo, con mis sentimientos, soy una más de las que babea o chilla al verlo cruzar un pasillo. ¿Unas migajas de pan nos da para mantenernos vivas y expectantes? No, eso no funciona conmigo.

Yo debo quererme más o no saldré con vida de aquí. Por Dios, se trata de un instituto, nadie sobrevive si no mide cada palabra o gesto...



El sonido de la lluvia, al otro lado de la ventana, es tan hipnótico como para transportarme a un mágico lugar en el que todas las asignaturas se aprueban con dieces, las amigas son divertidas y no existe la figura de la hermana odiosa. Sobra decir que ese paraíso cuenta con muchos chicos guapos de pelo largo que se desviven por mí. Hace algo de frío, pero se puede soportar con el abrigo puesto o un gorro de lana. ¿Lo peor de todo?, que no tardo en despertar.

Hace diez minutos que se marcharon todos para comer algo durante el recreo, incluidos Marta y Fran, y no siento en absoluto el vacío que su ausencia provoca. Deseo estar sola más que nunca, es la mejor forma de conocerme a mí misma, aunque jamás antes lo hubiera pensado. Tal vez sea eso lo que mi madre llama crecer o madurar. ¿Qué más da? Ojalá todo lo que tenga que pasar lo haga rápido, porque es el tiempo entre las experiencias lo que hace que todo sea más difícil,

mucho más que los errores que pueda cometer. Ese mismo pensamiento lo escribiré en mi diario:

—¿Te molesto?

Fran está frente a mí, lleva un bocadillo y un dulce, extiende este último hacia mí, despacio, como con miedo a mi reacción. Guardo el cuaderno de Matemáticas en la mochila mientras lo rechazo.

—No, gracias.

—Es lo que siempre pides, una caña de chocolate.

—Hoy no tengo apetito.

—¿Es por Miki?

Me quedo muda, casi no puedo mirarlo a los ojos. ¿Qué sabe de Miki? ¿Qué le ha contado Marta? ¿Qué ha visto por sí mismo?

—No tengo apetito, es solo eso.

—Perdona.

—¿Por? Me has traído un dulce, debería haberte dado las gracias. Perdóname tú a mí por no ser agradecida.

—No pasa nada, te dejaré en paz si quieres quedarte aquí sola.

—No, no te vayas. —Se detiene en el último momento.

Fran se sienta en su silla, justo a mi derecha, y comienza a devorar el bocadillo en silencio. Hoy lleva un pantalón negro que le queda muy bien, he visto a varias compañeras fijarse en él cuando se levanta en los descansos. El dulce de chocolate, por cierto, sigue en el centro de mi mesa, pero no me veo con fuerzas para probarlo. Solo el olor me da náuseas. ¿Qué me pasa?

—¿Cómo dices?

—¿Quién, yo?

—Sí, me acabas de preguntar.

—No me hagas caso, no estoy bien, creo que tengo que ver a un médico.

—¿Por qué? Yo te veo perfecta. Quiero decir... que te veo bien.

—Gracias, pero no sabes... no importa.

—¿El qué?

—En serio, no tiene importancia.

—¿Es por Miki?

Es la segunda vez que lo menciona, ya no puedo evitar la conversación o quedaré como una estúpida y una borde ante mi amigo. Debe de ser evidente lo que siento por el chico para que Fran se haya dado cuenta y me presione tanto para que se lo diga.

—Quizás sea por él. No lo tengo claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Te he visto mirarlo a veces, te quedas hipnotizada. Y cuando se acerca es como si fueras a explotar.

—¿Sí? Qué estúpida, ¿no?

—No.

—¿No?

—Es normal, estás colada por él. Aunque no lo merezca.

—¿Qué has dicho?

—No me quiero meter donde no me llaman.

—Por favor, sigue, no me molesta.

—Creo que ese chico debería tener claras sus ideas y luchar por ellas. Si yo tuviera la oportunidad de... En fin, que cuando tienes la suerte de que una chica especial te quiera como tú lo quieres a él... Eres una niña que lo tiene todo, eres bondadosa, divertida, inteligente, simpática,

cariñosa, tímida hasta ser adorable, y todo eso dentro de un físico... ya sabes, eres la chica más guapa de...

—¡Perra, no has venido a la cafetería! Te hemos estado esperando. Inma ha dicho que eres un muermo.

Marta entra como un vendaval y me agarra de brazo para que la acompañe al baño. Tengo la sensación de que Fran tiene mucho más que decir. Quizás luego lo haga.

—¿De qué hablabas con Fran?

—Me decía cosas bonitas.

—Vale, busca papel higiénico, aquí no hay. No te lo vas a creer, pero David me ha mirado y sonreído al entrar en la cafetería.

—¿No serán imaginaciones tuyas?

—¿Por quién me tomas? Claro que no, lo ha hecho descaradamente. Y hazme un favor, abre un grifo de un lavabo, no me puedo concentrar.

—¿Seguro que es para concentrarte? —le digo con una sonrisa malvada.

—Bueno, vale, es para disimular el ruido. No sé cómo las demás meáis tan en silencio, mi chorro suena como si fuese el de una vaca preñada.

—Es que tendrás el potorro muy grande.

—¡Ja, ja, ja! ¡Putá!

—Venga, termina.

—Por cierto, David venía con Miki.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho?

—Se ha extrañado de que no estuvieras con nosotras.

—No. ¡Venga ya! ¿Ha preguntado por mí?

—*Efectiviwonder*. ¡Te lo juro! Te ha extrañado.

Que se acabe el mundo, que yo ya puedo morir feliz.

—¿Qué le has dicho?

—Que estabas en el baño con diarrea.

—¡No serías capaz!

—Claro que no, idiota, le dije que estabas en clase, adelantando deberes.

—Mierda, eso es casi peor, pensará que soy una empollona.

—¿Qué decías de Fran?

—¿Fran?

—Te decía cosas bonitas.

—No lo recuerdo.



Esa misma tarde. Justo al lado de mi casa.

La plaza está abarrotada, a pesar de que el día sigue igual de feo. Mientras no llueva, siempre será mejor que estar encerrada estudiando en mi habitación, o cambiando canales en la tele y soportando a Noelia. Patricia, que no suele hablar mucho, pero cuando lo hace es siempre para decir algo reflexivo, pregunta cuándo saldremos una noche. Todas queremos hacerlo, salir por primera vez como hacen los chicos mayores, aunque tengamos que regresar a las diez a casa; no importa, pero queremos sentirnos especiales. Un paso más para dejar de ser niñas, de

considerarnos a nosotras mismas como demasiado pequeñas para hacer esto o lo otro.

Inma tiene hoy más acné que nunca, pobre... Patricia se ha puesto un abrigo nuevo de color burdeos que le sienta muy bien, hasta le marca las curvas, y queda fenomenal con su pelo rubio cada mes más largo. Marta está haciendo globos con un chicle, aunque le salen pequeños y hace un gesto de malestar cada vez que se desinflan sin explotar. Yo deshojo una margarita del jardín cercano sin haber participado aún en la conversación.

Frente al banco en el que nos sentamos, un grupo de chicos guapos ríen y se pasan una cerveza de litro de mano en mano, seguro que se sienten ya hombres al dar cada sorbo. Están bajo el templete. La estructura de cemento en mitad de la plaza es siempre para los mayores, aunque también hay jerarquías entre ellos. Si apareciesen David, Miki, Noé, Cova, Ada y los demás, los que hay ahora se marcharían sin que nadie se lo pidiese. Llegar a ese extremo de respeto y popularidad, a lo más alto, debe de ser increíble.

—Pues claro que debe ser increíble —dice Inma con entusiasmo. Otra vez he pensado en voz alta—. Pero tenemos trece años y nuestros padres nos matan si les decimos que vamos a una discoteca. Sí, Laura, ya sabemos que tú acabas de cumplir catorce, pero eso no mejora la situación del grupo.

Ni me molesto en responder. Hoy parece un día de esos en los que mi amiga está especialmente irritable. Siempre le sale más acné cuando le viene la regla. Seguro que acaba peleando con Marta.

—En el Invernadero se puede entrar con trece —responde Patricia.

—Pero el sitio es peligroso. —Marta se suma a la conversación, masticando el chicle con la boca abierta—. Dicen que apuñalaron a un hombre hace unos meses en la puerta.

—Eso son leyendas urbanas, o sería en el turno de los mayores, durante la madrugada. En el primer turno solo hay niños y sirven refrescos. ¿Os imagináis allí, bailando en la pista, con la música a todo volumen? Tiene que ser una pasada.

—Ni siquiera tenemos ropa chula.

—Yo tengo un vestido de fiesta precioso —dice Marta.

—Sí, para fin de año. ¡No te jode! Cállate, retaco.

—Inma, eres una borde.

—Te he dicho que te calles, enana. No puedes ir vestida con un vestido largo, ¿eres idiota o te pica el culo? Yo no voy contigo si no vistes como es debido. ¡Qué vergüenza me dais!

—Claro, vamos a vestirnos como tú, con un peto vaquero y camisas de cuadros.

—¡Vete a la mierda!

—No empecéis. —Patricia trata de poner orden entre Inma y Marta, pero nadie la escucha, otra vez ha entrado en modo invisible.

—Sería la leche poder entrar en la Alameda.

Todas me han oído, y dejan de discutir. Es mejor centrarse durante unos segundos en ese sueño que tal vez algún día se haga realidad. La mejor discoteca de la ciudad, donde solo dejan entrar a los más guapos y mejor vestidos; nada menos que el territorio de los Imposibles, allí trabajan todos ellos de relaciones públicas.

—Es que estás comparando una mansión que parece un palacio con una nave industrial de mierda. Ya se me están quitando las ganas de ir al Invernadero —Inma parece decepcionada.

—Dicen que en la Alameda hay sofás redondos para darse el lote, y muchos maniqués con luces dentro —apunta Marta entre susurros, como si fuese una confidencia o secreto.

—No digas tonterías, ¿cómo van a meterle una luz dentro a un maniquí?

—Pues por el culo, gilipollas.

—¡Por el tuyo, retaco!

—Es verdad, me lo dijo Miki el verano pasado.

Dios, Miki en un palacio lleno de maniqués iluminados y sofás para sentarnos muy juntos... Esa debe de ser la definición del paraíso. Prefiero no participar en la conversación, el calor que siento brotar en el estómago al imaginarme lo que sería una noche con él lo invade todo.

—Y Cova, con su pelo totalmente blanco, debe de ser la reina allí, como lo es también en el instituto.

—Bueno, con ese pelo y teniendo dieciocho años, cualquiera es la reina de la fiesta.

—No digas eso, Cova tiene hasta un nombre especial: Covadonga —dice Patricia con veneración—. Y viste como quiere, hace lo que quiere, es la mejor. No es la más guapa, ni la que tiene mejor cuerpo, Ada o Mai son mucho mejores, pero aun así es la reina. Todos la quieren, la admiran, la respetan.

—Jo, parece que estés enamorada de ella. Ja, ja, ja.

—Inma, eres detestable.

—Y tú una cursi.

—¡Espera! —grita Marta—. Si Cova es la reina...

—¿Sí? —preguntamos todas a la vez con la mirada.

—A ver, ya sabéis cómo se llaman Miki y ella en plan de broma ¿no?

—Sí, él la llama Mamá y ella a él Hijo.

—Entonces... ¡jo, qué espesas estáis! Si ella es la reina, él es el príncipe.

—¡Ains! —suspiró Patricia—. Quién pudiera ir a la fiesta y probarse el zapatito de cristal.

Una mierda te vas a probar tú. ¿Pero qué pasa aquí? Ni mis amigas respetan a mi enamorado. ¿Enamorado? ¿De qué hablo? ¿Ya estoy pillada, como Noelia el año pasado? No, por favor, no puedo dejar que me atrape. Y lo de mis amigas... tampoco lo saben cuando yo no se lo he contado.

—¿Qué es lo que no nos has contado?

¿Pero qué le pasa a mi cabeza?

—Nada, pensaba en voz alta.

—Pues participa, que pareces empanada, estás hoy que no hablas. Eres otra Patricia.

—Idiota —dice Patricia en un susurro.

—¿Qué has dicho? —pregunta Inma con agresividad.

—Nada. Y dejemos de soñar; si Miki no sale con Ada o con Delia, que son espectaculares, mucho menos lo haría con niñas como nosotras.

—¿Habéis visto las tetas de Ada?

—Sí, Inma —respondo con pesar—, todo el mundo ha visto sus tetas, se ven desde un kilómetro. También su pelo rubio teñido, sus ojos azules, su metro setenta, su ropa chula...

—Parece una modelo, una alemana de esas. Oye, Keller, a lo mejor es de tu pueblo.

—O del de tu padre.

Los chicos del templete ríen, se gastan bromas y uno de ellos va a comprar otra cerveza al kiosco. Nosotras nos marchamos tras discutir durante un rato más, la tarde acabó y tenemos que llegar a casa antes de las ocho. Los viernes y sábados nos dejan hasta las diez, pero no podemos salir del barrio. Así es nuestra vida, todo el tiempo pensando en lo que no tenemos o no podemos conseguir, o soñando con lo que habrá al otro lado de todo lo que deseamos hacer. No somos mayores, no tenemos el cuerpo que ansiamos, ni la ropa, ni la libertad, ni salimos con el chico que nos tiene enamorada, tampoco vamos en moto. Somos invisibles, como la mayoría de mortales. ¿Qué pensarán los dioses de nosotros al observarnos desde ese templete o desde los sofás redondos de la Alameda? ¿Nos ven? ¿Saben que estamos aquí? ¿Cómo han conseguido llegar

hasta ahí? ¿Se nace siendo un Imposible o hay que trabajárselo?



Antonio Ozores hace reír a mi madre, lleva su mono azul de mecánico manchado de grasa (el actor, no mi madre) y se traba al hablar durante un capítulo de *Taller Mecánico*. Mi padre se acaba de ir al baño y Noelia habla por teléfono en el otro extremo del salón. Es el momento perfecto para preguntar a mi madre, no hay muchas ocasiones de hacerlo y las dudas trascendentales me agobian cada vez más. Necesito hacer una pregunta de vital importancia, una que decidirá mi futuro y mis expectativas:

—Mamá, ¿a ti cuándo te crecieron las tetas?

—¿Cómo? ¿Qué pregunta es esa?

—Es que Noelia ya tiene, y creo que el año pasado también. Yo he cumplido catorce y no parece que este sea mi año.

—¿Tu año? Cariño, ¿no estarás más pendiente de los chicos y esas tonterías que de estudiar?

—Para nada.

—Y olvida las tetas de tu hermana, cada mañana gasta medio rollo de papel higiénico rellenando el sostén. No ganamos en casa para papel, ya podría reutilizar el mismo cada día.

¿Cóóóómo? Tengo que hablar más a menudo con mi madre a solas, me lo apunto como nota mental. ¿Las tetas de mi hermana son más falsas que sus besos de buenas noches? Dios mío, vaya mito caído. Lo único de lo que presume Noelia, y resulta que es una mentira. Jo, esto no puede estar pasando. La mejor noche de mi vida. ¿Me pegará muy fuerte cuando la llame “Tetas de papel del culo”? Seguro que merece la pena soportar el dolor de los golpes. También puedo chantajearla, decirle que si vuelve a pegarme le contaré a todos en el instituto que lleva relleno en el sujetador. Pero algo me dice que no debe de ser una práctica exclusiva de ella. Tal vez hay tanto poderío a la vista porque es un secreto a voces, una práctica más en esta etapa. ¿Tengo que hacerlo yo también? ¡Qué asco, seguro que si sudas se te queda pegado!

Vaya, siempre había pensado que todas las chicas corren cuando empieza a llover para que no se les rizase o encrespara el pelo, y resulta que es para que no se deshaga el papel con el agua.

—¿Qué dices del agua?

—Nada, mamá.

—Espero que tú no hagas el tonto como ella, no quiero que se acabe el papel cada día, ¿entendido?

—Sí, mamá.

—Y olvida esas tonterías, aún eres una niña y debes pensar solo en estudiar. Tienes un cuerpo muy bonito y delgado, así que no te obsesiones porque quizás nunca tengas el pecho grande.

Una de cal y otra de arena. Lo de Noelia me ha encantado, pero saber que el pecho puede no crecer nunca, y menos a las niñas que son delgadas... ¡Uf!, menuda genética la mía. ¿Podría ir mi vida aún peor?

—¿De qué habláis? ¿Pechos grandes? ¿Dónde? Este Ozores es un fenómeno, seguro que en la serie saldrán chicas pechugonas.

—¡Papá, no seas guarro!

—Niña, a la cama, que es tarde y mañana hay que madrugar.

—Pero si tú te levantas a la misma hora que yo.

—No me contestes, que soy tu padre. Venga, a lavarte los dientes y a la cama.

Mi madre no dice nada, se ha sumergido de nuevo en la serie. Noelia sigue hablando por teléfono entre cuchicheos y mi padre observa la tele a la espera de que aparezca alguna chica de generosa pechuga. Lo que yo nunca seré.

Nunca.

¡Qué asco de vida!

Al Walkman le quedan pilas, así que pongo una cinta de Sergio Dalma y dejo que me susurre suave al oído palabras que quizás nunca un chico me dedique, menos aún Miki, que no tiene novia porque aún no ha encontrado una chica a su altura, lo que me pone a mí más abajo aún en el montón de las mediocres, de las invisibles. Una más que observa sonriente, una de esas idiotas que hacen bulto tras la fuente mientras canta la princesa con los pajaritos y los conejos.

Lo escribo en el diario, para que quede constancia de mi mala suerte y de lo dura que es la vida cuando una tiene catorce años y no ha recibido los atributos que desea. Así no hay manera...

Ni me entero cuando Noelia entra en la habitación para acostarse, a la mañana siguiente tendré la marca de los auriculares en el moflete. ¿Qué importa? Nadie se dará cuenta.

Nadie, porque todos estarán ocupados mirando a la princesa del cuento.

## Capítulo 5

### Electrowoman

Dolor de muelas. Dolor de muelas. Dolor de muelas. Dolor de muelas. Dolor de muelas.

Se acabó la merienda con Nocilla y las cañas de chocolate en el recreo. Con lo que me costó mudar los dientes, ahora voy a tener que ir al dentista a que me los arranque o taladre para hacer empastes. No, por favor. Se acabó el azúcar. ¡Cómo me duelen las muelas!

—¡Mamá, ponme el ColaCao sin azúcar!

—¡Pero estará muy amargo, cariño!

—¡No importa!

Noelia sale del baño, mirándome de arriba abajo. Yo le miro solo el pecho.

—¡Guau, cómo ha crecido en solo cinco minutos!

Su cara es un poema, yo entro a toda prisa en el baño y cierro la puerta con el pestillo. Me llevo las manos a la boca y aguanto las carcajadas. Al otro lado estará el dragón del castillo escupiendo fuego. Veo que el rollo de papel está a punto de terminarse, aunque anoche estaba nuevo, seguro que Noelia ha decidido aumentar una talla más su potencial femenino.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes, enana de mierda?

Aún sigue al otro lado y me ha oído reír. Que se fastidie. Vaya vida más triste si la pasa escuchando a su hermana pequeña con la oreja tras la puerta de un cuarto de baño.

Entonces recuerdo las anotaciones en sus libros, los infinitos mensajes de amor hacia un chico que la rechazó cuando ella se atrevió a lanzarse a por él. Un escalofrío recorre mi espalda. Ella ha vivido un año antes mi misma vida. Y decido pedirle perdón; aunque no sabe, ni yo del todo, por qué me disculpo. Esa mañana vemos en la pequeña tele de la cocina, mientras desayunamos, la serie de Sherlock Holmes de dibujos animados en los que los protagonistas son perros, y luego nos marchamos en silencio al instituto, cada una por su lado.

—♪♪ Sherlock Holmes, es el único y genial; Sherlock Holmes, como él no hay otro igual. ♪♪

—Voy tarareando la melodía de la serie de dibujos mientras bajo en el ascensor. Cada vez siento más empatía por Noelia, no imagino lo que habrá sufrido, o está sufriendo aún, por un amor no correspondido. Claro que no sería capaz de decírselo. Por cómo me trata, que se fastidie.

Hoy es viernes, el peor día de la semana, ya que tendré que esperar hasta el lunes para ver de nuevo a Miki, no tanto para pasar el rato con mis amigas, que han quedado todas en la biblioteca el sábado a primera hora. Los exámenes llegarán en un mes y tenemos que aprobar o pasaremos las peores navidades de nuestra vida.

Lo de quedarme sin regalos por parte de mis padres no me importa, ya me he vacunado de eso durante mi cumpleaños; calcetines abrigados recibí, ahora los llevo puestos y no son tan abrigados... Tampoco ansío una muñeca o chorrada infantil de las que pedía en el pasado. Lo tengo asumido, no van a regalarme unas mallas negras de licra, unos zapatos de tacón o plataforma, o un top bonito; me dirían que eso es para cuando sea mayor. ¿Cuándo será eso, al cumplir los treinta? Así que mi interés por aprobar todas las asignaturas se centra en pasar de curso el año próximo y no ser una pringada de primero otro año más, no darles motivos a mis



padres para impedirme veranear con Marta en El Portil, no sufrir el castigo de no salir de casa durante meses... Bueno, y aprender las asignaturas para convertirme el día de mañana en una mujer de provecho, claro.

—¿Qué demonios será una mujer de provecho? ¿Ligaré mucho?

—Tía, mañana hemos quedado en la biblioteca, no te olvides.

—¿Cómo iba a olvidarme? Me lo recuerdas cada día de la semana.

—Es que siempre estás en las nubes.

—Pero si hemos quedado todas en la puerta de mi casa, solo tenéis que llamar al telefonillo.

—Por si acaso. No vayas a estar dormida y que tengamos que esperarte media hora.

El día transcurre como de costumbre, sin más emoción que la mostrada por los de tercero y COU, que esta noche harán botellón en la zona del Hipercor y luego irán a una discoteca. Los de primero y segundo nos conformamos, por el momento, con envidiarlos y soñar que pronto estaremos en su piel.

Durante el recreo, a pesar del frío y la humedad, me acerco a la cafetería y pasamos un rato allí entre risas. No me he podido resistir a una caña de chocolate, es que parecía hablarme desde el mostrador, entiéndeme.

—¿Qué es eso que tienes ahí, chinita?

Me giro para ver de dónde viene la voz. ¡Dios mío, es Miki! Me observa sonriendo y está a menos de dos metros. ¿Te parece eso alucinante? Pues aún no te he dicho que me está mirando y señalando con el dedo.

—¿El qué? —respondo con un temblor de piernas que no se nota porque estoy sentada sobre la mesa.

—Ese chocolate en tu cara.

¡Qué vergüenza! He vuelto a comer como un perrillo hambriento y seguro que tengo toda la cara manchada. Menudas amigas de mierda tengo, que nunca me avisan para que me limpie.

Miki se mete un dedo en la boca y luego limpia con él la mancha de mi cara. Te podrá parecer asqueroso, pero para mí es lo más sensual que he visto en mi vida, y lo único. Por un instante roza mi labio superior y siento un escalofrío.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Has puesto una cara muy rara. ¿Te molesta que te toque?

—No.

¡En serio, toca lo que quieras!

—Ten cuidado con esas porquerías de chocolate, no son sanas. Y no te inclines tanto, se te va a doblar la espalda y quedarás como el jorobado de Notre Dame.

Ahora ya no soy una anónima tras la fuente mientras la princesa Disney canta, soy el jorobado feo. Bueno, al menos soy el protagonista de la peli.

Miki se marcha tras una sonrisa de esas que almacenaré de por vida, y mis amigas no pierden la ocasión de machacarme para que el momento no sea tan dulce como me gustaría.

—Te ha vuelto a tocar. Ostia, Laura, yo no me lavaré la cara nunca más. ¿Puedo besarte? Ahí hay saliva de Miki.

—Dejaos de bromas, no ha pasado nada.

—Claro, te ha toqueteado la boca y tú te quedas tan tranquila.

—No seas ansiosa, Inma.

—Seguro que está deseando meterte la lengua.

¡Qué más quisiera yo!

—Marta, qué bestia eres.  
—Te ha llamado chinita.  
—Es porque dice que parezco china cuando me río, por los ojos tan pequeños y cerrados.  
—¿Te llama así desde hace tiempo y no nos lo habías contado? Eres una mierda de amiga.  
Venga, vale, estropead aún más este momento.



El aspecto de la biblioteca un sábado por la mañana, bien temprano, no es diferente a una tarde cualquiera de martes o jueves. O sea, que está repleta de bostezos, olor a café y libros viejos, la luz del techo compensa la poca que entra por las ventanas y Matilde, la bibliotecaria, está otra vez dormida tras el mostrador.

—Houston llamando a Matilde, Houston llamando a la Tierra. ¿Hay alguien ahí?

Inma bromea en voz baja ante la escena. El reloj de la pared, sobre la mujer, marca las nueve y doce minutos. Sus ronquidos llenan todo el espacio vacío de la biblioteca. Matilde da un respingo y todas nos sobresaltamos a la vez. Luego rompemos a reír sin pretenderlo, como acto reflejo. A ver ¿qué harías tú si aún no te has despertado del todo y te encuentras ese panorama?

—¡Niñas! ¡Silencio, esto es una biblioteca! ¿Qué hacéis aquí tan temprano?

—Hemos venido a estudiar, pero estaba usted dormida y no hemos querido...

—¿Dormida? Imposible, estaría meditando con los ojos cerrados.

Sí, claro, y los ronquidos son meditación y pensamientos en voz alta, no te fastidia.

—Bueno, que vamos a estudiar, nos ponemos donde siempre.

—Sí, sí, no me interrumpáis, vamos, pasad.

Nos dan las once y aún seguimos cuchicheando y riendo por la anécdota, luego una hora más para hablar de chicos y otra más para criticar a los profesores; a las chicas que visten más provocativas en el instituto; a la novia de David, aunque la chica parece un encanto, pero tengo que seguirle la corriente a Marta o me quedo sin vacaciones de verano en la playa. En definitiva, una mañana muy productiva, aunque no nos ayudará a sacar mejor nota en los exámenes.

—La una de la tarde y aún no hemos abierto los libros —dice Patricia de forma tímida.

—No pasa nada, aún queda mucho para los exámenes.

—Hemos perdido la mañana para nada, como siempre, y solo queda menos de un mes.

—Eso es mucho tiempo.

—De eso nada, ¿y por qué no hemos invitado a Fran? Él podría darnos clases particulares —digo mientras bostezo otra vez. Siento que volveré a las andadas, a quedarme dormida en mitad de cualquier sitio y momento.

—Te llevas muy bien con el marica —dice Marta con una sonrisa malvada.

—No es gay, solo es educado.

—Nunca juega al fútbol, no tiene amigos chicos, es amable y sensible. No lo niegues, es marica.

—Eso lo dices tú, y bien que te aprovechas de sus apuntes y de sus trabajos desde que lo tenemos de compañero.

—No he dicho que me caiga mal, solo que es marica, eso no es algo malo.

—Bueno —añade una tímida Patricia—, es un desperdicio, porque está que cruje.

—¿Qué dices? ¿Fran?

—Pues claro —responde Marta.

Inma nos mira con cara de importarle poco la conversación. Cuando hablamos de lo buena que está Ada o cualquier otra chica guapa del instituto, participa mucho más.

—No es el rollo que me va —respondo yo.

—Claro, a ti te gustan golfos y con el pelo largo, como a todas. —Marta me deja de piedra, parece que no queda mucho para que mis amigas sepan que Miki ocupa todo, o casi todo, mi pensamiento.

—Bueno, vamos a estudiar, ¿no? No pienso madrugar otro sábado para esta mierda.

Marta hace caso omiso a mis palabras y comienza a embalsarse con sus tonterías habituales, como es frecuente cuando las demás decidimos no interrumpirla; puede pasarse horas hablando hasta que encuentra algo realmente importante que decir. Para entonces Matilde nos ha mandado callar por séptima vez, ¿qué le importará si hablamos en voz alta, cuando no hay nadie más a quien molestar? Nos tapamos la boca otra vez para no reírnos al recordar la cara que tenía cuando llegamos, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Roncaba como una morsa, y eso recordábamos cada vez que nos mandaba callar, así que teníamos que hacer un esfuerzo increíble para contener la risa.

—No la dejamos dormir y eso la tiene mosqueada.

—Ja, ja, ja, cállate o nos echará de aquí.

—¿Qué más da? No estamos estudiando, podríamos estar en la plaza del templete.

—Seguro que ya hay algún chico guapo allí y nos mira desde lejos.

—Es sábado, los chicos guapos han salido el viernes por la noche y no salen de nuevo hasta por la tarde.

—Ojalá pudiéramos sentarnos en el templete...

—¿Cuándo saldremos nosotras un viernes por la noche?

—A este ritmo, nunca.

—Pues tenemos que convencer a nuestros pa...

Y ahí se congela la cara de Marta. Además de la del resto de mis compañeras. Otra vez se ha detenido el tiempo. ¿Lo provoco yo cuando estoy cansada? Está claro que no ocurre cuando pienso en Miki, o estaría pasando constantemente, incluso al dormir. Tampoco pasa cuando me duele la cabeza, ni cuando tengo hambre, sed o frío. No sé cómo sucede y eso me molesta más que el hecho de que ocurra. Tener un superpoder y no controlarlo es un fastidio.

Sí, eso es lo que he pensado, un superpoder. Porque es una pasada, más aún si lo pudiera hacer cuando me diera la gana. ¿Entrar en una tienda de ropa bonita y llevarme lo mejor para mí y mis amigas? No, Dios mío, eso sería robar. Descartado.

¿Debería hacerme un traje? ¡Eso sí que sería la leche! ¡Uf! Acabo de pensar en mi chándal y menudo bajón me ha dado. No, sería de licra ajustada, hummm ¿rosa? No, eso es muy cursi y poco respetable. A lo mejor negro, como Catwoman en Batman. Cómo me gustaría parecerme a Michelle Pfeiffer... A lo mejor puedo meter relleno bajo el traje.

¡Pero qué digo! Si cuando paro el tiempo no me ve nadie, ¿para qué llevar un traje si nadie lo vería? Bueno, pero molaría, ¿no?

Me levanto y voy hacia el mostrador de Matilde, la veo con la mano a mitad de camino de la boca, está comiendo patatas fritas. O lo estaba antes de que se detuviera el tiempo.

Salgo a la calle, hace frío y no me he puesto el abrigo. Cruzo las manos ante el pecho y camino durante unos minutos, todos están congelados, incluso los coches que circulan por la carretera. Miro hacia arriba y veo una paloma que estaba batiendo sus alas cuando todo se detuvo. Es increíble cómo permanece en mitad del cielo, sin caer.

¿Cuánto tiempo pasa? Es imposible medirlo porque mi reloj se ha detenido. A mí me parece más de una hora. Debo volver, no quiero que el tiempo regrese sin estar sentada con mis amigas porque para ellas sería como si yo hubiera desaparecido de repente, se pondrán a gritar, les dará un ataque. Paso de nuevo ante la bibliotecaria y le quito tres patatas de la bolsa. Están buenas, tengo hambre.

Me siento en la silla de nuevo y me pregunto cuándo sucederá... suspiro, bostezo, chasqueo la boca...

—...dres de que una discoteca no es ningún sitio malo y que tenemos derecho a poder bailar y disfrutar del fin de semana. Que no vamos a jugar más con muñecas. No somos niñas pequeñas. — Marta ha terminado un discurso que ya no recuerdo cómo empezó.

—Bueno, vale —le dice Inma—. Cuando convenzas a tus padres, recuerda venir a mi casa a por los míos.

—Y a por los míos —añade Patricia.

—Tengo hambre, me voy a casa —eso lo he dicho yo, y todas me miran ahora—. Lo siento, pero no estamos estudiando y prefiero comer algo.

—Solo es la una de la tarde.

—Pero para mí es como si fueran las dos y media. Hablamos el lunes.

—¿No irás a la plaza esta tarde ni mañana?

—No lo sé, a lo mejor.



En la sala de espera suena *La chica ye-yé* de Olé olé, las canciones anteriores no las conocía, eran americanas, pero tampoco me importa mucho. Mi padre siempre dice que Marta Sánchez está más buena, pero que Conchita Velasco la canta mejor. Creo que es una cuestión del tamaño de los pechos, sin duda mi padre tiene una fijación aún mayor que yo. La clínica privada la paga el seguro de su trabajo (de mi padre, no de Marta Sánchez), pero el disgusto que tienen encima no habrá forma de compensarlo. Cuando les dije que me pasaba algo en la cabeza, que tenía que ver a un médico, no pensé que se lo tomarían tan a la tremenda. Nunca imaginé que me podrían querer tanto y se preocuparían de esa forma por mí.

No profundicé demasiado en mi “dolencia”, ya que no sabía tampoco qué contar, no iba a decirles que el tiempo se detenía de vez en cuando o que me quedaba dormida en mitad de las clases. No me hubieran creído o se habrían enfadado.

La clínica está en un piso enorme en el centro de la ciudad. La recepción justo en la entrada, obvio, y la sala de espera en lo que seguro fue un salón hace tiempo. Mucho tiempo, porque los muebles y los cuadros de las paredes tienen más de veinte años. Al menos las revistas son actuales y puedo cotillear la vida de los famosos antes de entrar a que me examinen. Mi madre está a mi lado con el *Hola*, mi padre en la calle, fumando. En *SuperPop* dicen que Chesney Hawkes tiene nueva novia. ¡Qué guapo es con ese pelo largo y rubio! Se parece mucho a Miki, aunque mi príncipe tiene el cabello más largo. No me extraña que se lo tenga tan subido como para cantar que es el único; aunque no me he creído del todo que *the one and only* signifique eso, son muchas palabras... Seguro que en su instituto liga más aún que Miki en el nuestro, porque además de guapo es famoso, eso debe de dar puntos extra.

Tardo veinte minutos en entrar al despacho. He insistido mucho para poder hacerlo sola, pero mi madre no me lo ha permitido, a ver cómo afronto la charla con el médico...

—¿Y dices que sientes cosas raras en la cabeza? ¿No puedes ser más precisa? —Me mira a través de gruesas gafas y yo no puedo apartar los ojos de los largos pelos que le salen de la nariz, como hipnotizada, y es que le llegan al labio superior y tiemblan cuando respira.

—Son dolores fuertes a veces, me mareo o me quedo dormida.

—¿Duermes bien por las noches? ¿Tomas café o mucho azúcar? ¿Tienes o has tenido algún problema respiratorio?

Las preguntas se suceden mientras yo trato de hacer entender que quiero un escáner o lo que sea que hacen en el cuerpo para ver si hay algo malo dentro, un tumor o lo que sea. Tengo miedo de que un día el tiempo no regrese, de quedarme para siempre en mitad de un mundo congelado. Sola.

—Pues si no hay antecedentes en tu familia de enfermedades cerebrales ni te has dado un golpe, hemos terminado con las preguntas y pasaré a hacerte unas pruebas. Ven, levanta y siéntate sobre esa camilla.

—¿Tengo que quitarme la camiseta?

—No, solo voy a echar un vistazo a tus ojos.

¿Mis ojos? ¿Iba a encontrar algún fallo en mi cabeza mirándome los ojos? A lo mejor se puede ver el cerebro a través de los ojos. Pues parece que sí, porque me deja medio ciega con una pequeña linterna-lupa durante un buen rato mientras él observa detenidamente cada ojo. Luego me pide que siga con la mirada su dedo mientras lo pasea de un lado a otro frente a mi cara.

—Pues no, no parece que te hayas dado ningún golpe, la coordinación está perfecta.

Pues claro, ya te he dicho que no me he dado ningún golpe.

—¡Niña! No respondas al médico.

—Menudo carácter para ser una chica tan pequeña.

—Perdón, es que a veces digo en voz alta lo que pienso, sin querer hacerlo.

Me apetece decirle que no soy pequeña, pero prefiero no pensar para no empeorarlo más.

—¿En serio? ¿No lo puedes controlar?

—No.

—¿Desde cuándo te pasa?

—Desde hace unos meses.

—Vaya, ha llegado con la pubertad, qué curioso.

¡Viva! ¿Nadie tiene confeti? Menuda suerte la mía. A algunas les brotan dos tetas o un culo respingón, a mí una anomalía cerebral.

—¿Me harán un escáner de esos?

—Se llama Resonancia Magnética, pero antes de enviarte al centro en el que te la harán, quisiera hacerte una radiografía. Y ya que estamos, aprovecharé para ver tórax y abdomen, que nunca está de más para comprobar que va todo perfecto. Pasa a esa habitación, desnúdate de cintura para arriba y entra dentro de la máquina que verás a la derecha, yo iré en dos minutos.

¡Qué frío! El sitio estaba casi a oscuras, el doctor se había puesto una bata muy rara y gafas aún más extrañas. Yo estaba embutida en una máquina tan fría como un congelador, intentando no tocarla con la espalda o el pecho; entonces el doctor se acercó y empujó la parte delantera hasta dejarme emparedada.

—¡Uy!

—Perdón, debí avisarte de que está algo frío.

—Sí, un poquito.

A ver si después de todo esto, me da un calambre o algo. ¡Qué sitio tan raro! Espero que no se pare el tiempo mientras estoy aquí desnuda y pasando un frío de muerte, ni que esta máquina falle y me electrocute, o me dé más poderes raros. ¡Electrowoman! Lo que me faltaba...

—Solo serán unos segundos.

Una especie de flash, como el de una fotografía, y me retira la placa, aunque ya no está tan fría, o yo me he acostumbrado.

—Ahora me marcho para que puedas vestirte, voy a echar un vistazo a la radiografía y luego te redactaré el volante para que te hagan la resonancia magnética y una analítica completa, ¿de acuerdo?

—Espere, espere.

—¿Qué te pasa?

Me cuesta una barbaridad decirlo, pero es la única oportunidad que tengo. No quiero que mi madre lo oiga.

—¿Has dicho que el tiempo se detiene y tú puedes ver el mundo a tu alrededor como si estuviese congelado?

—Eso es.

—¿Te ha pasado muchas veces? —Que susurre me da más confianza, como si fuese una confidencia al margen de mis padres.

—Tres o cuatro veces en los últimos meses.

—Bien, eso es muy raro. Deja que observe tu radiografía y hablemos en unos minutos.

—Pero...

—Sí, descuida, no le diré nada a tu madre.

Me guardó el secreto, menos mal, porque ya me veía siendo la rara del barrio y del instituto. Me hice en dos minutos una película increíble en la cabeza. Pensé que se chivaría y mi madre me diría que había hecho perder el tiempo a ella y a papá con tonterías. Y si me había contado a mí lo de las tetas de papel de Noelia, pues no tardaría en ir contando a las vecinas y a mi hermana mi secreto. Todos me mirarían y dirían «esa es la rara, esa flacucha con cuerpo de niña pequeña, esa es la que se cree que el tiempo se detiene. Es un bicho raro». A la mierda mi vida social, acabaría con un sombrero de papel de aluminio y hablando sola por la calle, o cantando. Eso último sería horrible, canto fatal.

Pero no, no dijo nada.

Cuando me siento ante el escritorio, al lado de mi madre, ambos conversan sobre lo que parece una pequeña mancha que se aprecia en mi cabeza. Observan la radiografía colocada ante una luz en la pared.

¡Ay, Dios, me voy a morir!

—Podría ser una mancha en la lente o en la superficie de la máquina.

Pues un poquito de cuidado con esas cosas, hombre, que me va a dar un ataque al corazón.

—¿Usted qué cree? —pregunta mi madre. Ha sonado a la típica pregunta de “no tengo ni idea de a qué me refiero, pero sigo preocupada”.

—Pues no sabremos nada hasta tener los resultados de la analítica, además de la resonancia. Os daré fecha. Mientras tanto, le recomiendo que duerma al menos ocho horas diarias y que cuide la alimentación, está muy delgada y eso podría ser resultado de algún déficit, quizás tenga anemia.

Están hablando como si yo no estuviera, perfecto para redondear el día. Tampoco me quejo, solo quiero salir de aquí. Pensaba que solucionaría mi problema, que el médico diría «ah, mira, te pasa esto y se te curará con esta pastilla», pero aún tendré que ir a más sitios y hacerme pruebas. Y me van a sacar sangre, espero no desmayarme como la última vez.

¿Por qué es tan complicado esto de crecer, de hacerse mayor? Ayer jugaba con muñecas y gritaba de felicidad al saber que mamá había hecho natillas, o que íbamos al campo a pasar el domingo. Hoy tengo un sinfín de preocupaciones en la cabeza: aprobar en el instituto, los chicos, ponerme ropa que me haga parecer más guay, los chicos, dar once vueltas a la puñetera pista de atletismo, los chicos, esto raro de mi cabeza, los chicos.

Y también pienso en los chicos, todo el día, en abrazos, besos, muchos besos como los de las películas, de esos interminables. ¿Cómo besaré Miki? Seguro que la boca le sabe a chocolate.

—Hummm, mamá, ¿me compras una caña de chocolate?

—No, ya has oído al doctor, tienes que alimentarte bien. Y además, comer azúcar por la noche no te dejará dormir hasta más de las doce.

—Pues le doy un mordisco y guardo el resto para mañana.

—Que no, y tu padre ya estará enfadado por esperar tanto rato en el coche, vamos, date prisa. ¿Pero dónde habrá aparcado este hombre?

El viaje de regreso a casa lo paso oyendo cómo mi madre le cuenta todo lo ocurrido a mi padre, que refunfuña al saber que tendrá que llevarnos al centro de nuevo varias veces más. Gracias por la preocupación, yo también te quiero, papá; podría estar muriéndome y tú solo piensas en los atascos o perderte un partido en la tele.

Mi madre se toma a rajatabla los consejos del médico y todos esa noche cenamos acelgas. Qué suplicio, y encima me culpan a mí con sus miradas asesinas mientras tratan de acabarse sus platos. Luego un yogur natural con miel y nueces, que alguna vecina le había dicho a mi madre que las nueces son muy buenas para la salud. A las diez ya estoy en la cama, mirando el techo y oyendo al otro lado de la puerta las quejas de Noelia.

—¿Por qué tengo yo que comer eso tan asqueroso y acostarme también a las diez? ¿Qué le pasa a la enana deforme, se va a morir o qué?

—No hables así de tu hermana. No comprendo esa manía que le tienes desde pequeña.

—Es que es un orco, es insoportable, y tengo que compartir habitación con ella, no es justo. Y ahora encima esto.

—Pues ya sabes, cuando cumplas dieciocho te compras una casa y toda entera para ti sola. Y venga, a la cama, no te lo repito. Tenéis que dormir más de ocho horas.

—¿Qué mierda de vida! —grita a la vez que entra en el dormitorio.

—Te jodes.

—¿Qué has dicho, enana?

—Nada, que me dejes dormir, foca.

El golpe con el nudillo me deja el hombro dolorido, pero no me importa, Noelia está más fastidiada. Esta noche no lo siento en absoluto por ella, me dan igual sus problemas, si es que tiene alguno. Yo tampoco salgo con Miki y no me he vuelto una bruja amargada, ni lo pago con los demás. Que se compre una isla y vaya a perderse en ella, o que se meta un dedo en el culo y se haga el muerto. Debe de ser maravilloso vivir sin hermanos, o al menos sin hermanos tan malos. Todo el cuarto para mí. Donde está la otra cama pondría un escritorio enorme, así no tendría que estudiar en la mesa del comedor o la de la cocina. Tendría un equipo de música gigante y espacio aquí para bailar. ¡Oh, me había olvidado! Si vamos algún día a la discoteca, tendré que practicar. ¡Qué vergüenza si todos supieran bailar menos yo! Siempre tengo que estar dando la nota.

¿Dónde puedo practicar y cómo? Ni siquiera sé qué música ponen en la discoteca.

—¿Otra vez hablando sola? ¿Quieres que vuelva a pegarte, enana demente?

Vaya, está enfadada de verdad. No respondo, solo me inclino sobre el lateral de la cama y saco mi diario de la caja de zapatos.

«Vaya día extraño. Locura en la biblioteca, el parón de tiempo más largo que recuerdo, ir al médico no me ha servido de mucho, quedan muchas más consultas. Bueno, ha servido para que ahora tenga que acostarme a las diez, como cuando tenía cinco años, y para que se acabe la comida rica y tenga que comer cosas raras y sin sabor. Las acelgas son hierba, ¿verdad? En fin, que mi vida va de mal en peor, creo que es la primera vez que uso esa expresión típica de mi madre, tal vez me esté haciendo mayor, después de todo.

Y no, no tengo más poderes después de aquel flash intenso, la radiación no me ha dado la capacidad de ver a través de paredes. Así que seguiré siendo Laura Keller y no Electrowoman».



# Capítulo 6

## Dulce Navidad

Hace tanto frío que tengo el abrigo puesto en clase, no me extrañaría que nevase al otro lado de las ventanas por primera vez en sesenta años; ese tiempo dice mi madre que lleva sin nevar en Huelva. Sobre la mesa un boli azul que dentro de un rato acompañará al examen de Matemáticas, el primero de los ocho que se repartirán en estas dos próximas semanas. Menos mal que le he pedido ayuda a Fran para estudiar, porque las reuniones de chicas no evolucionaron mucho. Eso me hace pensar que si mis amigas no han estudiado en casa los días entre semana, van a suspender todas las asignaturas.

Marta me sonrío desde mi izquierda, Fran desde la derecha. No podemos hablar. Una hora por delante y por fin nos da el profesor el permiso para dar la vuelta al examen. Tres folios con diez problemas a desarrollar y resolver. Echo un vistazo general. Todo me suena, incluso lo veo sencillo, voy a matar de un abrazo de oso a Fran cuando termine la clase.

Espero que no me dé un ataque de esos míos, hace días que no se para el tiempo ni me quedo dormida de repente. Quizás sea bueno eso de comer sano y dormir mucho, aunque las acelgas, el arroz hervido, el pescado... Al menos ya sé que no tengo nada malo en la cabeza, los análisis y las demás pruebas decían que estoy sana como una manzana. ¡uf! ¡Espera! Pues que se pare el tiempo en medio de un examen tampoco sería tan malo, así podría ver las respuestas de mis compañeros.

¡Moooooola!

Bueno, en este no lo necesito, llevo tres problemas ya resueltos y el resto parece no tener mucha complicación. Miro a Fran y le dedico una sonrisa. Miro a Marta y la veo agobiada, no parece haber escrito aún nada y me observa con ansiedad. No puedo hacer nada, estamos en la segunda fila y el profesor nos suspendería si nos pilla copiando. Ya tendré luego una charla con ella, aunque me dirá lo de siempre: que sí ha estudiado y que las reuniones en la biblioteca las pasamos charlando por culpa de Inma. Cómo la conozco...

Cuando te pasas meses temiendo que llegue una fecha, como es la de los exámenes, siempre imaginas que esas dos semanas se harán eternas, pero lo cierto es que pasaron volando. Estuve, estuvimos, todos los días repasando, en casa y en la biblioteca, y la dificultad no fue tan alta como había imaginado, claro que no todas teníamos esa impresión.

—Mis padres me van a matar, seguro que me quedan cinco, como mínimo.

—No seas exagerada, Marta, a lo mejor solo suspendes Educación Física, pero igual que nosotras, porque dar once vueltas a la pista es imposible. Ya recuperaremos en junio con la nota global.

—No sé yo si las flexiones y abdominales se nos van a dar mejor que correr... —suspira Inma.

—¿Qué te pasa, Marta? ¿A qué viene esa cara que has puesto? —le pregunto.

—¡Que me había olvidado de Educación Física, voy a suspender seis, como mínimo!

—Qué bestia, no será para tanto.

—Pero es que no me coinciden nunca las respuestas con las tuyas.

—A lo mejor soy yo la que se ha equivocado.

—No, porque contestas lo mismo que Fran, y también he preguntado tras cada examen a Maribel, ella es una empollona y los tres coincidís siempre.

—Bueno, no te agobies, hasta mañana no nos dan las notas. Quizás tengas más suerte de lo que crees.

Ni de broma.

A Marta le quedaron seis, a Patricia una y a Inma dos. ¡Y yo lo aprobé todo con notable y sobresaliente! Bueno, menos Educación Física. Casi saqué las mismas notas que Fran, con el que pensaba estudiar el resto de mi vida en el instituto y luego en la universidad. Ya me encargaría yo de quitarle de la cabeza esa tontería de estudiar medicina; veterinaria es mucho mejor. ¿Dónde iba a encontrar una amiga mejor que yo en la facultad? Y así estudiaría con él para sacar la carrera a curso por año. ¡Hala!, ya tenía planificado mi futuro académico completo; para que luego diga mi madre que soy un desastre y que no sé organizarme.

En la cafetería de Chema huele una barbaridad a tabaco y mis amigas protestan sin parar, así que nos vamos al vestíbulo, pero allí el frío se soporta peor, a pesar de los abrigos. La humedad de la ciudad es tan grande que te tiene los pies mojados durante todo el día, aunque lleves dos pares de calcetines, como hago en este momento. El ambiente entre los compañeros que nos rodean es de lo más variado, unos se lamentan por no haber estudiado, otros se quejan de haber recibido menos nota de la esperada, otros gritan de felicidad por haber aprobado todo. Creo que, desde que llegué hace tres meses, este es el primer día que nadie parece fijarse en cómo viste David, en el maquillaje de Delia, en lo bueno que está Miki, en el escote de Ada, en nada que no sea la reacción que tendrán sus padres al ver las notas. Las navidades llegan en diez días y no es plan de pasarlas bajo un castigo.

—Bueno, ¿vamos o no a convencer a nuestros padres para ir a una discoteca durante las fiestas? —Patricia sigue obsesionada con la idea. Apuesto a que baila cada tarde en casa, eso ya lo comprobaremos si algún día logramos nuestro objetivo.

—¿Salir de fiesta? Voy a estar castigada hasta el verano.

—Oye, pero lo de ir a la playa seguirá en pie.

—Gracias por preocuparte por mí, amiga del alma. Como tú lo has aprobado todo, así tienes esa sonrisa de koala.

—¿Los koalas sonrían? Pensaba que solo daban abrazos. —Inma entra en la conversación, como siempre que puede chingar a Marta.

—Los koalas sonrían todo el rato porque son felices, idiota, por eso se están dando abrazos todo el día. ¿Qué sabrás tú de koalas?

—Pues he aprobado Ciencias Naturales, jo, jo, jo.

—¡A la mierda, a la mierda tú y los koalas con sus putos abrazos!

—Venga —trato de calmarla—, solo es un trimestre, en el próximo apruebas y en junio todo sobresaliente, ya lo verás.

—Imposible, tía, se me da fatal, no me concentro.

—Pues deja el café cuando estás estudiando, aún somos pequeñas para tomarlo.

—Pero mis padres toman café todo el rato y dicen que es para concentrarse y estar más despiertos

—Claro, es para aguantar más tiempo despierto, pero no es lo mismo con cuarenta años que con trece.

—Bueno, ya veremos... es que estoy enganchada.

—¡Por Dios, Marta, qué tremenda eres!

—De verdad, soy adicta, necesito rehabilitación.

—Un psicólogo es lo que necesitas.

Estoy muerta de frío. He olvidado el gorro de lana en casa y siento que las orejas se me van a congelar y partir como el cristal. Ni tapándolas con el pelo consigo recuperar la sensibilidad. Podríamos ir a una clase, o regresar a casa, pero es el último día hasta la vuelta en enero y estamos todos ansiosos por pasar un poco de tiempo más en aquel lugar que supone nuestro mundo. El instituto, con sus edificios, las clases, los profesores, Chema y su cafetería, los compañeros y amigos, los Imposibles en su rincón inalcanzable, todo aquello es nuestro mundo. Supongo que la razón de ser de cada adolescente.

Doy un respingo cuando noto la mano caer sobre mi hombro, quedando a solo dos centímetros de mi pecho, si lo tuviera grande, o lo rellenase con el papel que deja sobrante mi hermana, me lo habría rozado. Como a cámara lenta: veo ponerse roja a Patricia, a Marta abrir la boca y los ojos, a Inma comenzar a reírse por la situación. Todos observan a quien está tras de mí, yo bajo la vista de nuevo y reconozco los dos anillos de plata, uno en el meñique y otro en el anular, justo donde yo le colocaría una alianza de oro.

Las piernas me tiemblan hasta sentir que no aguantaré de pie mucho rato más. Sin darme cuenta, tomo aire con tanta fuerza que exhalo un suspiro como jamás antes me había salido. Tan fuerte que todos me miran. No quiero darme la vuelta, seguro que Miki también me observa extrañado por el suspiro.

—Chicas, ¿cómo han ido las notas?

Menos mal.

Lo ha preguntado mirando a Marta, a la que quiere mucho porque es su confidente. Eso dice ella cuando me cuenta todos sus secretos, incluso los de chicas. Y resulta que en una de esas conversaciones, a solas con ella, me contó que Miki repite tercero porque la profesora de Física y Química lo suspendió el pasado año por toda la cara. Vamos, que Miki sacó una buena nota y ella alteró el examen para suspenderlo. Al parecer, y prepárate porque esto es un cotilleo de los que hacen época, la muy zorra se le insinuó en una tutoría, él la rechazó y ella se tomó la venganza suspendiéndolo. Hubiera pasado a COU con dos asignaturas de tercero pendientes, pero esa vieja pelleja y amargada le arruinó un año haciéndolo repetir. Eso se lo contó el verano pasado, en el que estuvo muy triste porque sus padres lo castigaron. Y no pudo acusar a la profesora porque no tenía pruebas. ¿Cómo te quedas?

—Seguro que tú has aprobado todo —le dice Marta, el resto solo lo miran. Yo siento su pecho pegado a mi espalda y me recreo respirando su colonia o perfume. Me apetece agarrar su mano, que aún cuelga sobre mi hombro, apretarla con fuerza, luego acariciarla, besarla, no soltarla nunca. Pero no hago nada, me limito a ser el soporte del chico durante la conversación.

—Bueno, ya aprobé casi todas el año pasado, este es aún más fácil porque solo tengo que repasar.

—¡Oh, qué listo eres!

Patricia acaba de salpicarnos a todos con su patética baba, ¿qué pretende? Ha sonado tan ridículo... Me gustaría abofetearla en este momento.

—Bueno... gracias —responde el chico, seguro que sorprendido por lo tonta y descarada que ha sido mi amiga.

—Me han quedado seis, vaya mierda. —Marta vuelve a tomar el protagonismo.

—Pero si solo tienes nueve asignaturas.

—Pues ya ves, los profesores me tienen manía.

—Eres un desastre. Si estás depre, esta tarde podemos ir a tomar un café aquí en el barrio, como siempre.

¿Como siempre? ¿Qué significa *como siempre*? Marta, te juro que te mato. Así que algunas tardes quedas con él para tomar café y te lo callas como una muerta. ¡Te mato!

Veo a mi amiga dirigiirme una mirada rápida, se ha dado cuenta de que yo me he dado cuenta. Menuda conversación vamos a tener en un minuto, justo en cuanto se vaya Miki.

Hago un chasquido con la lengua, estoy muy enfadada y ni me controlo. Tampoco importa mucho, a mi alrededor todo se congela. No me lo puedo creer, ya pensaba que dormir bien y comer sano habían solucionado el problema. Aprovecho para salir de debajo del brazo de Miki y me giro para observarlo. Está más guapo que nunca, mucho más, y tenerlo a centímetros de mí me da una idea que ya había planteado infinidad de veces.

Me acerco despacio, el temblor se extiende a todo el cuerpo, incluso me castañetean los dientes. Tomo su cara entre mis manos con suavidad y sigo acercándome a su boca, cierro los ojos cuando lo tengo a pocos centímetros.

¿Qué ha sido eso? ¿No lo has visto? Es su mirada, no me mira, no sabe que estoy aquí, que quiero besarlo más que hacer cualquier otra cosa en el mundo, hubiera suspendido todas las asignaturas por recibir un beso suyo. Pero eso es precisamente lo que ansío con toda el alma, recibirlo, no darlo. Y menos sin permiso. No puedo hacer esto, no puedo abalanzarme sobre él y tomar lo que no me corresponde. ¿Y si este poder de detener el tiempo lo tuviera Patricia? Imaginarme que lo usa para abusar de Miki me pone enferma. No, yo no puedo hacer algo así. Pero es tan guapo... Ojalá me mirase, me dedicase una de sus sonrisas, me acariciase la cara como yo he hecho con la suya. ¡Qué cruel es esto de tener principios!

¡Bah!, a la mierda.

Estoy a punto de chasquear con la boca por la rabia que siento cuando algo dentro de mí me lo impide. ¡Claro, es eso! ¿Cómo no lo comprendí antes? Estaba tan asustada con lo que ocurría que nunca me paré a pensar que fuese yo misma, de forma mecánica, la que provocaba el efecto mágico. El chasquido de decepción con la boca había congelado el tiempo ahora, ¿era esa la forma de volver al mundo real? ¿Si chasqueaba de nuevo, todo continuaría como si nada hubiera sucedido?

Solo había una forma de averiguarlo.

—Claro, quedamos a las cinco donde siempre. —Marta sigue azorada, sabe la que se avecina tras la marcha del chico. Sobre todo por parte de Patricia y de mí. A Inma le importan poco los chicos.



Son las cuatro y cuarto de la tarde y ponen en la tele *Los fantasmas atacan al jefe*. Mi padre ronca, Noelia está en su cuarto y mi madre cose el bajo de uno de mis pantalones a mi lado en el sofá. Al otro lado del salón parpadean las luces de colores del árbol de Navidad que decoramos entre todos como tradición, sobre la mesa reposan dos fuentes llenas de polvorones y mazapanes, solo me dejan comer tres al día, y unas guirnalda doradas que sobraron del árbol están alrededor de la tele.

Parece que Bill Murray, el de *Los Cazafantasmas*, lo pasa mal por haberse centrado en su trabajo y el éxito, descuidando a su novia. Trata mal a todo el mundo, pero eso resulta menos importante en la película que haber pasado de su novia. Menudo mensaje... Por cierto, tengo que aprovechar, no tengo a mi madre solo para mí tan a menudo como me gustaría y las preguntas de vital importancia brotan por sí solas, ardiendo por salir.

—Mamá, ¿qué sentiste la primera vez que te metieron mano?

Se le cae el pantalón con toda la caja de la costura al suelo, luego me mira por encima de sus gafas de cerca, pero no me responde. Hasta que me pregunta una eternidad después:

—¿Quién te ha metido mano?

—Nadie, mamá, pero quiero saber lo que se siente para cuando pase.

—Pero si eres una niña, ¿cómo te van a meter mano?

—¿Una niña? Ya tengo catorce. Y a algunas de las de mi clase ya les han metido mano — miento.

—¿A quiénes?

—Sí, claro, no soy una chivata; además, tú no las conoces. Venga, contesta. ¿Fue papá el primero o algún rollo anterior?

—¿Rollo? ¿Quién te enseña esas palabras? ¿Qué es un rollo?

—Un chico de una noche.

—¿De una noche?

—Jo, preguntas tú más que yo.

—Me estás asustando, ¿chicos para una noche? ¿Rollo? ¿Meter mano? Si tu padre estuviera despierto, te castigaba hasta los veinte años.

—Es que no tengo a nadie a quien preguntar, mis amigas tampoco han tenido nunca novio ni se han enrollado con nadie, y Noelia es un bicho que nadie quiere; y aunque se hubiese liado con algún *pringao*, nunca me hablaría ni daría consejos.

—¡Hija de mi vida, cómo te ha sentado la entrada en el instituto! Debes de tener las hormonas por las nubes. Céntrate en estudiar y olvida a los chicos, que solo te traerán quebraderos de cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué hacen los chicos que sea tan malo? ¿Duele que te metan mano?

—Ay, no preguntes tanto.

—Pero si no me has respondido a nada.

—Pues sí, fue tu padre el primero y el único, y eso de meter mano es muy feo, en mis tiempos se decía acariciar. Y tu padre lo hizo cuando yo le di permiso, nunca antes.

El tic en el ojo izquierdo. Siempre le parpadea un poco cuando miente. Vaya con mis padres, así que se enrollaban los chicos también por la época de Franco, je, je, je. Qué callado se lo tenían.

—Mamá, ¿me dejas ir con mis amigas a una discoteca durante estas vacaciones?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Una discoteca? ¿Estás loca?

—¿Vas a responder siempre con otras preguntas? Es una discoteca para chicos de mi edad, no sirven alcohol y regresaríamos a las diez, bueno... estaría bien que fueran las diez y media.

—Claro que sí, mujer, lo que pida la marquesa.

—Jo, he aprobado todas y con buena nota.

—Todas no.

—Educación Física no la aprueba nadie en el primer trimestre, ya verás como en junio la nota final es, como mínimo, un bien.

—¿Y para qué quieres ir? Solo pensáis en chicos, todo el rato con los chicos en la mente. Tu

padre te mata si se entera de que te has dejado meter mano.

—Que no, mamá, que nadie va a tocarme. Es que no se te puede preguntar nada.

—Hija, es que el año pasado preguntabas sobre deberes y cosas así, cuál era la capital de Japón o cómo de lejos estaba la luna. Ahora me pongo a temblar cada vez que nos quedamos solas. ¿Tú no recuerdas que hasta hace poco, cada vez que tu padre y yo nos dábamos un beso en la boca, tú siempre ponías cara de asco?

—No, no lo recuerdo.

—Mira, deja la conversación y sigue viendo la tele.

—Pero, ¿qué pasa con la discoteca?

—Pídele permiso a tu padre.

—Él siempre dice que no a todo lo que pido, por eso tú tienes que convencerlo.

—¿Pero qué prisas te han entrado por crecer? Que si tetas, que si chicos, discotecas... Disfruta de los últimos años que te quedan como una niña, que no imaginas cómo los echarás de menos cuando tengas mi edad.

Anda que eso me sirve de mucho. No ha solucionado ninguna duda ni me ha dado permiso para ir a la discoteca. Lo más probable es que no pueda acompañar a mis amigas, así que paso de practicar bailando en la cocina, como he hecho otras tardes de esta semana, y me voy a dormir una siesta.

Mi hermana está tumbada en su cama pero despierta y leyendo un papel, se sorprende al verme entrar y guarda el papel a toda prisa bajo la almohada. Hago como que no la he visto, que entro medio dormida y me echo sobre mi cama, ni siquiera me quito las zapatillas. ¿Qué guarda con tanto secreto? ¿Qué pone en ese papel? ¿Se lo habrá dado un chico?

Quiero leerlo.

¿Lo dejará ahí o luego le buscará un escondite desconocido para mí? Maldita sea, la curiosidad me puede. ¿Y si lo tira al váter? ¡No, me quedaré sin leerlo!

¡Ostras, pues sí que estoy medio dormida! No he caído en que puedo hacer lo que quiera.

Con un simple chasquido de boca el tiempo se congela y solo tengo que levantarme y sacar el papel, es un folio doblado dos veces. Me siento en el filo de su cama, dándole la espalda para no sentirme culpable por violar su intimidad. Pienso en todos sus golpes e insultos y se me pasa rápido. Es una simple nota escrita a boli, no es la letra de Noelia.

**No digas tonterías, tiene que ser la cosa más jodida del mundo que el chico que siempre te ha gustado y te ha rechazado quiera estar con ella, precisamente con ella.**

¡Están hablando de Miki! Se trata de una nota de una conversación, una parte nada más, que mi hermana conserva como un tesoro. ¿Por qué? Nunca me lo dirá. El papel no es de hoy, ha sido doblado y desdoblado muchas veces, quizás semanas o un par de meses. ¿Qué secreto esconde Noelia? ¿Con qué chica ha tenido problemas o se ha enemistado? Miki quiere estar con una chica y resulta que mi hermana y ella se llevan mal. Pues a ver quién descubre a la afortunada, porque mi hermana no tiene amigos, es una amargada que discute con todos. A saber con cuánta gente se pudo enemistar el año pasado. ¿Con quién podría hablar para averiguarlo? Imposible consultar a sus dos compañeras, con las que siempre va, sin que ellas se lo cuenten después.

Me giro y observo su cara, está muy triste, parece a punto de llorar.

¡Jo! Leer la nota ha sido peor que no hacerlo, ahora tengo mil dudas, sobre todo descubrir quién es esa chica que le gusta a Miki.

Dejo la nota tal como la encontré y regreso a mi cama, recuerdo que estaba boca abajo y con la cara mirando a la pared, dando la espalda a mi hermana, entonces vuelvo a chasquear la boca,

pero no logro dormir en toda la tarde.



Poco o nada puedo investigar estando el instituto cerrado hasta el día siete de enero. Tampoco quiero contarle nada a Marta, a pesar de que ella puede conocer el nombre de la afortunada gracias a que es muy amiga del chico, pero no puedo preguntarle sin más, ella comprenderá que estoy interesada y tal vez eso arruine mis opciones de ir de veraneo con él, con ellos, en agosto. ¿Qué pasa si se lo dice a Miki? ¡Qué vergüenza! ¿Y si Marta también está colada por él? Lo más seguro es que deje de ser mi amiga, me quedo sin vacaciones y, con total seguridad, intercederá con él para que nunca podamos estar juntos.

Pero ¿qué digo? Ya estoy otra vez soñando con un imposible, nunca mejor dicho. Él no querrá nunca salir con una enana cuando puede hacerlo con las chicas más guapas. Además, ya lo dice el papel de Noelia, quiere estar con una chica.

Olvídate de él, Laura, olvídate o lo pasarás tan mal como el resto de niñas que se han enamorado.

Oigo de fondo los villancicos, mi madre no ha comprendido que ya no tenemos siete y ocho años, que ya no nos gusta eso. Podría poner un disco de Mecano o Sergio Dalma. Me apetece salir a la calle y despejarme, pero hace frío y no tengo con quién dar una vuelta. Patricia vive algo lejos y no sé si querrá caminar, tampoco su conversación ayuda, pero se le da bien escuchar, eso sí. Inma está en el pueblo, pasando las Navidades en familia, no la envidio, conozco a su padres y tíos... los abuelos seguro que son peores. Marta aún sigue castigada, la obligan a estudiar seis horas diarias para recuperar y ponerse al día con las asignaturas suspendidas. Me la imagino sola en su cuarto, mirando por la ventana y montándose películas con todos los que pasan por la calle. «Ese es un espía que viene a robar secretos nucleares». «Aquella es una ladrona de joyas y obras de arte en busca de un museo». «Esa pareja debería cortar, porque él es infiel, se le nota en la cara»...

Y siendo sincera, pues no me apetece mucho ver a Marta. Saber que queda para tomar un café o Coca-Cola con Miki y nos lo oculta a las demás no me ha sentado nada bien, no comprendo los motivos, salvo que ella también esté colada por él. Pero eso no tiene sentido, ¿para qué pedirle salir a David? ¿Para poner celoso a Miki? La conversación que tuvimos el día de las notas no aclaró nada, Marta se limitó a decir que eran unos pocos minutos muy de cuando en cuando, que hablaban de tonterías y, en fin, que fue como si no nos dijera nada. No sé si nos dijo la verdad o se callaba algún secreto inconfesable, cosa difícil en ella, que no puede guardarse algo jugoso más de cinco minutos.

Y ahora que pienso en ella, y no quiero ser mala, creo que se ha metido a surfear con una tabla demasiado pequeña ante olas de campeonato. Es bajita y no precisamente guapa, aunque sea divertida y tenga unos ojos entre verdes y miel que no me vendrían mal, pero los chicos del grupo de los Imposibles están en una liga muy superior.

¿Y para mí? Lo cierto es que nunca me había parado a pensarlo. En el colegio gustaba a varios chicos; también a dos en mi barrio; en clase ahora siento que me miran algunos que se sientan al fondo. No está nada mal si se piensa así, en cantidad, pero si hablamos de calidad la cosa baja mucho. Son chicos que no podrían compararse ni de lejos con Miki, y supongo que eso me pone

los pies en el suelo. Quizá sea más bonita que Marta, y algo más alta, pero sigo estando fuera de alcance.

Ahora sí que me apetece salir a dar una vuelta, aunque haga frío y tenga que caminar sola. Cierro el diario tras oler el seco diente de león, nunca ha olido a nada, ni siquiera cuando me lo dio aquel niño desconocido en el jardín frente a mi casa, pero acercarlo a la nariz es una especie de ritual que no puedo evitar.

—¿A dónde vas y por qué te has quitado el pijama?

—Voy a dar un paseo.

—Esta noche es Nochebuena, vienen tus primos y tíos, ¿no piensas ayudarme con la comida y la preparación de la mesa del comedor?

—¿Y Noelia no va a hacer nada?

—Ella tiene que estudiar, que ha suspendido tres.

—¡Qué bien, el premio por aprobar es trabajar más!

—No protestes y ponte a picar cebolla, que a mí me hace llorar.

Y a mí también, no te fastidia.

Seguro que mi hermana estuvo todo el día en el dormitorio, haciendo como que estudiaba, pero dormida o riéndose porque me había tocado hacerlo todo a mí. Bien que salió ya arreglada y maquillada para la cena con la familia; de buena gana le echaría ahora mismo todo el bote de pimienta sobre su plato. ¡Espera, solo tengo que chasquear!

¡Bah!, olvídale, no merece la pena. Además, es Navidad, hay que llevarse bien con todos.

En la tele emiten el especial de *Vip Noche* para la Nochebuena, aunque Emilio Aragón viste el mismo esmoquin de siempre y las mismas zapatillas de deporte blancas. El volumen al mínimo para que todos podamos oír las anécdotas del tío Gustavo y la tía Aurora en su último viaje a Alemania, pero más bien estamos oyendo los berridos de sus malcriados hijos, mis primos Gus y Martín. La comida está muy rica, lo sé, está mal que yo lo diga, y la decoración de la mesa y del salón es preciosa.

Todos se paran y quedan mudos cada vez que sale Thalía, ya se ha cambiado dos veces de vestido. Ojalá yo fuese así de guapa y explosiva, lo único en lo que me parezco a ella es en el pelo largo y ondulado, pero a mí no me brilla igual ni tengo tanto volumen. Me encantaría que los chicos me mirasen de la forma que lo hacen ahora a la presentadora mi padre y mi tío, y que las mujeres me envidiasen como lo hacemos las chicas de la mesa. Seguro que Thalía sería una Imposible si estudiase en mi instituto. Bueno, mejor no, menuda competencia, las demás nos volveríamos aún más invisibles.

—¡Ay! —Otra patada del enano insoportable.

—¿Qué pasa?

—Martín me ha dado otra patada, mamá.

—No se lo tengas en cuenta, cielo. —Mi tía me habla como si fuese una niña pequeña o estúpida, o ambas cosas a la vez—. Está nervioso porque sabe que Papá Noel vendrá esta noche a traerle muchos regalos.

¿Y eso es excusa para que lo pague conmigo? Me saldrán moretones en las piernas por su culpa, y a mí me duran muchas semanas. ¡Maldito enano cuelllicorto y de ojos saltones! ¡Y ahora me mira y me sonrío! ¡Lo mato! Hago un chasquido de boca y aprovecho para tirarlo por la ventana. Pero míralo, si tiene toda la boca manchada, parece un mongolito. El año que viene me voy con los abuelos a Alemania si hace falta.



—¡Ay! ¡Mamá, me ha dado otra!  
—Martín, angelito, deja a la primita Laura en paz.  
Se acabó, hasta aquí llegó mi paciencia.



Mis tíos y sobrinos se han marchado hace quince minutos, y mi padre y Noelia son los encargados de recoger la mesa, fregarlo todo y limpiar el comedor. Mamá y yo nos merecemos el descanso tras el duro día de trabajo. En la tele aún sigue el especial navideño, acaba de cantar OBK y me han recordado a mi Miki. Mamá parece a punto de quedarse dormida, pero trata de aguantar con una conversación que tampoco me interesa.

—Pues me parece muy raro lo de la comida de tu primo. ¿Cómo es posible que lo haya hecho vomitar de esa forma? Parecía una fuente cuando ha salpicado toda la pared del salón.

—No sé, ni idea.

—El caso es que ya se había comido casi todo el plato y no se había quejado de que estuviese la carne tan salada.

—Es un niño raro, a lo mejor es tonto. ¿Has visto la cara que tiene?

—No digas eso. No seas mala.

—Será que es alérgico al pavo.

—¿Tú crees? Pues no le ha dado ninguna reacción, solo ha dicho que estaba tan salado que no se podía comer.

—Tonterías de niños pequeños.

—Lo que más me ha extrañado de todo... es que el salero estaba lleno cuando lo puse en la mesa, y ahora al recogerlo está completamente vacío.



¿Qué le voy a hacer? Soy una bruja, y las brujas hacemos estas cosas. No me lo discutas, que las dos sabemos que te has reído con la broma. Y eso que no has visto cómo se ha puesto el enano insoportable ni cómo yo he tenido que morderme el labio para aguantar las carcajadas. ¿Y lo mejor de todo? Pero con mucha diferencia, ni te lo imaginas. Vale, no te hago sufrir más. Ha escupido el trozo de carne en el pecho de mi hermana.

¡Ja, ja, ja!

Te juro que casi me hago pis encima. Mi madre me ha preguntado por qué lloraba. ¿Llorar? Ha sido la mejor cena de mi vida. Llevaré moretones durante semanas en las piernas, pero ha merecido la pena por ver al niño escupir, la cara de asco de mi hermana, los gritos, un vaso derramado, llantos y litros de vómito como un volcán, todos en pie sin saber muy bien qué hacer. Deberíamos tener una videocámara en casa y grabar estas cosas.

Ahora estoy en la cama, es la una de la madrugada y hago balance del año en el diario. ¡Qué locura! Hace 365 días era una niña completamente diferente, con pensamientos de futuro, deseos y

preocupaciones que en nada se parecen a los que ahora rondan por esta cabeza ¿enferma? Entrar en el instituto ha sido una pasada; lo he aprobado todo, o casi; próximo verano en la playa; chico guapo a la vista, aunque no me haga ni caso; y esto de la cabeza... Lo dicho, ¿tendré algo malo?

¡Nada de eso, me encanta lo de detener el tiempo! ¡Ojalá me salgan más poderes o lo que sea esto!

¡¡Es casi mejor que tener tetas!!

# Capítulo 7

## Espiral

Parecía que nunca iba a llegar el siete de enero, qué ganas de salir de casa y volver a las clases, a las tertulias en las escaleras de las pistas de atletismo, a las risas en los pasillos, a las charlas sobre la mesa del fondo de la cafetería, incluso echo de menos el sonido de las cucharillas y tazas de café y el olor a tabaco, los gritos entre las clases, las confidencias espontáneas en cuanto ocurría algo tan importante como que una de las Imposibles llevase un top escotado o un pantalón más apretado de lo normal. Echaba de menos a Miki. Mucho.

Mientras espero en el banco de piedra a que lleguen mis amigas, veo una caja vacía que alguien ha dejado al lado de la papelería, La casa grande de Pinypon; ¿dónde estará la mía? Me la regalaron hace tres años, ¿o fue hace cuatro? Recuerdo cómo odiaba regresar al colegio tras las vacaciones de Navidad y Reyes. ¿Hasta cuándo fue eso? Pues el mismo año pasado. Imposible. ¿O no?

—¿Qué haces? ¿Hablas sola? —Es Inma, la primera en llegar, a lo lejos veo caminar a paso ligero a Patricia. ¿Está más alta? Miro sus zapatos, no llevaba tacones.

—Estaba recordando lo que odiábamos regresar a las clases en la época del colegio. Y ahora en el instituto es todo lo contrario.

—¿Pero qué dices? ¿Qué has desayunado? El instituto es peor todavía que el colegio. ¡Qué asco! Ojalá solo hubiera un mes de clases al año.

—¿Y qué harías el resto del tiempo?

—¿De qué habláis? —Patricia ha llegado, solo falta Marta.

—De lo mucho que Laura quiere estar en clase, creo que hubiera ido incluso en Navidad.

Bueno, no nos pasemos. Pero es cierto que no me resulta tan traumático como parece ser para mis amigas.

—A mí me gusta venir, pero no para hacer exámenes.

La voz de la sabiduría. Patri habla poco, pero dice verdades que deberían estar en un libro. Marta aparece y nos marchamos, llegaremos tarde si nos entretenemos más. Esta última nos cuenta por el camino que ha pasado unas fiestas de pesadilla, que sus padres aún están enfadados por sus notas y que lo de la discoteca lo dejase para cuando terminase la universidad.

—¿Eso para cuándo podría ser? —pregunta Patricia con ingenuidad.

—Lo lleva clarinete... Para cuando tenga cuarenta y cinco.

—¡Vete a la mierda, Inma! Ni un solo día me libro de tus bromas absurdas.

Yo no intervengo. Me gustaría apoyar a Marta y decirle que no se preocupe, que todo saldrá bien y aprobará en junio, pero no me gusta mentir. Incluso dudo de que pueda terminar el instituto. Así que la predicción de Inma se quedaría muy corta. Al final llegamos con tiempo de sobra, se ve que los profesores no tienen mucha prisa el primer día tras la vuelta de las vacaciones. Me lo apunto para Semana Santa. Al menos tengo tiempo para hablar un rato con Fran, al que no veo desde los exámenes y no duda en hacerme sentir mal por no haberlo llamado.

—Lo siento, no sé qué decir, de verdad.

—Pensé que ibas a llamarme por teléfono para dar una vuelta, o tomar una Coca-Cola, o

estudiar.

—Te pido perdón. No es que haya estado ocupada o fuera de casa, en realidad no he hecho nada salvo aburrirme una barbaridad. Escuchar música en mi cuarto, ver la tele, esas cosas. No pensé que querrías... Te hubiera llamado, te lo juro.

—No sé... creo que no debería haberte dicho eso. Olvídalo, no quería hacerte sentir mal, solo que pasamos todos los días de los exámenes juntos, y el mes anterior, además de las clases, y pensé que... bueno, que éramos amigos.

—Y lo somos, te juro que te he echado de menos.

—¿En serio?

—Pues claro, he pensado incluso en el futuro, cuando estemos en la universidad, si es que estudiamos la misma carrera. Sería fantástico que siguiéramos juntos.

—Sí, sería fantástico...



El día pasa rápido y extraño, esto último porque noto a Marta distante, Fran me observa todo el rato, Inma y Patricia han desaparecido cuando llega el recreo y me acerco a la cafetería. ¿Dónde se ha metido Miki? Aquel no parece el instituto del que yo salí hace casi veinte días con una sonrisa por las notas recibidas.

Son las dos y media y Marta se despide de mí sin mirarme a la cara, menuda bronca me espera, y eso que no sé los motivos. Con ella una nunca sabe qué va a pasar, suele enfadarse y desenfadarse por razones absurdas en cuestión de minutos. La mayoría de las veces porque te habla y tú no le prestas atención, ya debería saber que en mi caso está justificado, la mitad del tiempo mi cabeza está en el país de las maravillas.

No me dirijo a mi casa, sigo caminando hacia arriba, hasta salir del grupo de edificios de mi barrio y cruzar la carretera, luego hacia la avenida de las Fuerzas Armadas para comprar el pan donde hasta ayer lo hacía mi madre. Una tarea nueva fruto de la responsabilidad que parezco merecer. No me quejo, todo sea por seguir avanzando, que me dejen salir hasta más tarde, ir a discotecas o salir con chicos. Debo de ser la única chica de catorce años en el instituto que no puede hacer todo eso.

¿Cómo evolucionará mi vida? Tal vez acabe haciendo todas las tareas domésticas en unos meses, pero teniendo que estar a las ocho en casa cada día y sin salir del barrio. ¿Es una broma? ¿Mi vida es una broma? Porque puedo chasquear la boca y verter más sal sobre la comida de mis padres. No es justo que me traten como una niña en aspectos como la hora de llegada, adónde puedo ir o salir con chicos; pero luego sea ya mayor para hacer tareas que ni se molestan en pedir a Noelia.

Y el tema de mi hermana es otro que he descuidado. Sigo ansiosa por saber todo lo relacionado con esa nota que encontré bajo la almohada. ¿Quién la escribió? ¿A quién se refería? ¿Habla de Miki y de alguna chica que desconozco? ¿Por qué Noelia la guarda de esa forma y la lee cada poco tiempo? ¿Qué sentido tiene mortificarse de esa forma?

Quiero indagar en el tema y tengo seis meses por delante, tiempo más que de sobra para lograr respuestas, aunque tenga que ser muy sutil en mis actuaciones para no levantar sospechas. Me siento como una espía...

La cabeza me duele de repente, es una simple punzada en la nuca, pero me hace paralizar. Observo la avenida, pasan coches a toda velocidad en ambos sentidos. Un señor mayor espera a mi lado, mucho más joven es el que pasea un perro unos metros más allá y, por último, aparece una mujer regañando a su hijo, lo lleva de la mano y no se da cuenta de que el semáforo está en rojo. A partir de este momento todo comienza a avanzar a cámara lenta. La mujer pone un pie en la calzada. Al fondo, a solo veinte metros, un coche se dirige hacia ellos.

Frenazo ensordecedor, gritos, corazones que se detienen por un instante, ¿quién no está temiendo lo peor en ese momento? Llanto de una madre...

Cinco minutos después entro en la panadería y pido la vez, hay seis personas delante, todos hablan de lo que acaba de pasar.

—¡Un milagro!

—Estaban delante del coche, la madre y el pequeño.

—Desaparecieron como por arte de magia.

—No, cruzaron a toda prisa, estaban en la acera de enfrente cuando el coche pasó frenando.

—Es imposible.

—Ha sido visto y no visto.

—Han vuelto a nacer.

Bueno, menos tertulia, que tengo prisa. Yo lo he visto mejor que nadie, ya me entiendes, y no me ha parecido para tanto. Lo único que ahora me preocupa es que solo quedan cuatro barras de medio, mi madre me ha pedido dos y no creo que estos seis clientes se apiaden de mi carita aniñada para que pueda llevar el pan que me han encargado. Tampoco me creerían si les dijese «he sido yo la que ha salvado a la madre y al niño, congelando el tiempo y llevándolos en brazos hasta la acera de enfrente. Por cierto, me he destrozado la espalda con el peso de la mujer. Ya podríais dejarme que me atiendan la primera antes de que se acaben las barras que me ha encargado mi madre».

—Ponme una barra de medio y dos de cuarto.

Ostras, solo quedan tres.

Llegan más clientes que también comentan lo ocurrido, no se habla de otra cosa. La mujer sigue muy alterada por lo que podía haber pasado, o por lo que le están contando que ha sucedido. Pronto llegará una ambulancia porque ha sufrido un ataque de pánico.

—Ponme cuatro *pulguitas* y una barra de medio.

¡No fastidies! Quedan cuatro clientes y solo las dos barras que necesito.

Debo darme prisa, retrocedo despacio y hacia un lateral, colocándome justo con el cristal del escaparate pegado a la espalda. Espero paciente durante unos segundos y... por fin, nadie me mira. Doy un chasquido, camino entre los clientes, salto por encima del mostrador, cojo las dos barras, las meto en una bolsa, dejo el dinero en la caja registradora, salto otra vez y salgo de la panadería. Cruzar la carretera con los coches congelados es un gustazo. Llego a mi edificio, entro, llamo al ascensor y... ¡Idiota, el ascensor está congelado!

Chasquido, aprieto otra vez el botón de llamada y sonrío.

Sí, este poder es la leche. Me da la impresión de que no vamos a pisar el Invernadero cuando salgamos de fiesta las chicas por primera vez. No, iremos a la Alameda y por todo lo alto, pasaremos por la puerta sin pagar siquiera. ¡Noooo! No puedo hacerlo sin que ellas tengan esa sensación extraña que le ha quedado a la mujer de hace un rato. Se asustarían o tendrían un ataque de nervios. ¿Podría decirles que todo es fruto de sus nervios por hacer algo tan ansiado y especial? No, imposible, no son idiotas.

¿Por qué he dicho la palabra idiota y estoy pensando de repente en Patricia y su obsesión por

Miki? ¿Miki? Él trabaja allí como relaciones públicas, ¿vestirá aún más guapo que en el instituto? ¿Y si voy sola? Puedo hacerlo cualquier noche de fin de semana, solo tengo que parar el tiempo, vestirme e ir hacia allí, entrar, buscarlo, activar el tiempo de nuevo, observarlo durante unos instantes y regresar con otro corte temporal. En casa solo serían unos diez o veinte minutos, puede que Noelia no se diera cuenta de que faltó del dormitorio.

¿Qué locura estoy pensando? ¿Toda esa película para observarlo un rato? ¿Estoy enferma? Céntrate, Laura, por favor.

Y tú, ¿qué piensas? Dame algún consejo, porque estoy que no sé qué hacer con mi vida. ¿Cómo uso este poder o habilidad? Está claro que trataré de ayudar a la gente, como la madre con el niño de hace un rato, pero me gustaría sacar algo de provecho. No sé hasta cuándo durará y me muerdo las ganas de sentirme especial como chica y no como bicho raro.

En fin. Debería dejar de soñar y darle la bolsa con el pan a mi madre.

—Laura.

—¿Sí?

—He hablado con tu padre sobre lo que me pediste.

—¿Yo? ¿Qué te he pedido?

Estoy en mitad de la cocina, aún no me he quitado la mochila de la espalda, mi madre no me mira, supongo que está ultimando detalles de la comida. No se oye nada más en la casa que el adelanto de las noticias de la tele.

—Lo de ir a una discoteca con tus amigas.

Espera, que me da el infarto.

—Ya sé que soy muy pequeña y no queréis que...

—Calla, mujer. Te damos permiso, puedes ir con tus amigas.

Infarto llegando, incluso se me cae la bolsa de papel con las dos barras de pan al suelo.

—Pero, ¿no decías que no pensara en chicos y en lo que no fuesen las clases?

—Has sacado unas notas que no esperábamos y estamos muy orgullosos de ti, por eso te damos permiso para salir un viernes o sábado, pero tendrás que estar en casa a las diez y media. Ni se te ocurra tomar alcohol y no podrás salir si no vas acompañada, tanto al ir como al volver.

Como si me hiciese falta, ni Batman podría asaltarme, solo tendría que chasquear la boca y seguir caminando tan tranquila.

—Claro, te doy mi palabra de que no beberé alcohol ni llegaré más tarde de las diez y media. Aunque lo de mis amigas, bueno, eso hay que trabajarlo.

—¿Trabajarlo? Cada día me sorprende más tu forma de hablar.

—Es que me hago mayor. Ya hasta me dejan ir a discotecas.

—Ja, ja, ja. Eres un personaje. Anda y lávate las manos, que comeremos en diez minutos.



Patricia nos sorprende con sus gritos y manos alzadas al saltar. Esos saltos muestran que nuestra amiga está desarrollando mucho su zona pectoral, o está usando la técnica milagrosa de mi hermana. No sé, a mí me han parecido muy reales al observar el movimiento tembleque. Bueno, no me disperso más. La noticia de que me dejan ir a la discoteca toma por sorpresa a todas, lo que me hace sospechar de que Inma y Marta, por sus semblantes abatidos, no han tenido tanta suerte al

pedírselo a sus padres. ¿Me dejarán ir si solo tengo a Patri como acompañante?

Estamos en el interior del edificio del instituto, en el pasillo de la derecha en la planta baja, donde siempre nos separamos. Marta y yo al aula 2, Inma al aula 1 y Patricia al aula 3. Quedan minutos, quizás segundos, para que lleguen los profesores.

—Hay que convencerlos para lograrlo este mismo mes.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿Te parece poco el tiempo que llevamos hablando de hacerlo? Es nuestra oportunidad, tía. —Patricia está irreconocible—. A los padres hay que educarlos cuando una ya no es una niña, hay que hacerles comprender que ha llegado nuestro momento.

¡Vaya con Patricia!

—Yo te dejo que vengas a mi casa y hables con mis padres —dice Inma—. Me encantará ver cómo los educas; pero cuidado con las zapatillas de mi madre, vuelan con efecto y siempre dan en el blanco.

—Y luego ven a la mía —añade Marta.

—Venga, no será tan difícil, solo es decirles que a esta edad necesitamos distracciones acordes a nuestra nueva situación. De esa forma rendiremos mejor en las clases.

—Si le digo a mi padre que sacaré mejores notas tras salir a la discoteca, me parte la cara y me mete en un convento para ser monja.

—Inma, qué bestia eres.

—¿Quieres apostar?

—Bueno, pues iremos las cuatro juntas a vuestras casas para convencer a vuestros padres. ¿Vale?

La idea de Patricia nos parece una locura en ese momento; pero, tras rumiarla durante las primeras clases, decidimos que es una posibilidad a la que no podemos dar la espalda, quizás la única de lograr nuestro sueño. Cuando éramos pequeñas, poner morritos siempre funcionaba, así que cuatro niñas haciendo pucheros y ojos tristes podrían obrar el milagro alucinante que necesitamos. A lo mejor hasta nos llevan y nos traen en coche.

Fran me dice que nos acompañará, si no nos importa. ¿Por qué iba a importarnos? Cuantos más, mejor. Cuando se lo cuento a las chicas no se muestran tan participativas con mi entusiasmo. No comprenden qué pinta un chico en el grupo. Es cierto que nunca lo han admitido, a pesar de que Fran las ha ayudado a subir nota y a aprobar varias asignaturas.

—Es mi amigo.

—Tus amigas somos nosotras.

—Pero si vosotras ni siquiera habéis convencido a vuestros padres. A lo mejor nos ayuda que sepan que un chico nos acompañará.

—Es una buena idea —dice Patricia, y aplaude con entusiasmo.

Parece que cualquier chico que se acerca a mí es de interés de mi amiga al instante, ¿no crees? Primero Miki como novio, y Patricia acaba colada también por él. Ahora Fran como amigo. ¿Supone una competencia a tener en cuenta? Patricia tiene los ojos verdes como el mar y un pelo rubio y de media melena que le queda genial. Es más alta que yo, delgada, pero con tetas, y con una cara de muñeca preciosa.

¡Mierda, pues sí que hay que tenerla en cuenta!

—Bueno, olvidemos a Fran por el momento y centrémonos en convencer a nuestros padres para ir a la discoteca.

—Eso, vamos esta misma semana a meter presión. Quiero ver el Invernadero por dentro lo antes posible.

¿El Invernadero? Guapa, vas a entrar en la Alameda antes de cumplir los catorce y por la puerta grande. Y nunca sabrás que me lo debes a mí. Lo tengo todo planeado, todo, todo.

¿Te gustaría saber cómo voy a hacerlo sin provocarles un trauma? Pues espera un poco y te lo cuento.

Los padres de Inma suponen una dificultad menor que los de Marta, aunque todas pensábamos lo contrario, pero logramos convencerlos para que nos dejen tomarnos una noche de relajación y divertirnos el último viernes de enero. Para entonces todas tendríamos que tener la ropa elegida y haber ensayado bailes de canciones de discoteca que encontrábamos en la radio. Con Fran no tenemos problemas, lo dejan salir por las noches, y que su ropa sea chula no nos importa tanto; bastante tenemos con elegir la nuestra.

No decimos nada en clase, no queremos atraer la mala suerte, así que se convierte en nuestro más preciado secreto durante los días que pasan hasta el momento cumbre del año. Y aún mis amigos no tienen ni idea de la increíble sorpresa principal.

¡¡Y llega el día!!

¿Qué me pongo? No tengo vestidos cortos para salir de noche y, aunque los tuviera, no los llenaría como es debido. Saco un pantalón azul del armario y lo pongo sobre la cama tras probármelo, uf, demasiado ancho; otro de color negro, ese me lo he puesto mucho para ir a clase; otro gris, no me hace nada de culo, o me hace menos aún que los demás. Uno tras otro, varias faldas largas, unos *shorts* que ni de lejos me dejarán ponerme mis padres. ¡Espera! Hace meses me compré un pantalón rojo ajustado que me quedaba muy bien en el probador de la tienda, aún no lo estrené.

Me lo pruebo en un minuto, tal vez durante algo más, me miro por delante, por detrás, de perfil, por delante, perfil otra vez, el otro perfil, por detrás, por delante... Hummm, y consigue el aprobado. Ahora toca la parte de arriba. Un cajón tras otro son vaciados. Sobre mi cama veo una montaña de ropa que no me apetecerá luego reorganizar y guardar. Descartado el color blanco, las camisas y camisetas de diario, los suéteres de lana, voy quedándome sin opciones hasta que veo un top negro de tirantes. Se hace la luz, porque quedará ideal con una chaqueta corta del mismo color. Me pongo mis únicos zapatos altos, con un poco de plataforma, y observo el resultado. ¡Genial!

Miro la montaña de ropa y suspiro; mi madre me mata si me marchó y lo dejo así, no me dejará volver a salir de fiesta. Además, volveré cansada como para hacerlo antes de dormir. Y no voy a acostarme sobre esa montaña y arrugarlo todo.

Pues toca correr o parar el tiempo, porque luego tengo que ondularme el pelo y maquillarme, cosa que no he hecho nunca antes en la vida. Espero que Noelia nunca sepa que voy a tomar prestadas sus cosas del cuarto de baño.

Un largo rato después, el espejo del lavabo me muestra un ser algo extraño, cada ojo parece de una persona diferente y los labios han quedado fatal perfilados. El pelo no está mal. Me doy un cuatro, pero dicen que las discotecas son oscuras, lo mismo y allí subo al seis. Me pongo pendientes largos, aunque no se ven con el pelo, y salgo a la calle a esperar a mis amigas. El único que ya ha llegado es Fran, espera sentado sobre el banco de piedra.

Parece más alto de lo que es, y eso que lo observo, cuando se levanta para saludarme con dos besos, desde plataformas de quince centímetros. La ropa ajustada le favorece, también el color blanco de la camisa que se ha puesto. El pelo engominado le queda mejor que como lo suele llevar en clase, encrespado y de punta. Y ya casi no tiene acné, otro punto a su favor.



—Estás increíble.

—Gracias —respondo a la vez que noto que me ruborizo.

Marta aparece y se sorprende al verlo, creo que ha tenido la misma reacción. Y mucho ha debido gustarle nuestro compañero de clase para que no me haya dicho nada de mi espectacular atuendo. Patricia llega dos minutos después, con un vestido negro ajustado. ¿Perdona? ¿Dónde ha escondido ese cuerpo todo este tiempo? ¿Quién me va a mirar... quién nos va a mirar estando ella con ese vestido, el maquillaje increíble y los tacones de aguja?

¡Vaya con la tímida del grupo! Yo buscando competencia en Ada, Mai, Delia... y tenía al máximo enemigo en casa. Patricia podría ser una Imposible antes de terminar el año.

—¡Putas, qué guapas estáis!

Ya tardaba en llegar Inma. Pero aparece por fin, estamos todos. Y empieza la mejor noche de nuestras vidas, al menos eso deseamos los cinco cuando nos dirigimos a la parada del autobús.

Durante el trayecto, ya sentados y en silencio, les llega la noticia.

—Imposible.

—No podremos entrar.

—¿Estás loca?

—Se quedan más de quinientas personas en la puerta cada noche.

—Pues nosotros vamos a entrar, y sin pagar.

—Lo dicho, estás como una cabra.

Me recuesto en el asiento con una sonrisa que ellos observan en silencio.

—Ya sé lo que pasa, tienes invitaciones de algún relaciones públicas.

—No. —Marta me observa con frialdad, analizándome, como tratando de leer mi mente y descubrir mi don, mi secreto—. Las invitaciones son pocas y se dan para gente guapa, como los Imposibles. Niños mayores y guapos de otros institutos. Es imposible conseguir cinco invitaciones, o ya las habría conseguido yo.

Todos sabemos que habla de su amistad con Miki.

—No tengáis tanta prisa, y recordad una cosa muy importante... —se inclinan expectantes ante mí para oírlo—. Cuando yo diga que entramos, seguidme sin pensar, sin rechistar. ¿Entendido?

No respondió ninguno.

El plan B suponía someterlos a un posible trauma, así que confié en que siguieran mi orden y no hubiera problema.



La puerta de acceso no es como la habíamos imaginado, el palacio o mansión está al fondo de un patio. Nos encontramos ante una cancela metálica como la del instituto, salvo que esta tiene ya más de doscientos niños de nuestra edad desesperados por poder entrar. Al otro lado se levanta el portal de entrada al éxito, de la magia, la meta de todo chico en la ciudad. Entre el cielo y nosotros hay dos tipos grandes como armarios y otros dos guapos como los Imposibles, pero algo más mayores. No están David, Miki, Noé, Cova... Nadie conocido. La mano abierta de uno de los porteros nos deja claro que allí se acaba la aventura.

Pero la aventura continuará unas horas más, aunque ese portero y sus compañeros no sabrán nunca qué ha pasado. Unos segundos después de ese gesto, estaremos tocando el cielo.

El cielo desde quien conoce la magia:

Un chasquido y ya puedo cruzar la cancela metálica. Voy a sudar, y voy a sudar mucho, maldita sea. Empujo durante una eternidad a uno de los enormes guardias, luego al otro, descanso sentada en el suelo más de un cuarto de hora, luego me encargo de los dos chicos guapos. Los cuatro acaban a más de quince metros, pegados a un muro y en posición algo más cariñosa entre ellos de la que les hubiera gustado, es mi compensación por el esfuerzo... ¡Qué pena no haber traído una cámara de fotos! Están preciosos dándose besos y tocándose el culo unos a otros. A la derecha de la cancela hay una taquilla, meto la cabeza por la pequeña abertura y veo a una mujer de unos veinte años con el pelo rizado y moreno, entre sus manos hay dos talonarios de entradas, ¡e incluyen consumición! Bien, pues ya está casi todo solucionado.

El cielo desde quien no conoce la magia:

De repente y sin avisar, grito que entremos. También tomo las manos de quienes tengo más cerca y corro tirando de ellos. Los cinco acabamos entrando a trompicones. ¿Dónde se han metido los porteros y demás empleados? —Se preguntarán ellos—. ¿Han desaparecido? Eso es imposible. ¿Qué importa? Me han prometido que me seguirían cuando diera la orden y han cumplido.

Ahora estamos riendo y corriendo hacia la puerta de una mansión victoriana aún pintada del rosa original. Pasamos a un pequeño vestíbulo donde dejamos los abrigos a cambio de una ficha redonda de plástico con un número grabado. Luego llegan dos puertas que pesan toneladas. Cuesta mucho abrirlas empujando, como si lo hubieran hecho a propósito para que el cielo llegase despacio, sin prisas, disfrutando a cámara lenta de su logro. Y llega, por fin llega el cielo, y como nunca lo hubiéramos imaginado. Nunca.

La barra para pedir bebidas está a la derecha; frente a nosotros, una escalera que sube a una especie de anfiteatro; abajo descubrimos los sofás circulares y los maniqués iluminados de los que tanto hemos oído hablar. Es todo cierto, todo, y aún más mágico de lo que imaginábamos. Casi no podemos caminar por la emoción. Estamos dentro. Formamos parte del sueño. Y mis amigos ni saben cómo ha sucedido.

Las manos de Fran, a mi derecha, y de Marta, a la izquierda, me presionan con tanta fuerza como para sentir que me romperán los huesos. Sí, yo también lo estoy flipando...

Y lo que observamos maravillados está en un mísero segundo plano, porque la música... la música lo monopoliza todo. ¡Qué maravilla de canciones! ¿Y cómo es posible que pueda haber música a ese tremendo volumen? Casi cuesta tragar saliva, respirar, incluso pensar.

Sentimos los empujones a la espalda, no podemos quedarnos allí, en la puerta, taponando el acceso a los que llegan detrás. Parece que los porteros ya se han repuesto del susto. Tomo a mis amigos de las manos y les digo que vayamos a coger sitio en algún sofá que esté libre. No tardamos ni cinco minutos, como viejas corriendo para coger sitio libre en el autobús.

—Vamos a bailar a la pista —dice Marta, tras dejar su bolso sobre el sofá.

—No, vamos a pedir algo a la barra —digo yo.

—Solo tengo dinero para un refresco —protesta Patricia.

—¿Uno solo? —añado—, nos tomaremos muchos más que uno. Acabo de encontrar esto en el

suelo.

Cuando ven el fajo de consumiciones que tengo entre las manos, se les salen los ojos de las órbitas.

—¿En serio? ¡Qué pasada! —grita Inma. Toma las consumiciones y corre hacia la barra.

Nunca sabrán que la empleada de la entrada de la discoteca las estaría buscando durante una hora. Nosotras estaremos disfrutando de cócteles San Francisco durante dos horas.

Bailamos, reímos, incluso lloramos por ver cumplido el sueño. Tenemos un sofá para nosotras, rodeado de maniqués con luz algo más siniestros de lo imaginado, y bebemos tanto refresco y cócteles sin alcohol que vamos tres veces al baño cada una. El recuerdo de la música nunca nos abandonará, como tampoco los abrazos y los momentos bailando como locas en el centro de la pista. Entonces comprendo que aquello no es como un concurso y que la música es diferente a un vals. Todos saltamos y nos movemos como nos apetece, y eso hace mágico el momento; algo que jamás podremos olvidar y que nos acompañará el resto de nuestras vidas.

La sensación debe de ser lo más parecido a tocar las estrellas, y así lo percibimos y comentamos de vuelta a casa, sin poder parar de gritar por la emoción, aunque nos miren por la calle y en el autobús; sin poder olvidar las dos horas de ensueño que hemos vivido; sin querer que la noche termine. Ya nadie mira a Fran como un extraño, aquel hechizo producido por la música y el lugar lo acaba de fusionar a nosotras de una forma definitiva. Me gusta esa palabra, definitivo, ¿a ti no? Es preciosa, significa que es para siempre. Y siempre es una palabra igual de maravillosa.

Estoy deseando immortalizarlo en mi diario.

He buscado a Miki todo el tiempo. Sí, lo sé, eso resulta patético, pero lo percibía cerca de mí, y verme en su territorio me hacía sentir fuerte y capaz de lograr todas las metas que me propusiera. Mis amigas me observaban como si yo fuese una Imposible al llevarlas allí y entrar con ellas. Fran me miraba todo el tiempo como si fuera alguien especial. ¿Cómo no crecerse? ¿Cómo no ansiar lo máximo?

No logré ver a mi príncipe, pero fue la mejor noche de mi vida, sobre todo cuando los cinco nos cogimos de la mano y bailamos a coro. Fue con una canción que decía *Espiral* todo el rato, era increíble lo que sentíamos, lo que nos transmitía el lugar y la música.

Y deseé que la vida fuese una espiral en la que pudiera sentir esa felicidad de forma constante e infinita.

Infinita.

Al llegar a casa, mi madre aún veía la tele adormilada en el sofá del salón. Le di un abrazo y un beso muy fuerte. Agradecí que me dejarán haber salido y le dije que me lo había pasado mejor que nunca, luego fui a acostarme, pero no pude dormir hasta plasmarlo en el diario.

«Indescriptible, luz, música, ambiente, locura, diversión, magia, amistad, sabores y olores nuevos. Indescriptible. Una noche para nunca olvidar. ¡¡¡Amo a mis amigos y amo hacerme mayor!!! Y el poder de parar el tiempo es una pasada».

Me río por dentro, a carcajadas, aunque no eclipsa el horrible pitido del oído.

¿Quién podría olvidar ese momento?

♪♪ «Espiral... espiral... espiral...». ♪♪

## Capítulo 8

### Barbie Top model

Volvimos a la discoteca en tres ocasiones más durante el mes siguiente, y seguiríamos en el futuro, pero nunca se nos olvidaría lo que sentimos aquella noche, ni siquiera muchísimo después. Dos horas que supusieron más emociones que catorce años de vida. Nunca, aun cumplidos los veinte años, pudimos dejar atrás el temblor de piernas y las mariposas en el estómago que provocó aquel precioso edificio que permanecería en pie durante más tiempo del que nosotras viviésemos.

Pero hay que volver a las clases, a la rutina, al frío, a madrugar y, por suerte, a ver a Miki por los pasillos, en la cafetería o en el rincón donde se ubican los Imposibles. Donde, tal vez, algún día se puedan hacer los sueños realidad, sean para mí o para cualquier otra afortunada. Tal vez en uno o dos años haya cambiado la composición del grupo hasta hacerlo irreconocible.

«Así debe de ser la vida, unos llegan cuando otros se marchan. Los chicos que me gustan, cantantes o actores, en nada se parecen a los que gustaban a mi madre. ¿Seré yo misma una de las Imposibles dentro de dos o tres años? ¿Cómo se verá el mundo desde allí, desde el otro lado?».

Prefiero no saberlo. Y cierro el diario tras escribir eso.

Llevo unos días que no sé dónde tengo la cabeza ni dónde el corazón. No me preguntes el motivo, ni yo misma lo sé. No se trata del periodo, no soy de las que se vuelven mimosas con la regla, ni agresivas o lloronas. Tal vez sea que las preocupaciones se acaban marchando, pero no logro encontrar nuevas metas a seguir. Lo de la cabeza no me preocupa y controlo los cortes del tiempo a mi antojo. Salir por las noches y ser respetada como algo más adulta por mis padres ya está superado. Hace un siglo que no peleo con mi hermana, ni ganas tengo de hacerlo. Miki sigue ahí, como si fuese un edificio más del instituto, pero uno de esos que te maravilla al principio y luego te acostumbras a verlo a diario, hasta que un día no parece tan alucinante. Las asignaturas siguen su curso. Mis amigas el suyo propio.

No hay nada nuevo, nada que me haga suspirar o lanzar un grito de sorpresa. Nada. Y siento que todo se apaga alrededor. Ahora tengo la percepción de lo ocurrido en los últimos meses de un modo nítido. Si tuviera que definir la experiencia vivida, sería como decir que antes, hasta terminar la primaria, veía el mundo en blanco y negro, sin sonido y a cámara lenta. La llegada al instituto fue como comenzar a ver en color por primera vez, además de oír sonidos y sumergirme en un mundo que avanza de forma vertiginosa. Pero ¿qué le ha pasado a ese mundo mágico? ¿Por qué siento que frena, que pierde color y volumen a cada semana que avanza?

Recuerdo que cuando era pequeña, unos siete u ocho años, mi hermana estuvo todo un año pidiendo sin cesar que le regalaran una muñeca Barbie. Mis padres cumplieron y esa Navidad le compraron el modelo que nos enamoraba a todas las niñas: la Top Model. Mi hermana chilló durante una hora, corriendo por la casa abrazando la caja recién desenvuelta del papel de regalo. Jugó con ella sin cesar durante todas las vacaciones, la bañaba, le secaba el pelo, le confeccionaba ropa con papel de colores, incluso la sentaba a la mesa cuando comíamos. Tres meses después, Barbie Top Model era abandonada en el interior de una caja de zapatos bajo la cama de Noelia.

¿Eso mismo me está pasando a mí? ¿También descansarán el instituto, Miki y la discoteca metidos en una caja de zapatos de indiferencia bajo la cama de mis ilusiones?

No, no voy a ponerme melancólica, mejor presto atención a la clase de Música y dejo de dibujar tonterías en el libro antes de que la profesora...

—¡Keller!

Mierda.

—¿Señorita?

—¿Necesitas una almohada? A lo mejor quieres que hable más bajo y así dar una cabezada. No sería la primera.

—No, gracias.

—Pues presta atención, a lo mejor tu nota no es tan alta en el siguiente examen.

¿Pero qué le he hecho yo a esta mujer?

—Estaba prestando atención.

—¿En serio? Entonces podrás decirnos quiénes son los mejores compositores del siglo veinte.

¡No fastidies! ¿Alejandro Sanz cuenta? Mi padre diría que Serrat y Sabina. Me da a mí que no se refiere a los que salen por la radio...

—¿Y bien? —añade mientras se acerca a mí despacio—. Porque le restaré un punto a su nota si no responde correctamente.

De eso nada. Chasqueo de boca, revisar el libro, memorizar durante unos minutos esos nombres tan raros, otro chasqueo y:

—Arnold Schönberg, Igor Stravinsky, George Gershwin, Duke Ellington, Dmitri Shostakóvich, John Cage...

—Vale, vale, ya basta con esos. —Me mira con cara de asombro, la misma que mis compañeros. La boca abierta para todos.

—Entonces, ¿tengo un punto más en mi nota del examen?

—No tan rápido, sabelotodo. Y no te duermas más en clase.

—No, señorita.

Con una camiseta desgastada de Metallica y su pelo rubio más alborotado de lo habitual, Chema se afana en dar a cada chico lo que pide, además de las vueltas del dinero. Por los altavoces suena tímidamente una canción extranjera que nunca había oído. El resoplar de la cafetera se suma al ruido de las cucharillas en las tazas de los profesores; esa es nuestra banda sonora durante el recreo, además de las conversaciones a voces, incluso gritos, que dedicamos tras tres horas en silencio y atendiendo en las clases, o casi. Patricia tiene chocolate en la boca y Marta se ríe de ella, Inma le da un pañuelo de papel. «Sería mejor que un chico guapo me lo quitase con un beso», dice Patricia, todas nos reímos, aunque a mí no me hace gracia pensar que se pueda referir a Miki. «Qué más quisieras que te besara», pienso a la vez que la observo con mi mejor sonrisa fingida.

—Bueno, Laura ¿quieres contarnos cómo has sabido la respuesta de la clase de Música? Eso no lo habría sabido ni la profesora.

—No sé, un momento de inspiración. Habrá sido casualidad. A lo mejor se me quedó grabado cuando ella lo dijo.

—Pero si aún no había llegado a ese punto, no había enumerado a los compositores todavía.

—Pues será de estar estudiando en casa.

—¿Estudias por delante de los temas que llevamos? —me pregunta Fran.

—¡Uy, mira, por ahí va Mai! Lleva un pantalón con tachuelas que es una pasada.

Parece que nadie se da cuenta de mi cambio de conversación, porque todos la miran y comienzan a comentar:

—Con ese culo y esas piernas, cualquier cosa que se ponga le queda bien, eso no es justo — dice Inma.

—¿Se nos pondrá a nosotras el culo así de redondo y seremos igual de altas dentro de unos años? —pregunta Patricia.

—Cállate, puta —protesta Marta—, Inma y tú ya casi sois así de altas. Yo soy un gnomo de jardín.

—No digas eso, pronto darás el estirón —le digo para consolarla—. Dentro de un mes cumplirás los catorce y verás como...

—¡Fiesta! Tenemos que celebrarlo juntas ese fin de semana.

Siempre hablamos en femenino, Fran ya se ha acostumbrado, igual que a soportar las conversaciones interminables sobre chicos, ropa, maquillajes y demás. A lo mejor es gay, después de todo.

—Si es una fiesta de pijamas, no me apunto. Creo que tus padres no me dejarían —dice el chico.

Todas nos reímos y nos preguntamos qué pasaría si la hiciéramos, aunque rápidamente cambiamos de tema, ya que no somos niñas pequeñas. En ese momento observo a mis amigos y compruebo que todos están mintiendo, sus ojos los delatan. Entonces recuerdo las palabras de mi madre durante una de nuestras conversaciones pasadas: «¿pero qué prisas te han entrado por crecer?... disfruta de los últimos años que te quedan como una niña, que no imaginas cómo los echarás de menos cuando tengas mi edad». A todos nos han brillado los ojos al escuchar lo de la fiesta del pijama, ¡incluso a Fran!, pero rápidamente ha aparecido un velo oscuro que nos ha hecho cambiar de idea y hablar de discotecas, incluso de comprar alcohol. ¿Por qué? ¿Por qué nos ocurre eso? ¿Qué manía con querer ser o aparentar ser más mayor!

Tal vez ser niño sea lo más maravilloso del mundo, solo que no se descubre hasta demasiado tarde.

—Pues yo no tengo ganas de probar el alcohol —digo sin miedo a que me vean como una niña pequeña.

—Es vino tinto con refresco de limón —dice Inma—. A mi madre le encanta. Una vez probé un poco de su vaso sin que se diera cuenta y está buenísimo.

—¿Y si nos emborrachamos? —pregunta Patricia con miedo.

—Vamos, nadie se emborracha con una copa o dos, casi no tiene alcohol.

—No quiero llegar mareada a casa y que mis padres me maten. Bastante tengo con el enfado por haber suspendido seis.

Miramos a Marta, la comprendemos. Ninguno de nosotros quiere emborracharse y acabar vomitando. Mi hermana llegó un día a casa algo mareada, había salido con dos amigas un sábado por la noche, y fue directa y corriendo al baño. La oí vomitar desde el dormitorio. Dijo que le había sentado mal la hamburguesa, no vi muy convencidos a mis padres al escucharlo. Ni siquiera se quitó el maquillaje para dormir, y su aliento apestaba peor que sus pedos cuando come cocido o alcachofas. Casi no pude volver a dormirme. Por la mañana se levantó muy tarde y parecía un zombi. No, no quiero sentirme así.

—Pero somos cinco —Inma sigue tratando de convencernos—, con dos litros de refresco y uno de vino no podemos emborracharnos. Más el hielo.

—¿Tres litros más hielo? ¿Estás loca? Yo no soy capaz de terminar una lata de Fanta. —Es

cierto, Patricia llena su estómago con un puñado de pipas, es como un pajarito.

—Pues me bebo yo tu parte. —La carcajada de Inma nos contagia a todos.

Entonces interviene Fran:

—Si es lo que queréis algunas de vosotras, pues lo hacemos. Que cada uno beba lo que quiera, mucho, poco o nada. El caso es divertirnos, ¿no?

Todas lo apoyamos y los cinco acabamos llamando la atención del resto que está en la cafetería, incluidos los profesores, cuando gritamos y nos damos un abrazo. Sí, es más que posible que Fran sea gay. ¿Y qué más da? A Inma solo parecen gustarle las chicas. Menuda diversidad sexual tenemos en solo cinco personas.



O me he equivocado por completo.

Fran empieza a quedar con Patricia más veces que conmigo, incluso la ayuda a estudiar. Mi amiga, con su pelo rubio cada vez más largo, le dedica todo el tiempo que puede, además de convertirse en su confidente, puesto que ocupaba yo hasta este momento. No, no es justo. Me lo he ganado, soy su compañera, su primera amiga, él entró en el grupo gracias a mí. Estoy celosa durante semanas. ¿Celosa? ¡Por favor! Nada de eso, solo es una leve molestia.

—Qué bien te llevas con Patricia, ¿no? —¿De dónde ha brotado ese tono enfadado? Me siento culpable nada más haberlo dicho. Estamos en la biblioteca, estudiando Matemáticas desde hace veinte minutos, en silencio, pero no puedo soportar más la tensión y las ganas de preguntar.

—¿Patricia? Es un cielo. Me pidió ayuda con varias asignaturas y nos hemos hecho muy amigos.

¡No! Eres mi muy mejor amigo, y eso te impide serlo de ninguna otra. De toda la vida se ha llamado a eso exclusividad. ¿Y por qué te veo ahora más guapo que antes?

—Perdona que te pregunte, no sé por qué... Olvídalo, es una tontería, solo tenía curiosidad.

Fran sonríe sorprendido ¿Por qué?

—Es una chica maja, y es del grupo. Nada más. No pensé que te molestaría que ayudase a otra a...

—No, no me molesta —miento como una bellaca y seguro que se me nota en la cara.

—Si quieres, le diré que no voy a darle más clases.

¿Haría eso por mí? ¿En serio? Pues sí, no vuelvas a quedar jamás con ella.

—No, no, no quiero que... Es mi amiga. Soy una estúpida, no debí decirte... Es que os vi tan amigos, compartiendo cuchicheos.

—Es más habladora en la intimidad que en público, en serio, un diamante por descubrir.

—Me alegro mucho, y además es muy guapa.

—Bueno, en el instituto sois algunas mucho más guapas aún.

Se pone rojo y eso hace destacar sus ojos, además de la timidez que ahora muestra con vergüenza. Desvió la mirada porque siento cosas en mi interior que nunca antes había experimentado. ¿Perdona? ¿De dónde ha salido este rubor que me quema? Me apetece abrazarlo, pero no como amigo...

—Si te ha molestado que te diga eso... —Parece azorado y se disculpa.

—No. Es muy bonito, gracias.

—¿Pensabas que Patricia y yo...?

—No, es que... Bueno, sí, creía que te gustaba.

—No es ella la que me gusta.

Solucionado lo de que fuese gay, ha dicho ella y no él. Y no le gusta Patri, eso es fabuloso; ya lo tengo solo para mí. ¿Egoísta? Mucho, parece mentira que no me conozcas a estas alturas, con meses vividos y ocho capítulos.

—Me gustaría pedirte un favor.

—Lo que desees —me responde.

Y aquí le suelto la bomba:

—Quiero que me ayudes a averiguar quién es la chica que le gusta a Miki. ¿Sabes quién es Mi...?

—Sí, lo sé —me interrumpe a la vez que desvía la mirada.

—Es que eres el chico más inteligente que conozco y, además, puedes hacer preguntas sin levantar sospechas. Te contaré lo que encontré por casualidad bajo la almohada de mi hermana Noelia.

—¿Por casualidad?

—A ver, céntrate.

—Vale, dime.

Le cuento el contenido de la nota que alguna amiga le había escrito a mi hermana. Él escucha serio y en silencio. Luego parece que le cuesta decir que me ayudará a solucionar el acertijo, a descubrir quién es la afortunada. Fran es un cielo, el mejor amigo que se puede tener. Lo abrazo con fuerza y seguimos con las Matemáticas hasta la hora de comer.



El timbre que anuncia el fin del día es igual de odiado por unos que amado por otros. Para mí supone el límite entre ser una chica que dirige su vida y regresar a la realidad, en la que soy la más pequeña de la casa y la que debe ayudar más en las tareas. En el instituto voy a mi aire, nadie me dice lo que debo hacer y soy respetada por mis amigos; en casa... bueno, ya sabes.

Estoy caminando con Marta hacia la cancela cuando veo a mi hermana al fondo, no es habitual que me cruce con ella a diario, porque su clase está una planta más arriba y en la otra ala del edificio, y no suele entrar en la cafetería durante el recreo. ¿Qué hace? Está mirando fijamente hacia la izquierda, hacia la plaza del templete. Marta habla sin parar, como siempre, pero no sé de qué se trata. Sigo la dirección de la mirada de Noelia y observo a una pareja.

¡Miki y Ana!

Es una niña más joven que él, está en segundo, igual que mi hermana. ¿Igual que mi hermana? ¡Es la chica de la que habla el papel! Es guapa, sin duda. Alta, delgada, viste bien, ojos azules y pelo largo moreno.

¡No, por favor!

Están muy cerca el uno del otro, Miki le cuenta algo al oído y ella sonríe como una boba, como lo hacemos todas cuando está junto a nosotras. Marta se ríe de Noelia y yo le indico con la mirada que eso no está bien, luego le susurro que ella también ha estado colada por David. «Noelia es un ogro, pero parece tener su corazoncito, después de todo, seguro que lo está pasando



fatal». Me arrepiento de haberle contado a Marta lo de la carta y lo que había escrito en mis libros, era algo demasiado íntimo incluso para haberlo leído yo.

Noelia no se da cuenta de que la miro, soy invisible para ella. Ahora mismo todo el mundo debe de serlo.

Actúo rápido y corro hasta alcanzar a Fran, que ya iba a mitad de camino de su casa, le pido que tomemos una Coca-Cola en la cafetería donde muchas veces hemos quedado todo el grupo, él sonrío y dice que estará allí puntual. Le doy las gracias y parto a comprar el pan, cuando llego a casa, mi hermana está encerrada en el baño y me parece oír la llorar.

Esa misma tarde en la cafetería Nebraska, a las cinco y cuarto, un vendaval con forma de chica delgada y una melena que casi abulta tanto como su cuerpo, irrumpe entre las mesas y los clientes. Por los altavoces suena Frank Sinatra y, al fondo, donde siempre, espera ante un vaso vacío un tocayo del cantante americano.

—Perdón, perdón, lo siento.

—No pasa nada —me dice con una sonrisa—. Te pido una Coca-Cola.

—No, no hace falta, no quiero nada.

—Es porque no llevas dinero, como siempre.

—También, pero no me apetece mucho.

—Entonces la pido para mí, que ya terminé esta, y la compartimos.

—Vale. Pero me sabe mal, encima de que he llegado tarde otra vez.

—En realidad eres la persona más puntual que he conocido en mi vida; da igual la hora a la que quedemos, tú siempre llegas puntualmente quince minutos tarde, quince exactos.

—Ja, ja, ja. Eso es bueno ¿no?

No responde a mi pregunta, se queda embobado mirándome, lo hace siempre que me río. Eso me incomoda. O no. No sé qué siento en este momento. Cambio de tema rápido, aunque me da la sensación de que no ha sido buena idea, su cara se desfigura al oír mi pregunta:

—¿Has averiguado algo? De Miki, ya sabes... Hace unas horas, al salir de clase, estaba muy cariñoso con Ana, la de segundo. ¡Con Ana! ¿Te lo puedes creer?

—Pues no, no sería mi elección.

—Es guapa, está buena, viste bien...

—Eso no lo es todo.

—Bueno, en fin, que si sabes algo.

Nos llamamos cuando el camarero trae la Coca-Cola, tomamos dos pajitas y así la compartimos, aunque tengo algo de sed y me bebo la mitad de un sorbo.

—Me ha costado varias llamadas, pero algo he podido averiguar. Claro que eso me ha convertido en el gay oficial del instituto. Gracias, por cierto.

—¿Gracias?

—Te lo debo a ti, estoy preguntando por quién le gusta o no al chico guapo del instituto, así que todos piensan que es por interés personal.

—¡Ostras! Lo siento, lo siento de verdad; no había pensado que... —No sé qué más decir, así que tomo su mano por encima de la mesa para hacerle comprender que mis disculpas son sinceras.

—No importa —me acaricia la mano—, me da igual lo que piense la gente. Si estuviera tan pendiente de esas tonterías, vestiría como una estrella del rock y me dejaría el pelo largo; además de pasar de las chicas tras sonreírles.

Nunca había visto a Fran usar el sarcasmo, ¿o era la ironía? ¿Cinismo? ¡Uf!, tendría que

reparar las clases de Literatura.

—¿Es eso lo que piensas de él, de todos ellos?

—¿Pensarlo? No, eso es lo que son. Son fachada, personas vacías, plástico en lugar de carne y huesos. Siempre sonrientes, pasando de todos y de todo. El mundo los venera hoy, pero ellos mañana nos servirán como empleados de hamburgueserías, de gasolineras, repartidores o reponedores. Que disfruten su momento efímero, porque pocos tendrán un hueco en la universidad y en el mundo del éxito real.

—Vaya. —Me siento fatal—. Lamento haberte pedido que... He sido una idiota, no quiero que sigas preguntando. No debí meterte en esto.

—No pasa nada.

—Claro que pasa, ahora todos piensan que eres marica. Y es por mi culpa. Y en vez de enfadarte conmigo, vas y me invitas a un refresco.

—Bueno, yo haría cualquier cosa que tú...

—¡No me lo puedo creer!

La voz de Inma retumbó por todo el local, me giré y allí la vi, junto a Patricia, ambas asombradas al encontrarnos. Se acercaron rápido y tomaron las sillas libres para acompañarnos.

—¡No me lo podía creer cuando os hemos visto a través de la ventana! Muchas gracias, amigos, gracias por avisarnos para que viniéramos también.

No supe qué responder, y lo hizo Fran por mí.

—Me he encontrado a Laura paseando por la calle y le he preguntado si quería una *Coca*, no ha sido algo planeado.

¿Siempre tenía que venir al rescate? Yo no lo merecía, todo lo contrario, lo trataba casi como un esclavo, le pedía clases particulares, ayuda con Miki, compañía cuando no estaban las chicas. Y él siempre estaba allí.

Siempre.

—Ya me dijo tu madre que habías salido a dar un paseo cuando te he llamado por teléfono hace un rato.

Menos mal que no le dije a mi madre que iba a una cafetería. Fran había mentido por mí y lo habrían descubierto. Cambié de conversación en ese momento:

—¿No habéis buscado a Marta?

—No, es una borde, que se joda.

—¡Inma!

—Es la verdad, no voy a pedir perdón por decir lo que pienso ¿verdad, Patri? ¿Patri?

—Sí, claro, es verdad.

¿Será capaz de pensar Patricia algún día por sí misma? Si esa chica tuviera dos neuronas más, sería la primera chica de primero en la historia del instituto en ingresar en los Imposibles. Bueno, a algunos chicos le gustan las niñas tontas; así que no le faltarán opciones... ¡Oh, Dios, estoy pensando con la superficialidad que desprenden ellos! No, Patri es una niña encantadora, no se merece un golfo que la trate mal. Nadie lo merece, pero ella menos. Una cosa es que también esté colada por Miki y otra que eso la convierta en mala persona. No lo es, en absoluto, y se merece como nadie conseguir cumplir sus sueños.

Otra cosa es lograrlos. Supongo que solo unos pocos afortunados pueden sonreírle al espejo cuando consiguen alcanzar sus metas. Todos desean fortuna, dinero, éxito, amor... Pero parece destinado a un número muy reducido. Quizás sea eso lo que la vida me ha enseñado este año, cuando ya empiezo a preocuparme de cosas que antes incluso desconocía. Hay que luchar, luchar a diario y trabajar para no ser de los que luego se lamentan el resto de sus vidas...

—¿En qué piensas? —El susurro de Patricia, sentada a mi izquierda, me saca de los pensamientos.

—Pensaba que eres una buena amiga y una niña increíble, además de la más guapa del grupo.

¿Eso lo he dicho yo? Ahora todos me miran con la boca abierta. Patri me abraza en un arrebato e Inma rompe a reír ante los demás clientes del local, que vuelven a mirarla con mala cara. Fran hace un gesto y el camarero se acerca, pedimos dos refrescos más y seguimos con una conversación que no puede estar más alejada de la que manteníamos mi amigo y yo antes de ser interrumpidos.

—¿Sabéis que a Patri le ha llegado el periodo en clase y la muy tonta llevaba pantalón blanco?

—¡Cállate! ¿Por qué lo has dicho?

—Pero si te ha visto toda la clase con la mancha del tomate. Ja, ja, ja.

—Eso no tiene gracia —le digo a Inma.

—¿Cómo que no? Patri se ha puesto más roja que su pantalón.

—Eso nos puede pasar a cualquiera.

—Yo nunca me pondría un pantalón blanco cuando está a punto de venirme eso.

Fran parece apartado varios metros de nosotras sin siquiera haberse movido. Es increíble, y lo aprecio ahora por primera vez, que se pueda encontrar a gusto entre conversaciones que cada vez son más absurdas, aññadas y que lo excluyen de un modo injusto. Pero él sabe estar y lo lleva de una forma que admiro. Me mira un instante, lo suficiente como para decirme tantas cosas: «Luego seguimos hablando, aunque sea por teléfono», «no estoy enfadado contigo por pedirme el favor» y «haría cualquier cosa que me pidieras».

Doy un chasquido de boca, todo queda congelado en el aire. Todo menos las lágrimas que brotan sin haberlas llamado. Lloro. Lloro durante un tiempo que no puedo calcular. Soy una niña estúpida y caprichosa, aunque me las dé de madura. Mis pensamientos hacia Miki no difieren de las tonterías que ahora dice Inma. Y me siento culpable como nunca por haber metido a Fran en un tema personal que ha acabado por afectarle.

Antes de volver a activar el tiempo, me levanto y doy la vuelta a la mesa, abrazo el cuerpo inmóvil de mi amigo con todas mis fuerzas y lo beso en la mejilla, me parece ver un gesto triste en su cara.

Cuando todo vuelve a la normalidad, Fran se estremece y toca sus costillas, yo disimulo y miro a Patricia.

—Chicas, bajad un poco el volumen, los demás clientes se quejan. —El camarero no espera una respuesta, se marcha tras darnos el toque de atención.

Inma se tapa la boca con las dos manos para aguantar la carcajada. Patricia se sonroja y baja la mirada a la mesa. Fran tiene una expresión en la cara de «¿qué ha pasado?». Y yo trato de disimular como puedo.

Son casi las nueve de la noche cuando abandonamos la cafetería, nos duele a todos la barriga de tanto reír. Prometemos repetirlo cada semana y partimos hacia casa. Al llegar, le digo a mi madre que no tengo hambre, que comeré un yogur y fruta. En el dormitorio está mi hermana leyendo una revista, con los ojos muy hinchados. No le digo nada, me pongo el pijama y me voy al salón con el diario entre las manos.

«Miki-Fran, Fran-Miki. ¡Qué diferentes son! Y a la vez han entrado en mí de una forma que los ha convertido en imprescindibles, en los que ocupan todos mis pensamientos. Ojalá sepa valorar a Fran como merece y conquistar a Miki... que no se queden en la caja bajo mi cama como la Barbie Top Model de mi hermana...».

## Capítulo 9

### Pelea pelea

El frío no ha querido abandonar la ciudad durante el mes de enero, así que febrero nos ha sorprendido aún con la misma indumentaria: gorro de lana, guantes y abrigo. Ya nadie recuerda las navidades ni los exámenes del primer trimestre, porque todo lo monopoliza el miedo a los que tenemos a la vuelta de la esquina: los de Semana Santa. La tensión se vive principalmente en aquellos, como Marta, que arrastran asignaturas suspendidas, y poco a poco las conversaciones en los pasillos y la cafetería se destinan a preguntar sobre lo que ocurrirá si los resultados no son los esperados por sus padres.

—Menudo verano me espera como no remonte. Veo que no me dejarán invitarte a la playa y me tendrán encerrada para que apruebe algunas en septiembre.

¡No fastidies! Bueno, creo que me apena más ella y su castigo que no poder ir a la playa, creo.

—Pero Fran te está ayudando cada semana.

—Tampoco te creas que sirve de mucho.

—Me ha dicho que no te concentras, que te pasas todo el rato hablando de chicos y de cotilleos de compañeros de clase.

—Es que me cuesta mucho concentrarme, no es mi culpa.

—Claro, debe ser de Fran —susurro mientras tomo la manzana verde que he llevado por si tenía apetito. La sostengo en alto por el tallo con una mano y comienzo a girarla despacio con la otra, contando las vueltas. Marta me mira y sonrío.

—Siempre haces eso con las manzanas, ¿es una manía o superstición?

—No, es una tontería que se hace en Alemania, Italia y otros países.

—¿Una tontería?

—Sí, le das vueltas hasta que el tallo se rompe. —Y precisamente se rompe el mío en ese momento—. ¿Ves? Han sido cuatro vueltas, así que hay un chico que empieza por la cuarta letra del abecedario, la D, que está pensando en mí ahora.

—¿Daniel? ¿David? ¡No, David no!

—¿Por qué no?

—¡Vete a la mierda!

—Venga, no te enfades, solo es un juego estúpido para niñas pequeñas.

—Olvida el tema y cómete la manzana. Todo me sale mal, no apruebo ni una y seguro que en lo de la manzana nunca me sale la D.

Así es Marta, dejará el frutero de su cocina, al llegar a casa, sin un solo tallo de manzana. Seguro que me llama gritando de alegría si logra que alguno se rompa en la cuarta vuelta. Ni siquiera sé por qué sigo haciéndolo, ya que es lógico que nunca se romperá en la primera vuelta ni tampoco en letras como V de Víctor, R de Ramón, S de Sergio, o incluso M de Miki. Pues sí, es un juego absurdo.

—Olvídate de las manzanas y asimila que, si no aprendes cuando estudias sola y también desperdicias las clases de Fran, te veo enclaustrada en la playa, viendo el mar y la piscina desde la ventana. Tú verás.

—Qué mierda, debí de haberme apuntado a un curso de Formación Profesional.

—No digas eso, tu padre siempre ha querido que seas maestra, así que Magisterio te espera en la universidad.

—Pues terminaré la carrera a los cuarenta.

La previsión de Marta es más que optimista, así pensarían Inma y también el resto de amigas que la conocemos. Una hora más tarde llega el recreo y vamos a la cafetería, allí pedimos unos dulces, nuestras amigas ya esperan sobre la mesa. No sé cómo lo hacen, pero Patri e Inma llegan las primeras cada día para reservar el sitio tan cotizado, especialmente con el frío que hace insufrible estar la media hora en el vestíbulo o en la pista de atletismo.

¿Patricia viste cada vez mejor o es que está creciendo y llena la ropa de un modo alucinante? Llevamos semanas viendo cómo cada vez más chicos la miran, ya hay dos que le han pedido salir, claro que los pobres no llegaban al listón que se ha puesto ella. Hace bien. Si no te valoras tú misma...

—¿Dónde está Fran? ¿No viene con vosotras? —pregunta Inma.

—Dijo que no lo esperásemos, iba al baño.

—Tendrá un apretón.

—¡Qué bestia eres, Marta!

—Es verdad, si fuera pipí nos habría dicho que lo esperásemos.

Todas nos reímos, aunque yo me siento algo culpable por hacerlo. Pobre chico, menuda suerte le ha tocado con nosotras.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa ahí fuera?

Inma corre hacia la puerta de la cafetería junto a casi todos los que estaban a nuestro lado. Los desgarradores gritos del exterior nos paralizan. Patri, Marta y yo salimos detrás, abriéndonos paso a empujones. ¿Qué es lo que pasa? Tras dejar atrás la enorme espalda de un chico, me veo metida en el centro de una pelea. Y créeme, lo que conocía como una pelea entre dos chicos en el colegio o el barrio no es nada comparado con lo que tengo a centímetros de la cara. Uno de ellos tiene la nariz rota y sangra, el otro sigue dándole puñetazos sin parar a pesar de los gritos de muchas chicas y las voces de sus compañeros para que deje de pegarle. Nadie interviene, solo miran. Estoy paralizada por el miedo, los golpes pasan tan cerca que mueven mi pelo y me hacen gritar. Tan asustada que no puedo chasquear la boca para que todo termine y salir corriendo de allí, no importa a donde.

Veo a Fran correr y empujar a quienes se interponen, me mira y va a pasar entre aquellos dos bestias para venir a protegerme, no hace falta que lo diga para que yo lo sepa por su mirada alarmada. No quiero que le hagan daño, todo lo malo le ocurre siempre por mi culpa. Quiero gritarle que se quede allí. El tiempo no puede ir más despacio, lo veo todo como una película a cámara lenta, muy lenta. Muy muy lenta.

Docenas de idiotas sonrían y gritan «¡pelea, pelea!» en lugar de separarlos.

Cuando uno de los bestias parece que va a chocar contra mí, y comienzo a ver mi corta y aburrida vida pasar en una fracción de segundo por mi memoria, aparece desde detrás un brazo que lo derriba de un golpe, el otro brazo me ha rodeado el pecho y la cintura, aferrándose con mucha fuerza. Me levanta del suelo. Soy una marioneta de papel en el aire. Ni quiero ni podría ofrecer resistencia. Estoy al borde del desmayo. Quien esté detrás de mí me ha levantado como si nada y me saca entre la gente. Los compañeros que no pueden apartarse acaban siendo arrollados o pisoteados. Llego a las pistas de atletismo en mucho menos tiempo de lo que hubiera tardado yo corriendo y sin nadie que me obstaculizase. Mi salvador me deposita en el suelo con cuidado y afloja la presión de sus manos sobre mi cuerpo. Silencio y soledad alrededor.

Entonces llega el susurro:

—Espero no haberte hecho daño.

¿Es cuando despierto? Suele ser así cada mañana. Cada vez que he soñado con él, con sus susurros, caricias, besos; ahora es un salvamento como los que he visto en las películas románticas. ¿Me despertaré ya o cuando me haya besado? Me giro y lo veo sonriente, como nunca olvidaré. Más aún tras haberme sacado del peligro. Sabe lo que provoca su sola presencia, ya no digamos cuando te dedica una mirada y una sonrisa de esas.

Me quedo muda, como siempre. Pensará que soy idiota, pero no sé qué hacer para evitarlo.

—Qué locura, ¿no? Esos tíos están locos.

—Podías haberlos separado. —¿He dicho yo eso?

—¿Separarlos? Bueno, son mayorcitos, si se quieren pegar...

—Le han roto la nariz a uno. Y no te hubiera costado nada, derribaste de un empujón con un solo brazo al que daba los golpes.

—Es que estaba a punto de hacerte daño, no se lo iba a permitir. Además, no debió tontear con la novia del otro.

—¿Eso es lo que ha pasado?

—No lo sé, supongo. Casi siempre es por algo así.

—Los chicos estáis locos.

—¿Nosotros? —Me mira sorprendido y llevándose las manos al pecho—. ¿Y vosotras? El año pasado, durante la fiesta de fin de curso, dos chicas se pegaron por Noé y acabaron arrancándose mechones de pelo, pero mechones de este tamaño. —Tomó un grueso mechón de su cabello para mostrármelo—. Y arañazos y puñetazos como no imaginas, sin que sus amigas hicieran nada por separarlas.

No sé qué decir.

—¿Sigues asustada? Ven aquí.

Me abraza y el mundo se detiene. No, no he chasqueado la boca, pero aun así se detiene. Siento su corazón latiendo muy fuerte y rápido, sus manos abrazando mi espalda, con una de ellas acaricia mi pelo despacio. Luego llegan los susurros y siento que voy a desfallecer, las piernas no me sostienen.

—Ya, ya pasó, mi niña. No te asustes, no dejaré que te hagan daño.

¿Esto está sucediendo de verdad? ¿Mi mente está desarrollando otra habilidad? Tal vez en esta ocasión sea la de montarme películas en plan príncipes Disney que vienen a salvarme y declararme su amor infinito.

Yo también te amo. ¡Mierda, espero no haber dicho eso en voz alta! Espero unos segundos en silencio, él no dice nada. Bien, no lo he dicho en voz alta.

—Gracias por sacarme de allí, estaba muy asustada.

No responde, solo sigue acariciando mi pelo y espalda. Por mí como si se queda aquí hasta el fin de los días. ¡Qué bien huele! Me gustaría preguntarle por su colonia o perfume, lo compraré y se lo rociaré a mi peluche favorito para dormir abrazado a él cada noche.

No veo la hora de escribir esto en el diario.



Una lección más para la vida: todo lo que rápido llega, rápido se va. Yo la aprendí hace un rato.

Miki me soltó tras unos cinco minutos, años para mí, y me acompañó al vestíbulo, donde había terminado todo. Solo unas manchas de sangre quedaron como testigos de lo sucedido, hasta que el conserje las borró con su fregona. La policía llegó y se extendió rápido el rumor de que los dos chicos estarían expulsados durante un mes.

Y a pesar de todo lo vivido: la pelea, el miedo, el salvamento, la tensión con Miki... Lo que más me sorprende, con diferencia, es lo rápido que todos lo han olvidado. Una clase después el instituto ha vuelto a la normalidad y por los pasillos solo se habla de los exámenes, salir el fin de semana y otras cosas que no me parecen tan importantes.

¿Es verdad que se pegaron por una chica? ¿Es eso lógico y habitual? ¿Merece la pena romperse la nariz u otros huesos porque la novia de uno haya hablado con otro? No importa si el de la nariz rota era el novio o el otro, el caso es que me parece de idiotas.

Y seguiría pensando en eso durante días si no fuese porque oigo a dos chicas cuchichear cuando salgo del baño y tengo que darme la vuelta, incrédula, para casi pegarles un puñetazo. Sí, como has oído.

—¿Qué coño has dicho de Fran?

Las dos son más grandes que yo, pero eso no me importa. Una furia en mi interior me domina y me vuelve agresiva como no lo he estado nunca, ni siquiera contra Noelia.

—Mira, la mejor amiga del marica.

—¿Marica? Marica tu padre, zorra.

—Te parto la cara, enana.

Me preparo para lo que sea, agarrarla del pelo y tirar con fuerza, arañarla, darle una bofetada, lo que pueda cuando la tenga encima, pero un brazo grueso y peludo aparece por detrás de ella, la agarra del cuello y la zarandea como si fuera un oso de peluche. ¡Es Inma! La otra chica sale corriendo como si huyera de un incendio.

—Venga, idiota, largo de aquí. —Inma sonríe, tiene la fuerza de un chico de tercero, le da un cachete en la cara, pero suena como si le hubiera roto cuatro dientes. La chica trata de no caerse al suelo, comienza a llorar y también desaparece corriendo por el final del pasillo. Ahora hay un corro a mi alrededor como lo había en torno a los dos chicos que se peleaban en el vestíbulo media hora antes.

—Gracias —digo con timidez.

—¿Pero qué pasa hoy? Todo el mundo se pelea y nadie quiere hacerlo conmigo.

—Es que eres muy bestia, Inma.

—¿Yo? Si soy un trozo de pan.

—Pues a esa le has dejado el moflete ardiendo.

—Naaaa, solo una caricia. ¿Qué te han dicho? ¿Por qué querían pegarte?

—Empecé yo.

—¡No jodas! —Eso lo dijo Marta, que apareció a mi espalda.

—Luego os lo cuento, pero se metieron con uno de nosotros.

—¿Uno? Vaya, ya te has enterado.

—¿Qué dices? ¿De qué me tengo que enterar?

—Es que Fran ha ido preguntando por Miki. Que si quién le gusta, que si con quién se enrolla y esas cosas. Así que ya todos saben que es marica.

Entonces sí que se para el mundo para mí, pero de una forma angustiada que nunca antes había vivido. No, no puede estar pasando esto. Siento que el aire no llega a mis pulmones, necesito

sentarme. Inma me coge rápido entre sus brazos antes de que me caiga al suelo y me lleva a un banco, en ese momento llega la profesora de música.

—¿Qué pasa?

—No se encuentra bien —dice Marta.

—Llévala fuera para que respire, o a la enfermería. ¿Estás bien, Keller?

—Asiento con la cabeza, pero no consigo mirarla; ni siquiera sé si he asentido justo tras la pregunta o un rato después.

—Llevala fuera y quedaos con ella. Quizás necesite azúcar, o tal vez sea una bajada de tensión. ¿Tienes anemia?

No logro negarlo, solo puedo pensar en lo que estará sufriendo —viviendo— Fran por mi culpa, en lo que será su vida a partir de ahora. Algo tan valioso para todos allí, lo máximo, su imagen pública arrastrada en una mentira por mi culpa. Por mi culpa.

No sé cómo, pero me veo en el vestíbulo; está vacío y Marta habla sin parar a mi lado. Estamos ambas sentadas en el escalón de una puerta del gimnasio que nunca se abre, justo el lugar donde se ponen los Imposibles.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tía, te estaba hablando, ¿no me has escuchado?

No respondo, me da igual lo que me estuviera contando, quiero hablar con Fran, quiero hacerlo ahora, aunque esté en clase. Y ni siquiera sé aún cómo disculparme por mi caprichoso egoísmo.

—Marta, eso da igual, sea lo que sea. Están diciendo que Fran es marica.

—Es que lo es.

—No, no lo es, te lo aseguro. La culpa es mía.

—¿Qué dices?

—Yo le pedí que preguntase por Miki y por quién es la chica que le gusta.

—¿Y por qué...? ¡Joder, no fastidies, estás colada por él! —Se levantó del escalón como por un resorte—. Pero tía, cacho perra, no me lo habías dicho.

—Venga, Marta, si eres el telediario del instituto, además de la amiga y confidente de Miki. No se te puede contar un secreto.

—¡Aaaah! —Las manos al pecho, la boca y los ojos abiertos de par en par, no puede ser más teatral—. No me puedo creer que digas eso de mí, de tu mejor amiga. Qué fuerte me parece esto...

—Venga, no me hagas hablar.

—Bueeeeno, es cierto que a veces se me escapa alguna confidencia o que no guardo un secreto más tiempo del que debiera, pero tía, eres mi mejor amiga. Los amores de chicos hay que contarlos.

—Pues ya ves que le pedí un favor a Fran y ahora todos piensan que... No sabes cómo me siento. Soy una miserable.

—Tú no te agobies, entre todas lo ayudaremos, podemos decir que no es marica a todos, y ya has visto que Inma le partirá la cara a quien haga una broma.

—No, esto es cosa mía.

—Pero somos una piña, lo que te pasa a ti o le pasa a Fran nos afecta a todos.

—Esta vez no, solo cosa mía. No hagáis nada, por favor. Tenéis que prometérmelo todas.

—¿Tienes pensado algo?

—Sí.





Una reputación por otra, eso es lo justo, y pago sin pensarlo ni dudarlo un solo segundo. Él se merece eso y más.

Acabo de ir al baño entre miradas y cuchicheos, eso se repetirá hasta que tengan otra cosa nueva o mejor de la que hablar. Así funciona un instituto. Mi hermana seguro que se lo está pasando de lujo con todo esto, pero tampoco es algo que me quite el sueño.

Decir que yo estaba colada por Fran, y que lo había visto enrollarse con varias chicas, se había extendido solo un poco, pero ayudó muchísimo que Patricia, pasando olímpicamente de mi consejo, dijera que ella había salido con él durante dos semanas y que era el chico que mejor besaba con diferencia, además de haberle metido mano como un loco. Los del grupo sabíamos que era mentira, pero al resto no le importó, era algo jugoso que contar y se extendió como la pólvora. Más aún porque Patricia gustaba cada vez más y eso allí parece como una norma no escrita, una que se cumple a rajatabla: cualquier cosa que diga un tío o una tía buena, es verdad siempre.

Ahora yo soy una colgada de un supuesto gay y Patricia una facilona, pero nadie habla de la homosexualidad de Fran, que es lo que importa. Nuestro amigo está pasando al olvido y nosotras lo haremos en pocas semanas.

—Estáis locas.

No, en realidad estamos en la cafetería Nebraska otra vez, a pesar de las caras de circunstancia que nos dedican los camareros cada vez que pasamos por allí. Tratamos de controlarnos con los gritos, lo juro, pero no siempre se puede lograr. Esta vez está Marta también, en el extremo más opuesto de Inma, claro.

—Tú haces más por nosotras, Fran.

—Eres parte de la piña, todas estamos contigo —dice Patricia.

—Eres un cielo, soportar que hablen de ti de esa forma por mi culpa...

Patri se ríe.

—Pero si ahora me piden más chicos salir que antes, yo estoy encantada.

Todos disfrutan del momento menos yo, ya que es culpa mía, no de Fran ni de Patri. Solo mía. Creo que se me nota en la cara, porque mi amigo viene rápido al rescate, como siempre.

—Toma, bebe de mi Coca-Cola. —Pero su sonrisa condescendiente dice «no pasa nada, no me importa lo que digan de mí, me importa más que hablen mal de ti».

Tengo muchas ganas de llorar. Muchas.

Tardo casi una hora en volver a chasquear la boca para recuperar el tiempo, seguro que ahora ellos notan mis ojos rojos e hinchados. Menos mal que no me maquillo nunca, o todo el *rimmel* estaría corrido, además del colorete.

La conversación, como era de esperar, y de costumbre, deriva a chicos, risas, fiesta y otras tonterías superficiales. Me alegro de ver sonreír a Patri, jamás volveré a tener celos de ella, aunque consiga salir con Miki, se lo merecerá por su corazón y su físico, cada vez más bonitos. Y más aún por ver reír a Fran. Tengo unos amigos maravillosos, incluso cuando se pelean Inma y Marta, como sucede al cabo de unas horas y acaban echándonos amablemente de la cafetería. Lo de siempre.



—Mamá, ¿duele mucho un parto?

Casi le da un ataque al corazón. Está haciendo la cena y tiene que sentarse con un temblor de piernas que percibo hasta yo, cortando patatas a su lado.

—¡No me asustes, por Dios!

—¡Mamá! ¿Cómo iba a estar embarazada? Si aún soy... ya sabes, que nunca he estado con un chico.

—Hija, me vas a matar con estas preguntas que haces así como quien no quiere la cosa.

—Es que se me ha ocurrido.

—Pues que se te ocurran otras cosas, ¿no?

—Me gusta un chico.

No sé cómo lo he dicho, pero lo he dicho. Mi madre me mira en silencio, durante más tiempo de lo que yo habría esperado, parece intentar leer mi mente.

—¿No estarás pensando en dejarle que...?

—¡No! Solo quería compartirlo contigo.

—Vale. Es que ya me espero cualquier cosa.

—Es un chico mayor, tiene dieciséis, pero no me hace ni caso.

—Bueno, eso es normal, le gustarán las chicas de su edad.

—¿Por qué es normal? A mí me gustaría que estuviera colgado por mí.

—Pues hija, lo que pasa es que no siempre se tiene lo que se desea.

—Pero tú y papá nos habéis dicho desde pequeñas que se puede conseguir todo lo que se persigue si se pone empeño y trabajo duro. Que luchando se puede lograr todo.

Mi madre inclina la cabeza un poco a la vez que me mira con una sonrisa que no presagia nada bueno.

—Mi niña, los padres tenemos que educaros y criaros fuertes, y por eso os decimos esas cosas cuando sois niñas. Ya veo que te estás convirtiendo en una mujer, y tengo que explicarte que muchas veces no podemos conseguir lo que queremos solo por desearlo, ni siquiera luchando por ello. Ya has visto que te han suspendido en Educación Física.

—Sí, lo sé. ¿Qué tiene eso que ver?

—Pues que tarde o temprano llega el día en que el chico que te gusta no siente lo mismo por ti. Luego llegará el acceso a la universidad y no siempre pasarás de curso por esforzarte al máximo. Ni te contratarán en todas las entrevistas de trabajo que hagas. La vida no es tan fácil como os la pintamos los padres cuando sois pequeños. Tienes que aprender a vivir con la palabra no. Tendrás rechazos que te dolerán a lo largo de tu vida, a lo mejor más de lo que piensas, pero eso te hará más fuerte. Aprenderás.

Pienso en Noelia, ahora dándose una ducha en el baño, y llego a la conclusión de que todos no saben reponerse de la misma forma, si es que logran hacerlo al final. ¿Miki marcará mi vida para siempre? ¿Actuaré de una forma u otra en el futuro, a la edad de mi madre por ejemplo, por culpa del rechazo o aceptación de Miki? No, no quiero que eso pase. Quiero ser la dueña de mis decisiones, de mi futuro.

—¿Seré diferente si el chico me acepta o me rechaza?

—Cariño, eso depende de lo fuerte que seas ahora.

¿Qué significa eso?

—Yo le quiero.

—Lo sé, no me lo contarías si solo fuera un chico guapo más.

—Pero es que a las demás del instituto también, incluida Noelia.

—¡Ay! ¿Miki?

—¿Lo conoces?

—Hija mía, a ese chico habría que encerrarlo para que nadie lo viera. ¿Sabes cuántas conversaciones en esta cocina he mantenido con tu hermana por su culpa?

¡Ostras! Aquello sería una repetición para mi madre de una conversación cualquiera con mi hermana unos meses o un año antes, algo que a mí no me ayudaría. Me deshice de ella en cuanto oí que el calentador dejaba de funcionar. Pronto Noelia saldría del baño y sería mi turno. Una ducha tal vez despejase mis dudas.

O tal vez no.

El espejo del baño me muestra la imagen de una niña pequeña desnuda. No habría una definición mejor ante lo que veo: pechos diminutos, cadera inexistente, culo plano... Menuda mierda. Me paso las manos por la piel, acariciándome despacio, quizás sienta algún efecto mágico, producto de la pubertad, trabajando bajo la misma piel para hacer que la mariposa surja.

Nada, una canija oruga para el resto de la eternidad. ¡Qué asco de vida!

Entro bajo el agua caliente y la gradúo para no achicharrarme, estaría preciosa con mi minicuerpo rojo al día siguiente. Sin forma, tan delgada y roja...: una chistorra.

Tienes que hacer algo, Laura, buscar ropa que te potencie lo poco que tienes. Quizás hablando con Patri. Por Dios, el año pasado era igual que yo y ahora parece una modelo, menudas tetas y culo. ¿Será papel higiénico? Imposible, gastaría más de un rollo al día. Sí, tengo que hablar con ella, porque la alternativa es prepararme para que solo quieran salir conmigo los de primero, pero cuando esté en tercero o COU.

Y no le hagas más preguntas a mamá, que un día la vas a matar. ¿Desde cuándo se me ocurren esas tonterías cuando estoy a solas con ella? Jo, es verdad, desde muy pequeña. Cuando le pregunté si los Reyes Magos también tenían pito, se atragantó con una magdalena, veíamos la cabalgata por la tele mientras merendábamos.

Salgo de la ducha y me envuelvo en la toalla, me seco rápido y dejo la toalla en el suelo para coger las bragas. Otra vez me veo en el espejo, aunque con algo de vaho. No, no han crecido las tetas por el efecto del agua caliente. Hoy tampoco voy a tener suerte.

—¿Qué haces hablando sola? ¡Termina de una vez, bicho raro, que me estoy meando!

Los gritos y los golpes en la puerta son de Noelia, toda amabilidad. ¡Ostras, pues me queda una barbaridad, aún no me vestí ni sequé el pelo ni recogí el baño!

Noelia no oye ninguna respuesta, solo ve cómo se abre la puerta y ya está todo hecho, tal cual, en menos de un segundo. Usar el poder de los chasquidos tiene sus ventajas. Y ahora tengo tiempo para repasar antes de ayudar a mamá con la cena.

Tiempo, una palabra que comienza a ser más valiosa a medida que pasan los días, los meses. No solo por la capacidad de pararlo a mi antojo, sino porque avanza igual de deprisa para mí que para el resto, aunque yo jamás antes lo había percibido de esa forma. Cuando menos me lo espere, el curso habrá acabado y, a pesar de todas las emociones, experiencias y locuras que han llegado desde septiembre, el año habrá pasado tan rápido que casi me produce vértigo.

Mi madre, en alguna que otra reunión con amigos o familiares, ha comentado que cada vez los años pasan más rápido para ella, que casi piensa que ayer tenía diez años menos. Nunca he comprendido ese pensamiento o razonamiento hasta hoy. ¿Es esta la mejor etapa que viviré? ¿Llegarán otras igual o más mágicas? ¿Estoy aprovechando como es debido el tiempo actual?

Mi madre me llama desde la cocina, le grito que voy a ayudarla y me prometo a mí misma que no volveré a hacerle preguntas que la pobre no pueda responder, o le den pánico. Al menos lo intentaré.

Sí, mejor prometo que lo intentaré.

Esa noche solo escribo en el diario que las peleas son lo peor del mundo, aunque una de ellas me haya dado el momento más mágico de mi vida; que las habladurías y rumores son más dañinos que una enfermedad con fiebre, y duran también mucho más, a pesar de lo mucho que nos ha unido a los del grupo el rumor sobre Fran; y que el tiempo es algo que debo valorar, sobre todo para apreciar lo bueno que sucede a mi alrededor y que antes no era capaz de ver.

Me acuesto con el recuerdo de un sonido aterrador aún en la mente, el de esos idiotas gritando en el vestíbulo del instituto: ¡pelea, pelea!

¡Pelea, pelea...!

# Capítulo 10

## Física y Química

Si fuese más alta, podría ver a través de las ventanas de mi izquierda cómo los chicos de 3º A hacen Educación Física en la pista de atletismo, así vería a Miki en chándal. Bueno, creo que mejor espero a mayo y junio, con pantalón corto y camiseta de tirantes será más emocionante. Estoy en la segunda clase de la mañana, Física y Química, con el hueso de Carmen, el prototipo de mujer que ninguna queremos ser en el futuro, igual de amargada por dentro que por fuera; no en vano la llamamos todos la Tiesa. Hoy ha decidido, porque sí, quizás no haya dormido bien esta noche, que sería divertido hacer una pequeña prueba sorpresa.

Los libros bajo la mesa o en la mochila, escritorios despejados, salvo por un folio y un bolígrafo o lápiz. Cinco fórmulas químicas cuyo enunciado está escribiendo ella ahora en la pizarra y que nosotros tendremos que desarrollar en el folio. Estoy escribiendo mi nombre y apellidos en el encabezado cuando siento la tos de Marta. La oímos todos en la clase, puede que también en la clase de al lado.

—Parece que alguien busca un caramelo de menta, o quizás un suspenso —dice la profesora con su habitual tono nasal y arrastrando las palabras como si le costara un esfuerzo considerable hablar.

Miro a mi amiga de reojo y veo sus súplicas en la cara. ¿Qué espera que haga yo? No quiero que me suspendan el trimestre por una prueba que solo valdrá un punto en la nota final. ¿Pero esta chica no piensa estudiar nunca? Me consta que Fran la ha ayudado en esta asignatura en las semanas anteriores. Podría parar el tiempo y escribirle las fórmulas en el folio, pero Marta gritaría de susto o de alegría en cuanto activase el tiempo y viera las cinco fórmulas escritas por arte de magia. Lo que no puedo hacer es mostrarle mi folio durante unos minutos para que lo copie y arriesgarme a que me pillen.

Maldita sea, ¿quién me iba a decir esa mañana al despertar que me jugaría ir de vacaciones a la playa con Marta y Miki en una estúpida prueba de una profesora que habría olvidado su cuaderno y no sabría por dónde seguir las clases? Y no era la primera vez.

Marta, voy a asesinarte, te lo juro.

Todos en silencio, y tras la orden de la Tiesa, comenzamos a escribir sobre el folio. Parece fácil:

Peróxido de hidrógeno:  $\text{H}_2\text{O}_2$

Etano:  $\text{C}_2\text{H}_5\text{OH}$

Óxido de rubidio:  $\text{Rb}_2\text{O}$

Una algo más compleja: Nitrato de cobre:  $\text{Cu}(\text{NO}_3)_2$

Y una la leche de difícil: Acetato de metilo:  $\text{C}_4\text{H}_8\text{O}_2$

Creo que lo tengo todo bien, aunque el remordimiento por mi amiga me agobia, es como si sintiese su mirada de gatito abandonado taladrándome la nuca. Dentro de poco comenzaré a pensar que la mirada, con la desesperación del fin de la hora final para entregar los folios, se convierte en ira y enfado. «¡No vendrás jamás a la playa, mala amiga!» me gritará luego, cuando la *profe* se haya marchado. Y yo lloraré por mi desgracia. Claro que quedan muchos meses y a Marta le duran

los enfados unos diez o doce minutos. ¿Quién sabe? Tal vez no se enfade tanto, claro que eso no evitará que ella suspenda una de varias asignaturas y sus padres la castiguen en verano, como han prometido. ¡Mierda!

¡Uf!, esta vez hablamos de un punto menos, lo que implica que tendrá que sacar un seis para aprobar la asignatura. Ni de lejos sacará esa nota.

¿Qué hago? ¿Qué harías tú? Ya, es muy fácil mandarla a hacer puñetas cuando no tienes que soportarla luego, ni tienes la posibilidad de ir a la playa. ¿Te he dicho lo mucho que quiero ir? Sería mi mejor verano. Incluso te lo narraría al detalle en el próximo libro de la saga. Ahí lo dejo...

—Id terminando, os quedan diez minutos.

Eso, encima presión.

Marta se aclara la garganta con un carraspeo que me llega al alma. Vale, venga, chasquido y me acerco.

¿Pero qué es esto? ¡Madre mía! Ha intentado resolver las fórmulas y no ha dado ni con una letra. En serio, no hay una sola letra bien en ninguna fórmula. ¿Pero qué hace esta mujer cuando estudia o cuando le da clases Fran? Seguro que piensa nada más que en chicos, los últimos días no paraba de hablar de los actores de *Sensación de Vivir*. Cada poco tiempo vuelve a lo mismo, así tiene sus libros llenos de *Brandon* y *David* por todas partes. La tía es tan ansiosa que ni siquiera se decide por un protagonista.

Por suerte ha usado un lápiz, borro sus fórmulas y las escribo correctamente encima, se nota algo chapucero porque la muy bestia ha apretado mucho el lápiz y no se borra del todo. Pero dará el pego. Eso espero.

Chasqueo de nuevo.

Paso diez minutos sintiendo cuchillos y puñales en mi nuca. Seguro que está odiándome y lanzando conjuros contra mí, que se me caiga el pelo, o que le peguen un chicle y tenga que raparme; que me quede tuerta o se me pongan los dientes negros. Es lo que siempre me dice cuando se enfada conmigo. Lo que no sabe es que tendrá un punto extra en la nota final, en lugar de uno menos, gracias a mí.

Entregamos los folios y la profesora manda callar para revisarlos. Lo hace tan rápido que nos asombramos de la velocidad a la que va poniendo la puntuación sobre cada uno con su rotulador rojo. Durante un instante, sonrío; nunca antes la habíamos visto sonreír y todos los alumnos, puedo apostar por ello, nos sobrecogemos. Seguro que un escalofrío ha recorrido la espalda de ellos o han intentado tragar saliva sin poder hacerlo, como me ha pasado a mí.

Termina y se pone en pie, en silencio, tiene un examen en las manos. No, por favor, no...

—Heredia, venga aquí.

La muy lerda de Marta ni se ha dado cuenta de que sus fórmulas han cambiado milagrosamente, así que me mira con odio extremo al pasar a mi lado.

—¿Señorita?

—Supongo que recuerda las respuestas de la prueba, ¿no es así? Las acaba de escribir en este folio que dejó aquí hace unos minutos.

—Claro.

—Bien, porque quiero que nos deleite con su sabiduría y vuelva a escribirlas en la pizarra, cada una junto al enunciado.

¡Mierda!

Ahí no puedo hacer nada con mi poder de detener el tiempo. Si lo escribo yo y aparecen las fórmulas delante de todos los alumnos... imposible. Marta está sola. Ya le diré, no sé cómo, que

escriba sin apretar tanto el lápiz los próximos exámenes, que eso puede hacer que apruebe de forma milagrosa. Guau, en mi mente suena fatal.

Miro a Fran, está triste, parece presentir la que se avecina. Como es de esperar, Marta no da pie con bola, no acierta una ni de casualidad, de hecho, lo hace peor aún que cuando las escribíó en el folio.

—Lo que sospechaba, alguien le ha pasado las fórmulas, y solo hay una persona que lo haya hecho perfecto, justo como usted, lo bastante cerca como para permitirle ver sus resultados.

¿Perdona?

La profesora se levanta despacio y se acerca a mi mesa, casi no me llega el aire a los pulmones.

—Keller, ¿tiene algo que decir?

—No —musito.

—Usted ha sido la única que ha podido pasarle las respuestas.

—Ya me hubiera gustado, se lo he pedido todo el tiempo —dice Marta, todos la oyen y estallan en una carcajada.

—¡¡Silencio!! ¡Y vosotras, no juguéis conmigo! Esto os costará un punto menos en la nota final del segundo trimestre a las dos.

—¡No es justo! Yo no le he pasado ninguna respuesta. —Me sorprende a mí misma al verme levantada y alzando la voz—. ¿Cómo va a quitarme un punto o castigarme por una suposición?

—Yo no he visto que Laura moviera el folio ni dijera una palabra —dice Fran. Pobre, ya se está jugando entrar en el castigo.

—Cállese, Romero, nadie le ha pedido su opinión.

Bruja de mierda.

—¿Cómo ha dicho? —Se lleva las manos al pecho y los ojos se le salen de las órbitas. Parece que la hubieran disparado en el corazón.

Toda la clase queda en silencio, luego se miran entre ellos con expresiones de asombro y comienzan a murmurar despacio. La profesora aún está muda, pero exhibe una mueca cada vez más teatral y exagerada. He vuelto a pensar en voz alta, ya podría haber elegido otro momento.

Este “superpoder” no me gusta tanto como el otro.

—Ya me ha oído, nosotros no tenemos culpa de que esté amargada —eso lo digo en voz alta, ya puestos, ¡pues a por todas! Marta está aún detrás de ella, en la pizarra, y se pone a saltar y hacer gestos exagerados, como si hubiese ganado la liga de fútbol o algo así. Me mira fijamente y con los labios describe una de sus frases favoritas, aunque antes solo se la dedicaba a actrices y cantantes de éxito: «Eres la puta ama».

Pero Carmen tiene algo muy diferente que decir.

—¡Dios mío! ¡Jamás en todos mis años como profesora había recibido una falta de respeto como esa! ¡Márchese inmediatamente a la jefatura de estudios y que venga un tutor a hablar conmigo, su padre o su madre, me es indiferente!

Salgo de la clase en completo silencio, pero observando un brillo en los ojos de mis compañeros que jamás antes había visto. Y cuando regreso tras el recreo y una complicada charla entre mi madre, la profesora y el jefe de estudios, no es precisamente el silencio lo que percibo, sino una ovación de las que se oyen en todo el edificio, con palmadas sobre las mesas incluida. Se acercan a felicitarme hasta quienes nunca han hablado antes conmigo, alguno me da un abrazo, yo no sé ni dónde mirar en ese momento.

No he podido comer en el recreo. El castigo puesto por mi madre, nada menos que de dos meses sin salir, va a provocar que me dé un infarto durante el tiempo que queda para los

exámenes. Ni siquiera sé si Fran accederá a subir a mi casa a darme las clases.

¿Qué digo? No necesito estudiar. ¡A la mierda! Los libros están en mi maleta durante los exámenes, solo tengo que parar el tiempo cuando empiece el examen y copiar las respuestas de los mismos. Sacaré siempre un diez.

¿Qué tonterías digo? Eso no sirve para nada, el objetivo no es tener el título, sino haber aprendido, lo que hace que uno se diferencie de los que no lo tienen. Comparado con el conocimiento que se ha adquirido, el título no vale más que un trozo de papel higiénico como los que llevará mi hermana y medio instituto en el sostén. No, tengo que estudiar. Además, ¿tendré este poder en la universidad? Quizá se agote en unos años, o en unos días, y no podré sostener más esta mentira. No estudio para colgar un papel en la pared, sino para lograr metas, para valer en aquello que me proponga.

No, esa profesora amargada no va a lograr que tire la toalla, estudiaré más que nunca y sacaré un diez, aunque luego me baje la nota a un nueve. Con un cinco me conformo con tal de pasar de curso con todas aprobadas.



—¿Que por qué te mira todo el mundo? ¿Dónde te has metido, en Marte? Todos hablan de cómo le has respondido a Carmen la Tiesa y eres la sensación del momento. —Inma aún parece no creerse lo que le ha contado Marta.

Salimos en ese momento al vestíbulo y me siento incómoda, por haber hecho la tontería de ayudar a Marta, la de responder a la Tiesa, el castigo desproporcionado de mi madre y ahora que todos me observen. Espero que ser un Imposible no sea tan extraño de llevar. No, ellos seguro que se lo pasan genial siendo observados y admirados.

Y, mira por donde, aparece uno de repente.

—¡Eh, tipa dura!

Temblor de piernas, lo que me faltaba.

Miki me rodea los hombros con su brazo, más peso para mis delgadas y temblorosas piernas. Gracias. Y comienza a caminar a mi lado.

—Vaya con la mosquita muerta, hay que tenerlos bien puestos para encararse y llamarla amargada o bruja en su cara.

—Bueno, fue un pronto que me dio.

—¿En serio? ¡Vaya con tus prontos! Espero que salgan más, porque me gustaría ver lo que surge de esa cara roja que tienes ahora. —Es poco más que un susurro en mi oído.

—No quiero problemas, solo aprobar y largarme a la universidad.

Miki me mira muy serio, como si lo hubiese ofendido, como si su consejo fuera más valioso que mi deseo y meta de futuro.

—Tener un carácter fuerte no es algo malo, no lo olvides. —Es lo último que me dice antes de despegarse de mí y marcharse sin despedirse, como siempre. O es que esas frases que suelta son su forma de decir hasta luego.

—Jo, solo se ha fijado en ti, ni siquiera parece haberme visto. —Marta se ve decepcionada—. Para un día que me ha pasado algo, y tú vas y me eclipsas.

—De nada.



—¿Cómo?

—Olvídalo. —No puedo decirle que mi tragedia es consecuencia de haberla ayudado. No puedo hacerlo sin delatarme ante la persona que peor sabe guardar secretos del mundo. Pero lo que más me alucina es que mi amiga es tan lerda que ni siquiera se pregunta qué es lo que ha pasado en la prueba, cómo es que la han acusado de copiar cuando ella no lo ha hecho. Prácticamente lo ha olvidado, como olvida las materias a los dos minutos de haber estudiado—. Olvídalo, estoy enfadada por el castigo de mi madre.

—No será peor que el que me pondrán a mí cuando me queden seis o siete en Semana Santa.

—¡¡Pues estudia!!

Me mira asustada. Y yo me arrepiento en el acto. ¿Qué me pasa hoy?

—Perdona, no lo tengas en cuenta, por favor. Mañana nos vemos.

Poner la mesa, servirla, recogerla y fregarla. Todo en silencio y sin rechistar. Curiosamente, no veo a mi hermana disfrutar del momento, todo lo contrario, parece respetarme más que nunca al mirarme de reojo en varias ocasiones durante la cena.

Antes de eso he tenido que permanecer estudiando en el cuarto y no decir una palabra para no enfadar más a mis padres, que están muy avergonzados por mi conducta y por haber tenido que ir a hablar al instituto y enterarse de que su hija no tiene ni educación ni respeto.

Oí a mi madre preguntarle a mi padre qué habían hecho mal conmigo, no es sano pegar la oreja a la pared. Sentí ganas de llorar en varias ocasiones, pero rápidamente llegaba la rabia por la injusticia que se ha cometido conmigo y golpeaba mi almohada con fuerza.

Mis amigos llamaron todos esa tarde, pero mi madre cogía el teléfono y les decía que yo estaba castigada, así que no pude consolarme con sus palabras de ánimo.

—¿Qué te está pasando, Laurita?

Me giro, cuando acabo de fregar los platos y cubiertos de la cena, y veo a mi madre sentada a la mesa, la puerta de la cocina está cerrada.

—Nada, mamá.

—Tú no eres así. Me ha costado mucho creer a tu profesora cuando me decía esa barbaridad sobre ti.

—Es cierto, le he dicho todo eso.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado para que lo hicieras?

Rompo a llorar como una niña pequeña, siento que el pecho está a punto de explotar y ha decidido por mí. Mi madre se levanta y abraza. Intento calmarme, pero me cuesta unos minutos conseguirlo y poder responder.

—Es injusto, mamá. Hice la prueba perfecta, debía darme un punto más, pero dijo que yo le había pasado las respuestas a Marta. No había visto ni oído nada, pero me acusó de pasarle las respuestas solo porque yo era la que estaba más cerca de mi amiga.

—Entonces, ¿no le pasaste las respuestas?

—No.

Esa palabra-respuesta es la más corta, pero también la que más me cuesta pronunciar, que recuerde hoy en día. Es la primera vez en mi vida que miento a mi madre y algo se rompe dentro de mí, lo noto al pronunciar ese simple no.

—Te creo.

Entonces me doy cuenta, es también la primera vez que siento mentir a mi madre de una forma

tan directa. Y miente por mí. Y entonces todo se desmorona. Me siento como una mierda. Ella no lo merece, no, no merece que yo le mienta, como yo no valgo lo suficiente como para que ella... Comienzo a llorar de nuevo y la aprieto con todas mis fuerzas.

—He estudiado para sacar un diez, te lo juro. Eso es lo que importa —digo cuando logro articular palabra.

—No, eso no es todo. Marta también tiene que esforzarse por sí misma.

—Lo sé.

No digo más. Mi madre espera que siga. No lo hago. Algo se rompe ese día para siempre. Para siempre. El vínculo entre madre e hija, lo sé por haberlo vivido, se compone de mil hilos que logran una unión perfecta, pero cada mentira, discusión o decepción va rompiendo uno tras otro, hasta que los hilos que van quedando no logran mantenerlas unidas. Cuantos más rompes, más lejos acaba de ti quien te dio la vida y más te ama.

A veces demasiado lejos...

Me acuesto más temprano que nadie en casa, no son ni las diez. La lámpara sobre la mesita de noche entre la cama de Noelia y la mía alumbró mis apuntes de Música. Siento ganas de llamar a mi madre para que venga y revelarles todos mis secretos, incluso hacerle una prueba de mi poder con la detención del tiempo, pero sé que eso solo la preocuparía más por mi salud.

La puerta se abre de repente, pero no es ella, sino Noelia. Demasiado temprano para mi hermana. No la miro, sigo estudiando, pero por el rabillo del ojo observo que se sienta en el borde de su cama y comienza a desvestirse más despacio de lo habitual, mientras me observa. ¿Qué toca ahora para que el día sea completo, una pelea?

—Lo que has hecho hoy ha sido alucinante.

—¿Cómo? —Separo los apuntes de mi cara y la miro.

—Nadie, ni siquiera los de COU, se habían atrevido a plantarle cara a la Tiesa.

¿Soy una superheroína para mi hermana? Esto sí que es un sueño de los que no se cree nadie.

—Bueno, es una gilipollas, me quiso quitar un punto sin motivo.

—Es una amargada.

Pues no parece un sueño, y lo mejor de todo: ¿mi hermana está hablando conmigo de igual a igual? Eso sí que no me lo esperaba. Que venga alguien y me pellizque.

—¿Para qué quieres que te pellizquen?

—Nada, olvídale. Lo que importa es que ahora me tendrá manía y me quitará un punto de la nota final.

—Eso no es todo, enfadar a esa tía es un problema mucho mayor.

—¿Por qué?

—Dicen que si le caes mal, no apruebas nunca. Que es capaz de tenerte repitiendo solo por su asignatura. Los anteriores se han tenido que ir a otro instituto para aprobar el BUP.

—Imposible, si aciertas con las preguntas, se puede demostrar en una revisión del examen.

—Ya, y también exigir una revisión posterior con el jefe del departamento, que es su marido. Y también ella puede alterar tus respuestas para que parezca que lo has hecho mal.

¡Dios mío! Marta me dijo que una profesora había hecho repetir a Miki por no querer acostarse con ella el año anterior. El chico le había jurado que el examen que vio en la revisión no era el suyo, aunque la letra era muy parecida, casi idéntica. Lo había olvidado. ¡Se trata de Carmen! Hija de...

Rápidamente, me incorporo en la cama, me levanto y voy a sentarme su lado, como si fuera una amiga de toda la vida a la que hacer confidencias, como si no hubiera vivido catorce años de infierno por su culpa.

—¿Y qué puedo hacer?

—Ni idea, yo solo te prevenía.

—Jo, pensaba que tendría alguna posibilidad.

—Bueno, ahora que lo pienso...

—Dime.

—A lo mejor es una tontería, no creo que nos hagan caso.

—¿De qué hablas? Dilo, por favor.

—Podemos presentar una instancia en la dirección y otra en jefatura de estudios. Un documento por duplicado y que firmen el director y el jefe de estudios. En ese documento se pedirá que haya testigos mientras la profesora corrige tu examen para evitar que se violen tus derechos como alumna a tener una corrección imparcial u objetiva.

—Jo, ¿desde cuándo hablas así de bien?

—Vete a la mierda, enana coñón. Es lo que pone en el libro que he consultado en la biblioteca.

—¿Lo has hecho por mí?

—Mira, no te pongas en ese plan o te doy una tunda.

Chasqueo de boca, la abrazo con todas mis fuerzas, le doy un beso en la mejilla, chasqueo de boca.

—¡Uy! —Se estremece.

—¿Qué te pasa?

—Nada, un escalofrío que me ha recorrido todo el cuerpo.

—Gracias por la información. ¿Me acompañarás mañana para presentar esa instancia?

—Bueno... claro. En fin, si tú quieres. Aunque mamá o papá tendrían más autoridad para conseguir que te la firmasen.

—Gracias, ya sabía yo que no eras tan mala como...

—¡Vete a la mierda, engendro deforme! —Y se marcha de la habitación como un vendaval.

Regreso a mi cama con una sonrisa. Tengo la posibilidad de evitar un suspenso infinito de la asignatura y, lo que más me ha importado y emocionado, mi hermana podría redimirse algún día. ¿Quién sabe? Hasta podría convertirse en una buena amiga. Bueno, mejor no me hago tantas ilusiones.

El día siguiente sería movido, muy movido.

Me tumbo con las manos tras la nuca y recuerdo el momento con Miki. Pobre, con lo bueno que es y lo que habrá soportado por culpa de esa bruja calentorra. No puedo imaginarme, no quiero hacerlo, a esa vieja pelleja y amargada insinuándose a un niño de dieciséis años. ¡No, el año pasado tenía quince!

Ahora me arrepiento de no haberlo besado mientras me abrazaba. Me había salvado de la pelea y llevado allí, los dos a solas. ¿Y si me hubiera apartado la cabeza? ¡Madre mía, me muero de la vergüenza, pero muerto de verdad! ¿Quién regresa el día siguiente a clase tras una patética *cobra* de Miki? Me convertiría en la enana esa que pensó que podría salir con el chico más guapo.

No, necesito más pruebas, algún indicio serio antes de cometer un suicidio sentimental, social y personal.

¿Personal? No hay nada más personal que mi propio poder mágico. Sí, ¿por qué no lo pensé antes? Puedo parar el tiempo, entrar en el despacho de la profesora y cambiar mi nota en la ficha y en el ordenador justo antes de que se entreguen las notas. Aunque ella me suspendiera, podría cambiarlo por un diez. Y prefiero no imaginar la cara que pondrá la Tiesa al darse cuenta, si es que lo hace; supongo que sí. Lo tengo todo pensado: sustituiré el examen manipulado por uno nuevo, de mi puño y letra, con todas las respuestas perfectas y dibujaré con su rotulador rojo un

diez enorme en la esquina superior derecha, rodeado por un círculo; luego cambiaré la nota en la ficha para entregar al director y en el ordenador. Destruiré el examen manipulado por ella y todo quedará solucionado.

¡Espera! Ya que estoy allí, puedo entrar en las fichas de otros alumnos y cambiar las notas de sus exámenes. Me lo pasaré en grande poniendo un diez a toda la clase. No, eso sería sospechoso y podría provocar que se hiciera una investigación o que se repitiese el examen. Entonces le pondré un seis a Marta, para asegurar su aprobado, y un diez a Fran, si no lo logra por sus propios medios. ¡Y Miki! Por supuesto. Le pondré un notable a Miki y esa bruja no podrá retenerlo más. Miki pasará a COU con todas las asignaturas aprobadas, yo me encargaré de ello con los ordenadores de los profesores, y así seguirá su camino.

Su camino...

Eso lo alejará de mí.

¿Qué importa? Si amas de verdad a una persona, solo puedes desear su felicidad. Así que Miki será libre para hacer lo que desee. Aunque su futuro no esté ligado al mío.

«¿Qué le depara a un Imposible cuando sale de su castillo, de su territorio? ¿Sería igual de mágico, de guapo y magnético en la universidad? Allí se las vería con chicos mayores. Seguro que sí. Miki destacará durante toda su vida. Hay personas que tienen esa magia que los diferencia del resto en su interior y desde el nacimiento, eso que los hace ser significativos durante toda la vida para los demás, auténticos, herméticos a la vulgaridad y al aborregamiento del resto del rebaño, y no solo durante los pocos años que comparten con ellos. Ese es su poder personal y mágico, el de encandilar, provocar suspiros y envidias a partes iguales».

Cierro el diario.

No, Miki no es de los que se olvidan.

Nunca.

# Capítulo 11

## Diente de león

¿Adivinas? Pues sí, aprobé con un diez Física y Química en Semana Santa, también lo haría en el examen final de junio, aunque te prometo que estudié para aprenderlo todo. Si la profesora se acaba dando cuenta, que es lo más probable, y me quiere hacer un examen oral ante el director, lo pasaré sin problemas. Aunque no creo que se arriesgue, habrá visto mis respuestas y sabrá que merezco esa nota.

Marta también aprobó la asignatura y... bueno, ya sabes, quiero ir a la playa, así que le fue fenomenal en general. Que conste que Fran y yo la ayudamos con todas las asignaturas y que Miki pasó a COU con todo notables y sobresalientes. Y te juro por lo más sagrado del mundo: la ropa bonita, que solo lo ayudé con Física y Química.

Han sido dos trimestres algo especiales, no solo porque voy perfeccionando la técnica de parar el tiempo, ya puedo hacerlo con la mente, sin necesitar el chasquido; sino por el trato con Noelia, que ya lleva más de dos meses sin pelearse conmigo; además de momentos mágicos con mi príncipe.

Bueno, quizá no tan mágicos, pero he hablado con él alguna que otra vez que se ha acercado, y me ha tocado en varias ocasiones, aunque fuese un simple roce, además de habernos dedicado miradas.

Vale, tú ganas, las miradas se las dedicaba yo a él, pero un par de veces me ha guiñado el ojo o sonreído. ¿Qué te parece? ¿Ves? Aún hay esperanza. Y esta mañana, a falta de dos semanas para terminar el curso, me he levantado con una sonrisa imposible de borrar. En el despertador sonaba Palabras de fuego de *La Frontera*. Qué título tan bonito.

♪♪ «Canciones escritas con letras de fuego, que hacen posible llevarte dentro. Y algo se quema cuando provocas un incendio dentro de mí». ♪♪ ¡Y también la letra!

«¿Te cuento un secreto? Hoy se organiza una fiesta en el instituto, la de fin de curso, aunque queda todavía un poco para que nos den las notas. El momento más especial de esa fiesta es la elección de *miss* y *mister* del año. ¿Adivinas quién compite por mi clase? No he hecho trampas, te lo juro, yo fui la primera sorprendida a medida que el tutor iba leyendo los papelitos de la votación. Aquella tarde mis amigos me hicieron una fiesta; bueno, vale, nos la hicieron a Patri y a mí, que íbamos a competir contra lo imposible: las chicas preciosas y de cuerpos inalcanzables de tercero y COU. Nunca una niña de primero o segundo ha ganado el título de chica más bonita del instituto».

Bueno, tengo que dejarte.

Huelo el diente de león y lo coloco en la página del diario que acabo de escribir.

Diez minutos después, Noelia me desea suerte mientras yo me pongo las mallas negras y acampanadas que mi madre me ha comprado para la ocasión. Le doy las gracias y pruebo a meterme en el ajustado top blanco de tirantes. ¡Maldita sea! Sí, has acertado, las tetas aún no han salido. Por esta vez, y que no sirva de precedente, usaré el método de mi hermana para aumentar

una talla, o talla y media, mi parachoques delantero; esa expresión es la que usa mi padre cuando ve una buena pechuga por la tele. Me brota una sonrisa al pensar que sobre el escenario vamos a llevar una tonelada de papel entre todas las que concursamos.

Creo que estos desfiles se hacen en junio para que no llueva, está muy bien pensado. No me imagino lo incómodo del peso de todo este papel si absorbe dos litros de agua de lluvia.

Los zapatos de plataforma dan el punto final al estilismo. Diez centímetros a sumar a mi metro cincuenta y nueve. ¡Sí, he crecido nueve centímetros en nueve meses! Vamos dando el estirón, aunque solo sea a lo alto.

Ahora llega el turno del peinado, porque mi melena no es fácil de gobernar; para ello estuve ensayando con una técnica que me recomendó la peluquera del barrio: hacerme varias trenzas y rociarlas con laca antes de dormir, y por la mañana deshacerlas y cepillar un poco el pelo. Mi madre y yo dimos con el punto exacto tras varios días ensayando con el grosor de cada trenza.

—¡Qué guapa!

Mamá parece a punto de llorar.

—Anda ya, soy un bicho palo, nadie se fijará en mí cuando salgan las mayores. Esas tienen un culo y unas tetas...

—Cariño, la belleza se desprende desde el interior, y en eso no te ganará ninguna.

Sí claro, eso en un concurso de *misses* es superimportante. Mi madre parece no comprender lo que significa el aspecto en la adolescencia. ¿Cómo sería la suya? Quizás le pregunte luego.

No sé qué contestarle, así que le doy un abrazo. Con los zapatos de plataforma soy tan alta como ella. Parece que fue ayer cuando la veía como a una gigante todopoderosa y sabia, una guía imprescindible en el camino. Espero que no deje de serlo nunca.

Voy camino del instituto, pero esta vez mi mochila no va cargada de libros y apuntes, sino de maquillajes para ponerme en el último momento, además del espejo de aumento de mi madre. Rezo para hacerlo bien y no quedar como un oso panda, que es como me he visto cuando he practicado los días anteriores. ¡Qué vergüenza si me sale mal! Y no puedo pedir ayuda a Patri, que se maquilla superbien, porque cada *miss* y *mister* se prepara en su clase y sin mediación de nadie.

Veó a Javi unos metros a mi izquierda, el *mister* y mi acompañante en el desfile, que se atusa el cabello y arregla su ropa para estar impecable. Se ha puesto un pantalón vaquero azul que le queda pequeño y una camisa negra que le queda grande. El aula está en completo silencio, solo los dos, aunque no hablamos entre nosotros por los nervios. Entre tú y yo, Fran es más guapo, perdió por un voto contra él. El que le tendría que haber dado Marta... en fin, amigos para esto.

La puerta se abre y tanto Javi como yo casi sufrimos un infarto. El mundo volvió a detenerse sin que yo tuviera nada que ver. Miki aparece caminando despacio, mirando al suelo, más guapo que nunca con un camisa blanca y pantalón negro; se pasa con la mano todo el cabello hacia la izquierda, solo se le ve media cara, medio ojo con el que me mira, media boca maravillosa con la que me sonrío. Y se dirige hacia mí. ¡Hacia mí! Y quiero morir en este momento.

Se acerca a centímetros de mi cara, de mis labios, sin parar de mirarme fijamente a los ojos; me toma por los hombros desnudos con delicadeza, sus manos parecen arder; su respiración es intensa y rápida, la aspiro como si se tratara de la gasolina que me mueve. ¿Por qué está tan nervioso?

Y entonces toco el cielo con la punta de los dedos:

—¿Qué estás haciendo? Tú no necesitas maquillaje para eclipsar a todas las demás. ¡Dios, pero si eres preciosa!

No, no lo ha dicho, es solo un sueño. He desarrollado una nueva habilidad, como la de pausar el tiempo. No es posible que me haya dicho eso con su boca a dos centímetros de la mía y sosteniendo mis hombros entre sus manos.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —le susurro cuando puedo.

—No necesitas estas chorradas de concursos para niñas tontas. Tú no.

—Vas a ganar —le digo sin saber ni dónde estoy.

—Sería difícil, porque gané el año pasado y este soy miembro del jurado.

No sé qué pasa después, pero ya no hay nadie. ¿Ha sido un sueño? Es lo más probable. Si ha ocurrido de verdad, y el calor de mis hombros dice que sí, ya puedo irme a casa, no necesito ganar nada, ya soy la chica más feliz del mundo.

Miro a Javi, aún está alucinando, así que habrá sido real.

Salgo al patio central del vestíbulo y encuentro a Patri al fondo, en la cola para salir a desfilarse. Destrozaría a cualquiera de tercero o COU sin necesidad de ese vestido ajustado y minifaldero blanco; no se puede ser ni estar más perfecta. Suena música de discoteca a todo volumen, a la derecha comienza el estruendo de todos los compañeros del instituto gritando. Es la señal, ya vamos a empezar. Sobre el escenario hay sentados cinco miembros del jurado, el del fondo es Miki; qué bien le sienta la camisa blanca.

¡No ha sido un sueño!

Nos llaman por orden de curso y letra. Yo salgo junto a Javi, somos de las primeras parejas. ¿Me lo parece o nuestra aparición es una de la que más estruendos, silbidos y aplausos provoca? No lo supe hasta muchos —demasiados— años después, pero Miki había movilizó a los Imposibles y todos sus súbditos para darme apoyo. Se dejaron las palmas y gargantas por mí. Y yo ni siquiera los conocía.

El torneo, o lo que fuese aquello, termina y el presentador, un chico de COU, dice que hay demasiados puntos que contar y poco tiempo para hacerlo, así que mejor se hace una votación por aclamo popular. ¿Qué es eso?

Tenemos que desfilarse una vez más y la gente aplaude, y se supone que el mayor aplauso, en estruendo y duración, decidirá a la pareja ganadora. Lo logran los de 3º A, de la clase de Miki, donde no lo han podido votar por ser miembro del jurado. El chico, Raúl, es muy guapo y simpático, lo conozco porque vive muy cerca de mi barrio. La chica, Merche, es guapa y exuberante como yo nunca seré.

Bajo por las escaleras del escenario y no sé hacia dónde dirigirme, la música suena más fuerte que nunca. Ni siquiera veo dónde está la puerta para regresar a mi clase. Camino sin rumbo hasta que siento dos brazos aferrarme con fuerza desde atrás. Miro las manos que me tienen aprisionada y sonrío, tengo ganas de llorar.

—Te dije que no necesitabas este circo.

El susurro en el oído me hace temblar las piernas y necesito que Miki me sostenga con fuerza, me desmayaría en el suelo de no ser por sus brazos. Su cuerpo desprende un calor increíble, así lo siento al contacto con mi espalda.

—Ganaste antes de empezar, te lo dije.

Cada palabra, cada frase... Pero no necesitaba decir nada, me tenía ganada de antemano con el roce de su cuerpo, con el aliento y respiración en mi cuello.

—Merche es muy guapa.

—Más fea que un pie si la comparas contigo.

Merche era la chica más bonita, más que las Imposibles. Así que se me paraliza el corazón al

oír su comentario.

—La gente ha votado con los aplau... —no logro terminar, él me interrumpe.

—La gente vota lo que se le dice que vote, son borregos. Pero tú no lo eres. Los puntos del jurado te hacían ganadora, los he contado mientras los demás hacían el idiota aplaudiendo por popularidad.

¿En serio? ¿Lo has oído? Tenía más puntos que nadie. ¿He ganado yo? Pero si soy un chucho, como dice Noelia. Si no tengo tetas ni culo. Si soy bajita. Si soy... ¡Tengo ganas de llorar, pero de felicidad!

—Eres la única que se ha llevado un diez, lo sé porque el miembro del jurado del final, el tipo feo del pelo largo, me lo ha dicho.

No le río la broma, aunque unos días después fui consciente de lo que significaba. Miki me había puesto un diez, y mucha menos nota a las demás; tampoco era justo entonces el recuento de puntos si lo había hecho de forma intencionada.

—Has ganado por dos puntos, y lo gracioso es que la segunda tampoco ha sido Merche, sino una tal Patricia, también de primero. Creo que sabes de quién hablo.

Patri no se lo creerá, y menos aún porque decido en ese momento que merece algo más, luego le diré que ha sido la primera en votaciones, la ganadora por justicia. Aquel rumor creció durante ese año y los siguientes hasta conseguir que Patricia fuese la reina de la belleza del instituto durante una década, por lo menos; años tras su ingreso en la facultad de Turismo se seguiría hablando de lo bonita que era. Y se lo merecía.

Pero no nos desviemos del momento más importante del año, casi de toda mi vida:

Miki sigue abrazado a mí, siento su cuerpo pegado a la espalda, su aliento en mi cuello y sus manos en mi cintura. Las agarro con fuerza y me dejo llevar por la música, da igual la que esté sonando por los altavoces. Da igual haber perdido el concurso. Daría igual que el mundo se terminase ahora.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa? Quería preguntarte una cosa...

Delante de nosotros, su amigo David se gira justo en ese momento y lo mira extrañado, parece preguntar con la mirada. En su rostro el típico gesto burlón de siempre. Y la presión sobre mi cuerpo desaparece tan despacio que parece provenir de un sueño, tanto que no puedo hacer nada por impedir que deje de abrazarme. Y de repente siento llegar un frío aterrador. Se acabaron los susurros al oído.

Solo ha pasado un minuto y me siento más sola que jamás en toda mi vida. Miro a mi alrededor y no localizo cerca a ningún amigo, ni a Miki, David u otro de los Imposibles. La nube sobre la que me encontraba flotando se desvanece y caigo al vacío para dar de lleno contra el duro suelo.

Es la ocasión en mi vida en que me siento más sola, abandonada y vulnerable, y así lo recuerdo aún hoy. Incluso sigo llorando al recordar aquel momento en que supe que había recibido la máxima puntuación del jurado, la más bonita para todos, pero abandonada segundos después. Así de efímera y fría es la fama. Y seguro que también la belleza...



A pesar de estar desorientada, camino hacia la zona del vestíbulo cubierto, así podré regresar a la clase y recuperar la mochila con los maquillajes que mi madre y Noelia me han prestado.



Nunca les dije que Miki había contado los votos y yo había obtenido la máxima puntuación. ¿Qué ganaría con eso? La más bonita un año, eso no decide tu vida ni la condiciona de cara al futuro. Ni siquiera sé si Miki fue sincero o solo quiso reírse de mí.

¿Por qué se marchó? ¿Qué iba a preguntarme? ¿Por qué la mirada de David lo cambió todo? Las lágrimas mientras caminaba a la clase no eran de felicidad.

Recojo la mochila, aún sigue bajo mi mesa, y me marcho con ella hacia el baño para lavarme la cara.

—Baja de la nube, enana. —El reflejo en el salpicado espejo me da una bofetada como no podría imaginar. Alguna idiota a escupido sobre él, pero no impide que pueda verme en el que se supone mejor día de este año—. Olvida lo que ha dicho Miki, es solo para tenerte enamorada como al resto, es algo que no te servirá de cara al futuro, un caramelo para mantenerte sonriente a su lado.

¿Eso lo he dicho yo, mi reflejo o mi conciencia? Creo que esos dos últimos son la misma persona. O quizás los tres.

Me quito el poco maquillaje que llevo encima, me seco con las mangas de la chaqueta que no he necesitado para el desfile, y recojo todo para salir por la puerta e irme a mi casa. No me apetece quedarme al resto de la fiesta. Pero al llegar a la cancela me doy de bruces con quien no esperaba.

—¡Perdón!

—No, perdona tú. Te estaba esperando.

—Fran, no te he visto en todo el día.

—Pues estuve al pie del escenario gritando como un loco para darte ánimos. Bueno, y a Patri también.

No lo dudo un segundo. Y me siento culpable por no haberlo visto.

—Me marcho a casa —es lo único que logro decir.

—Te acompaño. Si no te importa, claro.

—¿Cómo iba a importarme? Claro, vamos.

—Dame la mochila.

—No pesa nada.

—No importa.

Toma la mochila y yo se lo agradezco agarrándolo por la cintura para caminar juntos los pocos metros que separan el mundo de la fantasía del real, la puerta de mi edificio aparece ante nosotros cuando:

—Espera.

—¿Qué dices?

—Me gustaría contarte una cosa.

—Claro, dime. —Quería regresar a casa, a la cordura, pero le debía tanto a Fran que hubiera ido caminando descalza a la otra punta de la ciudad si él me lo hubiera pedido.

—Es sobre el curso, sobre este año que acabamos de pasar, no me gustaría irme de vacaciones sin haber hablado con vosotras... bueno, contigo.

—Sabes que puedes hablar conmigo cuando quieras.

Nunca lo había visto tan nervioso, no sabe hacia dónde mirar y está azorado como un ladrón atrapado in fraganti en un banco.

—Verás, no quisiera que nos separásemos durante tres meses sin decirte que...

—No me digas que eres gay, porque no me lo creería. Y podemos seguir pasando buenas tardes este verano en la cafetería Nebraska, aunque depende de si estamos en la ciudad cada uno.

—Claro, claro, quedaremos todos muchas veces... ¡Jo, y claro que no soy gay!, si llego meses tratando de decirte que... desde que te conocí. Laura.

—Dime.

—Por favor, no te vayas a asustar ni a alejarte de mí.

—¿Por qué iba a hacerlo? Eres mi mejor amigo y quien más me ha ayudado de forma desinteresada.

—O no.

—¿Cómo?

—Digo que no ha sido tan desinteresado, por eso te pido perdón.

—¿Yo? Yo no tendría que perdonarte por nada. Con todo lo que has hecho por mí... No habría aprobado todas con notable y sobresaliente sin tu ayuda. Y además...

—Te quiero.

.....

No sé cómo se escribe un silencio incómodo y larguísimo, así que he puesto puntitos.

¿Lo has oído? ¿Estás en *shock*? Pues imagínate yo en este momento y tras vivir lo que acababa de ocurrir con el desfile y Miki. Fran sigue esperando una respuesta, que diga algo, pero ¿qué le digo? Antes solo había recibido un *me gustas* o un *¿quieres salir conmigo?* de niños con los que casi no tenía trato; y a ellos tampoco sabía qué contestarles, así que salía corriendo o me quedaba muda hasta que se marchaban pensando que yo sería tonta o algo así.

—Lo siento si te ha molestado, entiendo que no te lo esperabas.

—No.

—No tienes por qué... ya sabes, responder ahora. Puedes pensártelo.

—Sí, sí, lo haré, creo que necesito... ¿Has estado un año dando clases particulares a las cuatro, y aguantándonos, además de soportar que todos piensen que eres gay, solo por estar conmigo?

No responde, parece tan acongojado que pienso que va a echarse a llorar. Lo abrazaría ahora mismo, pero no quiero darle esperanzas. No se merece que lo rechace, pero mi cabeza es ahora un completo caos, una montaña rusa sin frenos y con la vía rota, así que mejor no digo cómo tengo el corazón.

—¿Te apetece quedar mañana por la mañana? No será muy temprano, tomamos un café o un refresco. Pero te invito yo, ¿vale?

—Tú nunca tienes dinero. Deja eso de mi parte.

Sonríe.

Ahora soy yo la que está a punto de llorar. No, no más lágrimas por hoy. Esto forma parte de hacerse mayor, ¿no? Tengo que afrontar lo que venga, sea bueno, malo, relacionado con las clases, con amigas o con chicos. Al menos me ha dado horas, casi un día, para darle la respuesta.



¿Cómo imaginar a Fran como novio? Era uno más del grupo, o una más. No lo veía como un chico, aunque fuese guapo. ¡Pero si le había comentado todo lo que sentía por Miki! Era mi mejor amigo, mi confidente, ¿funcionaría como novio? Ni siquiera quería preguntarme a mí misma si sería capaz de besarlo, adivinar la respuesta podría ser muy doloroso para él.

Hoy hemos almorzado algo más tarde, mi madre quería saber todos los detalles sobre el desfile y yo tuve que hacer un resumen en el que omití lo que no fuese estrictamente necesario, de otro modo aún estaríamos cuchicheando mientras Noelia y mi padre protestaban a voces. Ahora estoy en mi habitación, al otro lado de la ventana veo a mis vecinos del barrio pasar de un lado a otro de la calle, también hay niños jugando a la pelota, apostaría a que son más de las cinco de la tarde. Seguro que hace mucho calor, ya hay niñas con pantalón corto y camiseta de tirantes y el sol deja pasar destellos por entre las ramas de los árboles del fondo. Noelia tiene la radio puesta a todo volumen mientras está tumbada en su cama leyendo una revista de cotilleos. Mamá me pedirá que la ayude con la cena, pero eso no sucederá hasta dentro de unas tres horas.

¿Fran? ¿En serio? ¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? ¿Por qué no se ha enamorado de Patri? Ella es más guapa, es la más guapa y tiene el mejor cuerpo, o lo tendrá.

—Noe.

—Dime.

—¿Te puedo pedir consejo?

—Rapidito. Y que no sea de chicos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con los chicos?

—Que no soy la mejor para dar consejos.

—*Okey makey*. Entonces nada.

Me giro de nuevo hacia la ventana, la música baja de volumen y casi percibo su interés a mi espalda.

—Venga, vale, dime qué pasa.

—Hoy me ha dicho un chico que me quiere.

—¿Y qué pasa? ¿Es feo?

—No, es muy guapo. A mí me lo parece.

—¿Y dónde está el problema?

—Es Fran.

—No jodas, pero si es marica.

—Ya ves que no, es lo que tienen los rumores absurdos.

—Y que lo digas, incluso decían que tú estabas colada por él.

—¿En serio? No me digas.

—Hasta yo me lo creí, como estabas todo el día con él. ¿Qué le has respondido?

—Aún nada. Eso es lo que iba a preguntarte. ¿Qué harías tú?

—Yo no sé lo que te gusta de los chicos, eso solo lo sabes tú.

No cabe duda, una conversación sobre chicos con Noelia es mejor que con Marta. Mi hermana se ha incorporado y me mira en silencio desde el borde de la cama. Mi amiga y compañera estaría dos minutos flipando por la noticia y luego desviaría la conversación para hablar de ella, de sus muchos y horripilantes problemas.

—No lo sé, es guapo, pero no sé qué es lo que hay que sentir para saber que quieres estar con un chico.

—¿Piensas en él cuando te levantas cada mañana? ¿Cuando te acuestas cada noche? ¿Cuando eliges la ropa solo para que a él le guste? ¿Sientes que lo necesitas más que nada en el mundo y que lo dejarías todo por él?

Ostras, pues sí que es profunda mi hermana... Y la respuesta a todas las preguntas es no, yo solo pienso en Miki. ¿Pero cómo voy a decirle eso a quien también lo ama?

¿Lo he dicho? ¿He dicho que lo amo? Sí, definitivamente estoy atrapada.

—No, no pienso en él para nada más que para ayudarme a estudiar, hacerle confidencias o

estar de bromas.

—Entonces dile que no. Dile que es solo un amigo para ti.

—Ese es el problema. ¿Y si lo pierdo como amigo?

—Lo que no quieres es perder a quien te ayuda a sacar esas notas tan buenas.

—No, te lo juro. —Me levanto y me siento a su lado—. Me dolería más perderlo como amigo y hacerle daño.

—Pues no te queda más remedio.

Es la primera vez, que yo recuerde, que le doy un abrazo a mi hermana, ella no se mueve, como si fuese un maniquí, luego me pongo las zapatillas de deporte y salgo a dar un paseo a la calle, estar encerrada no me ayudará. Quizás me encuentre con mis amigas, aunque dudo que sea capaz de revelarles mi secreto. Al menos me harán reír, tal vez olvidarme durante unas horas de la decisión que tengo que tomar y mañana comunicar a mi mejor amigo en una cafetería: que solo deberíamos estar juntos para pasarlo bien, estudiar y hacer planes divertidos.

Salgo por la puerta del edificio, sin siquiera saber por dónde voy, y me lo encuentro a menos de cinco metros. ¡Ostras! Está sentado sobre el bajo muro que rodea el jardín. ¿Cuánto lleva allí? ¿Qué hace? ¿A quién espera?

El corazón me late a cien por hora.

Se levanta y me sonríe mientras camina hacia mí. Pasa todo su pelo hacia la izquierda, adoro cuando lo hace, y lo guapo que se ve con media cara.

Ahora a doscientos por hora.

—Has tardado mucho, llevo más de una hora esperándote.

A mil por hora.

—¿A mí? ¿Habíamos quedado? —Una pregunta absurda, ya que sé que no había quedado con Miki, pero no se me ocurre nada más que decir.

—No, pero tenía el presentimiento de que te vería hoy.

¿Se puede responder a eso de algún modo? No, ¿verdad? Pues eso hice.

—¿Quieres dar un paseo?

Hasta China iría contigo andando.

—Sí.

Mejora esa elocuencia, Laura, o acabará pensando que te ha dado una embolia.

Me agarra de la mano, corazón a dos mil por hora y rezando para que no me sude con los nervios y el calor. Comenzamos a caminar hacia la plaza, allí nos sentamos bajo el templete, es la primera vez, nunca lo habría intentado sin su compañía. Unos chicos se apartaron justo antes de que llegásemos, ahora nos miraban de reojo. Miki me cede la columna para que yo me siente apoyada en ella y él se pone tan cerca que toca con su rodilla la mía. Aún no ha soltado mi mano, que acaricia con suavidad.

—Qué buen tiempo hace —¿En serio? ¡Aaaaaaaah! ¡Quiero gritar! ¿Cómo he podido decir eso? Embolia triple. Infarto llegando en tres, dos, uno...

—Sí, hace calor. —No parece sorprendido con mi respuesta de mongolita—. Ya pronto abrirán las discotecas de verano del recinto colombino. ¿Irás?

—Supongo, claro.

—Estaré en Rompeolas como relaciones públicas, ¿vendrás a verme?

Ni un río de lava lo impedirá.

—Sí. —¡Bravo por tu facilidad de palabra! Laura, lo estás bordando.

Los dos a solas en el templete, un sueño hecho realidad, y no dejo de decir tonterías. Menuda conversación, en un minuto se habrá marchado con sus amigos o con una chica que aparente tener

una neurona más que yo.

—Espero que Marta te lleve con ella este verano a El Portil. Me dijo que la acompañarías todo el mes de agosto.

—Creo que sí, aunque aún queda más de un mes.

Bien, voy mejorando.

—Ya le dije a Marta que estoy deseando verte allí, así podremos pasar los días en la piscina y la playa, o pasear por las noches.

¿No? ¿No me he desmayado aún? ¿Lo ha dicho de verdad? ¿Tú lo has oído también? ¡Espera! ¿Que le ha dicho a Marta eso y la muy hija de... no me lo ha contado? Nota mental: esta tarde tengo que ir a buscar a mi “muuuuuuy mejor amiga” y darle una paliza de muerte.

—No me había dicho nada. Yo también estoy deseando ir —respondo por fin con mi mejor sonrisa. Estoy roja como un tomate.

—Sí, pero hasta entonces nos veremos los fines de semana en el Rompeolas y por aquí, ¿no?

—Claro.

—¿Te molesto? Te veo tensa.

—¡No! —¿He gritado?— No me molestas, estoy genial.

—Me alegro.

Sus ojos oscuros parecen de color miel con el sol del atardecer incidiendo de lleno sobre él. Nunca antes lo había visto tan guapo, nunca antes había visto nada tan bonito. Y me está mirando a mí. ¿Y está acariciando mi mano? Ya lo creo. Ahora sí que puedo morir.

—¿Te quedaste mucho rato en la fiesta? —pregunto.

—Un poco, tú desapareciste.

—Tú también, de repente. No vi a nadie conocido y me marché a casa.

—Lo siento, no quería dejarte sola... No sabes lo que me costó decirte... —Dejó de hablar y apartó la mirada, nunca había pensado que un Imposible perdería la seguridad. Menos aún el mejor de ellos.

—Tenía que decirle una cosa a David —dijo por fin.

—Ya, entiendo. Yo me sentía cansada. Tras los exámenes y la tontería de preparar el desfile, quería cambiarme de ropa y descansar un poco.

—Lo siento.

—¿Por?

—Por haberte abandonado, no imaginas cuánto.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. Tuve que explicarle una cosa a David, algo que él no pudo ni podrá comprender.

—¿El qué?

—Bueno, a lo mejor te lo digo más adelante. Tal vez.

—Tampoco me has dicho para qué me esperabas en la puerta de casa.

Noto en su mano un leve temblor. Se ve nervioso, mirando en todas direcciones, pero ninguna en particular. Los niños seguían jugando al balón, los demás del templete nos miraban de reojo y ya habían aparecido varias docenas de personas más para pasar el atardecer en la plaza. No lo vi, pero luego supe que Fran estaba sentado con Patri en uno de los bancos del fondo, observándonos sin creerse lo que veían.

—¿Qué importa eso? Para dar un paseo.

Se nota mucho que miente, trato de aferrarle la mano con fuerza cuando siento que va a soltar la mía, pero no logro hacerlo. Pienso que se marchará, pero no era eso lo que pretendía, sino

acariciar mi cara, para eso se ha acercado más, he tenido que abrir las piernas para que él pudiera acercarse y hacerlo.

—¿Un paseo? —Lo he dicho temblando.

—Es cierto, aunque no del todo. En realidad me ha sorprendido que bajaras y me vieras allí. Muchas veces me he sentado a esperarte, pero nunca ha coincidido que bajaras.

¿A mí? ¿Muchas veces? ¡¡¿Pero qué está diciendo?!!

—No entiendo.

—Eso es porque lo has olvidado.

—¿El qué?

—A mí.

¿Perdona?

—¿Olvidarme de ti? No lo comprendo.

—Pasó hace dos años justo en ese mismo punto.

Y sin mediar palabra se levanta y me deja sola para caminar despacio hacia donde jugaban los niños, cerca de un parterre de flores, no veo lo que hace, pero sí que regresa al momento. Menos mal, ya me imaginaba una noche llorando como una loca.

—¿Olvidarte? No lo entiendo —repito.

—Entiendo que los dos hemos cambiado mucho, yo ni siquiera tenía el pelo tan largo. Tú estás igual de bonita.

¿Bonita? ¿Yo? ¿De qué habla? ¿Por qué tiene las manos juntas, como formando un cofre con ellas? Vuelvo a decirle que no le comprendo.

—¿No recuerdas qué es lo más importante de una flor? —Abre las manos, deja un diente de león amarillo sobre las mías y se marcha. ¡Un diente de león!

Toda la noche llorando.

# Epílogo

## La flor más bonita

Junio de 1990 (Dos años atrás)

Inma grita como una loca porque sus padres le han comprado los bikinis que quería para ir a la playa, ya iba siendo hora de dejar los bañadores de niña pequeña atrás. El año siguiente estaremos en octavo. ¡Octavo! Seremos las mayores, las que mandan. Y a solo un año de cruzar la barrera que nos separa de la magia, la valla metálica que delimita el colegio del instituto. Entonces dejaremos de ser niñas para siempre.

La de veces que hemos soñado con eso al observar durante el recreo a los mayores al otro lado.

¡Dejaremos de ser niñas para siempre!

Patri sigue a Inma en silencio, saltando con su flacucho cuerpo como si fuese la mejor noticia para ella también. Yo voy atrás del todo, también sonrío. ¿Quién no lo haría ante esa muestra de locura de mi amiga?

—Este verano será la leche —dice Inma.

—Sí, será la leche. —Como siempre, Patri repite lo dicho por su mejor amiga.

—Pues yo lo pasaré en casa —aporto, para aguar la fiesta.

—¿Tus padres no van a la playa?

—Algunos domingos, con mis tíos y primos, pero nada más. Ya sabes, en la playa del Cruce y vuelta para casa. Un infierno de gritos, bocadillos con arena y luego a pasar tres días sufriendo por las quemaduras del sol.

—Te daré el número de teléfono de mi casa de Punta Umbría, me llamas por la noche el día antes y voy a buscarte al Cruce con Patri.

—¿Haríais eso? Es mucho caminar.

—Así vemos chicos guapos —dice Patricia.

—Sois las mejores amigas del mundo.

Nos abrazamos las tres y nos decimos lo mucho que nos echaremos de menos, como si nos fuésemos a una guerra o algo así. Bajamos la calle despacio, está llena de niños jugando, ancianos sentados en los bancos de piedra y chicos algo mayores que nosotros que se dirigen a la plaza del templete.

—Algún día iremos con ellos, estaremos en la plaza, quizá bajo el templete.

—Ya está Laura soñando. Nunca podremos estar bajo el templete, eso es para los más mayores y los más guapos.

—Pues yo quiero salir con uno guapo que vaya al templete —dice Patri, Inma se ríe.

Llegamos al jardín frente a mi edificio, ellas se sientan en el bajo muro y yo quedo frente a ellas. Inma arranca una margarita y se la da a Patri.

—Toma, para que le preguntes si tendrás un novio guapo alguna vez. Aunque yo lo dudo, con esas piernas flacuchas y esa cara huesuda... Seguro que te quedarás solterona toda la vida.

—¡Retira eso! Eres una bruja.

Nunca he visto a Patri tan enfadada.

—¿Has oído eso, Laura? Esta tonta cree que le gustará a algún chico.

—No te metas con ella, no la hagas rabiar.

—Pero si es tan tonta que se cree las películas Disney. Seguro que hay un príncipe esperándote ¡ja, ja, ja! Y seguro que viene a buscarte a caballo con un enorme ramo de flores.

—¡Pues sí, de rosas rojas, el ramo más bonito del mundo!

—Claro, claro. Pues espera sentada, ja, ja, ja.

—¡Idiota! Estás amargada porque nadie te quiere.

—¡Retira eso!

Patricia comenzó a correr calle abajo, como cada día, con Inma tras ella para darle unos coscorrónes. Yo no puedo parar de reír, son las mejores amigas del mundo.

Y la tarde terminó, el sol casi se ha puesto y no puedo llegar cuando anochece o mi madre me castigará. Pero antes de dar un paso...

—¡Eh!

Me giro y lo veo. Es un niño algo mayor que yo y con el pelo más largo de lo habitual, me mira con una sonrisa dibujada en la cara. Se levanta del banco de piedra en el que estaba sentado y viene hacia mí. Me pongo nerviosa.

—¿Cómo te llamas? —Nota que me he asustado—. Tranquila, no voy a hacerte daño.

Se ha sentado a tres metros de mí, en el bajo muro frente a la puerta del edificio.

—Laura.

—Es un nombre muy bonito.

Se inclina hacia atrás un poco y arranca un diente de león amarillo del parterre. Entonces me mira de nuevo, mientras acaricia la pequeña flor, y se acerca aún más.

—He oído lo que decían tus amigas. —¿Cuánto tiempo ha estado escuchando y mirando?—. Me ha hecho gracia eso del enorme ramo de rosas rojas. ¿También piensas igual?

No soy capaz de hablar. Si mis amigas regresaran ahora, se oírían sus gritos y risas desde la plaza tras verme allí con él.

—Dime —continúa— ¿también quieres un ramo enorme de rosas rojas?

—No quiero nada, no te conozco.

—¿Te estoy molestando? ¿Quieres que me vaya?

No respondo, en el fondo no quiero, es la primera vez que siento algo así ante un chico, ni soy capaz de comprenderlo aún. Solo sé que me gusta esta situación. Y que me gusta mucho él y su forma de mirarme y sonreír.

—¿Qué crees que es lo más importante de una flor, Laura?

Silencio.

—¿Te ha comido la lengua el gato? Vamos, dime, ¿qué es lo más importante de una flor?

—No lo sé.

—¿En serio?

Vuelvo a negar, esta vez con la cabeza.

—Mi abuela siempre dice que no es su tamaño, belleza, color o estar en un ramo enorme y bien envuelto. ¿O tú crees que sí?

—No sé, es lo que dicen.

—Eso dicen... Tal vez lo que digan todos no sea la verdad.

Hizo un cofre con sus manos, dejando el diente de león amarillo en él, y añadió:

—Mi abuela piensa que lo más importante de una flor es lo que siente el que la regala por la persona a la que se la ofrece, y también lo que siente ella en el momento de recibirla.



Abre las manos y deja caer el diente de león sobre las mías. Entonces se marcha sin decir una palabra. En ese momento pienso que quizás no vuelva a verlo nunca más, eso me entristece. Pero resulta que sí había vuelto.

FIN

Una de las primeras preguntas locas que hice a mi madre fue: ¿cuándo una sabe que se ha hecho mayor? Ella respondió que cuando se desea volver a ser pequeña. No dejéis de ser pequeñas nunca. Nunca.

## **Recuerda que volveré con las aventuras inolvidables de ese verano de 1992**

Me enfrentaré a momentos agridulces con mi amiga Marta.

Conoceré a una niña increíble: Elena.

Afianzaré la amistad con todos.

Usaré la magia no siempre para hacer el bien, pero nos reiremos recordando cada instante.

Mi hermana quizás no sea el ogro que siempre he imaginado.

La playa es el lugar más maravilloso del mundo. Las discotecas... no tanto.

Miki... Para saber lo que pasa con Miki tendrás que acompañarme, pero tranquila, iremos juntas de la mano.

Volveré con la segunda entrega: Verano Mágico.